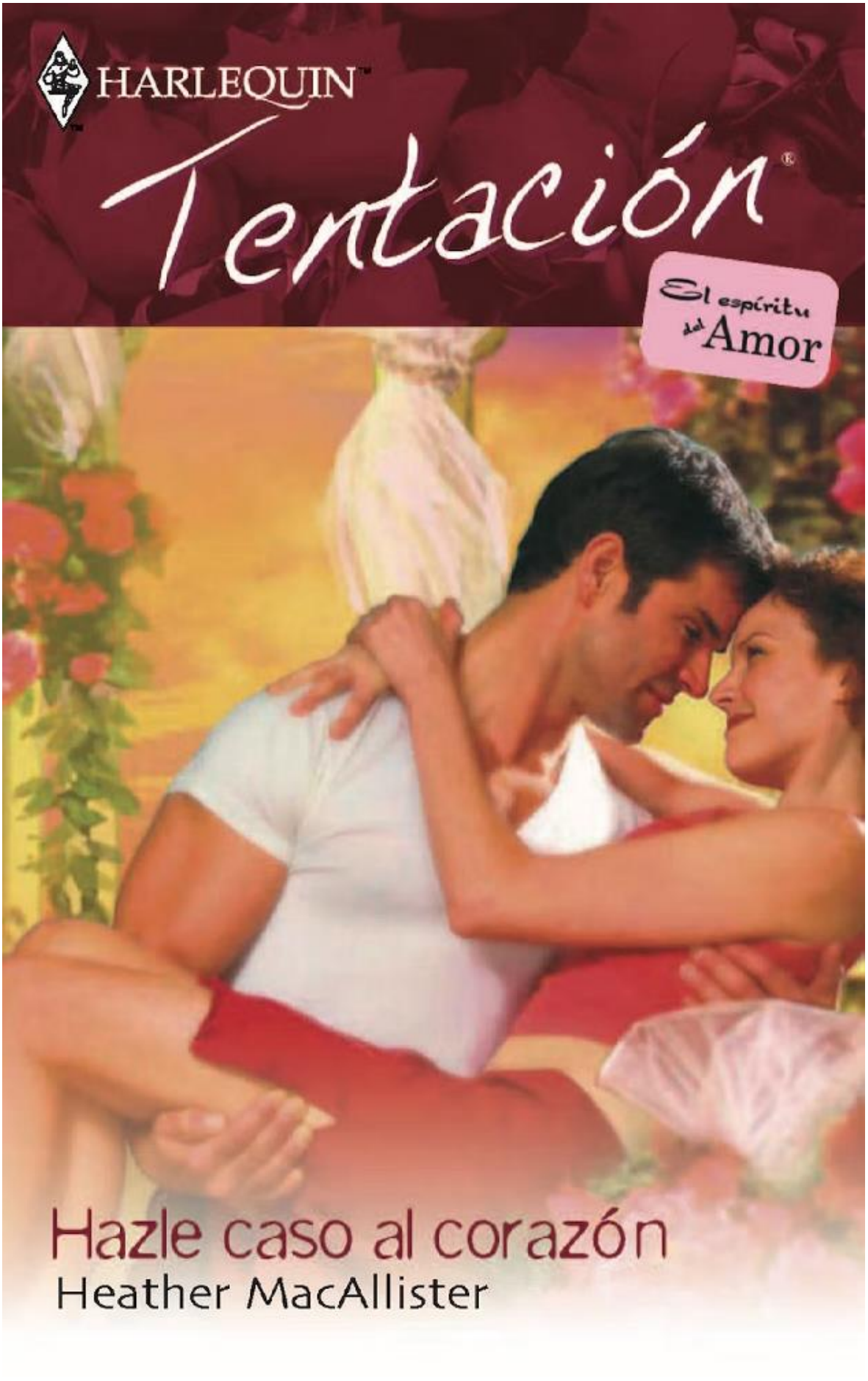
HARLEQUIN
Tentación
El espíritu del Amor
Hazle caso al corazón
Heather MacAllister

¿CÓMO PODRÍA CONVENCERLA DE QUE LE DIJERA NO AL OTRO Y SE CASARA CON ÉL?

La abogada Alexis O'Hara estaba harta de salir con hombres y luego acabar odiándolos. Quería sentar la cabeza y había decidido que no quería que su corazón interfiriera. Por eso cuando su mentor Vincent Cathardy le ofreció todo lo que siempre había deseado, aceptó su proposición de matrimonio sin pensarlo dos veces.

El abogado Dylan Greene creía estar elaborando un acuerdo prematrimonial más... hasta que se enteró de que la futura novia era Alexis, la única mujer a la que había amado en su vida. Después de tantos años separados, la atracción entre ellos parecía más poderosa que nunca. ¿Entonces por qué Alexis estaba tan empeñada en seguir adelante con su boda con Vincent?

https://www.facebook.com/novelasgratis

Prólogo

—Hoy tengo un buen presentimiento —Sunshine se sentó en el sofá que había junto a la ventana y se ató la cinturilla de los bombachos—. Hace un día soleado y siempre tengo buenos presentimientos los días soleados.

—Tienes buenos presentimientos todos los días. No comprendo cómo puedes ser tan animada y tan mortecina al mismo tiempo. Ya sería bastante conseguir que mi cuerpo, si tuviera un cuerpo, bebiera. Si pudiera beber —Fio se recolocó el chal sobre los hombros.

Sunshine miró a Fio y al resto de las chicas que estaban en el salón de lo que había sido uno de los burdeles más selectos de Colorado.

—Eres tan gruñona porque llevas el corsé demasiado apretado.

—¡Soy gruñona porque estoy muerta! Estoy muerta y condenada a pasar el resto de la eternidad en este corsé porque Mimi nunca vino a deshacer los nudos.

Todas miraron a Mimi, que iba vestida con un salto de cama. Ella se encogió de hombros.

—Estaba demasiado ocupada muriendo.

En la esquina, Rosebud estaba sentada leyendo *Madame Bovary* y levantó la vista del libro:

—¿Podríamos hablar de otra cosa, por favor? Desde hace ciento nueve años, todos los días hablamos de que estamos muertas. Hubo un escape de gas. Fallecimos todas. Es hora de continuar.

—¡Me encantaría continuar! —Comentó Fio—. No puedo creer que Belle Bulette se haya marchado ya al Gran Picnic en el Cielo y yo siga aquí.

—Echo de menos a Belle —dijo Sunshine con añoranza, pero sin dejar de sonreír.

—Supongo.

—Nunca nos aburríamos cuando ella estaba aquí —dijo otra de las chicas.

—Lo sé, siempre estaba tan animada.

—Animada... Ja, ja.

—Oh, Fio, ya sabes lo que quiero decir.

—Nosotras mismas tenemos que buscar cosas emocionantes y sacarles beneficio, ¿no es así? —dijo una mujer elegante y vestida con bata de seda que estaba en la puerta. Señaló a un hombre que estaba registrándose en la recepción del hotel Maiden Falls—. Concretamente, me gustaría hacer algo emocionante con aquel joven.

—Condesa, ya conoces la reglas —le recordó Sunshine.

—Querida, por él, quebrantaría las normas.

Sunshine observó cómo un hombre se registraba en el hotel. Tenía un rostro agradable y se movía con seguridad, algo que también prometía seguridad en el dormitorio.

Sin embargo, todas conocían las reglas de la señorita Arlotta, especialmente la regla de nada de aventuras, y lo que sucedería si alguna de las chicas la quebrantaba: una muesca negra en el poste de cama ficticio del libro de hazañas de cama de la señorita Arlotta. Con demasiadas muescas negras nunca tendrían la oportunidad de ganar las diez muescas que necesitaban para llegar al Picnic Eterno.

Después de haberse lamentado sobre su destino durante décadas, la señorita Arlotta y el juez Hangen, quien, por desgracia, había ido a visitar a la señorita Arlotta el día del escape de gas, habían decidido que, puesto que durante sus vidas habían ofrecido amor falso, podrían compensar sus actos ofreciendo amor verdadero después de la muerte.

Parecía que el plan estaba funcionando.

Sunshine no sabía si lo que les esperaba era el Gran Picnic o el Picnic Eterno, pero durante el tiempo que estuvieron vivas, cada domingo, las chicas de la señorita Arlotta se vistieron con sus mejores ropas y se dirigieron a un prado donde hacían un picnic, se reían y se bañaban en las pozas que había junto a las cascadas.

A Sunshine y al resto de las chicas les encantaban los picnics de los domingos, incluso a Belle, la mujer que bebía, jugaba y disparaba de maravilla. Habían hecho falta muchos hombres para manejar a Belle. Y bastantes lo habían conseguido.

En cualquier caso, estar en el exterior, sentir la hierba bajo los pies, jugar en la poza y tumbarse bajo una sombra era lo que Sunshine más echaba de menos.

Ni ella ni el resto de las chicas podían salir del hotel. Bueno, podían ir a la azotea, pero no era lo mismo.

¿Y si ni siquiera tuvieran eso? Podría ser mucho peor. Pero todas sabían que había una manera de llegar, si no al Gran Picnic, como solían llamarlo, a un lugar agradable. Un lugar al que Belle ya había llegado. Un lugar al que Sunshine también iba a marcharse, en cuanto ayudara a una pareja más a encontrar el camino hacia el amor verdadero. Así que, no merecía la pena correr el riesgo de obtener una muesca negra por aquel hombre, por muy atractivo que fuera.

—Oh-la-la. Sin duda es atractivo —dijo Mimi.

—Debe de ser el novio —dijo Sunshine, flotando por el recibidor junto a sus compañeras—. Este fin de semana hay una boda —juntó las manos—. Me encantan las bodas.

—Ah, ésa se ha anulado —dijo Lavender.

—Ha vuelto a convocarse —les informó Rosebud. Estaba más interesada en el libro, a pesar de que había tenido más de cien años para leerlo, que en los hombres. La pobre Rosebud había tenido la desgracia de llegar a la casa de la señorita Arlotta justo antes del escape de gas, así que su experiencia con los hombres era extremadamente limitada.

—Si va a celebrarse la boda, entonces, la novia y el novio deben necesitar ayuda —dijo Sunshine.

—La misma boda, pero con una novia y un novio diferentes —le dijo Rosebud.

—A mí me encantaría darle a ese hombre una ayuda muy especial.

Lavender suspiró.

—Oh, Mimi, creo que a todas.

—A mí no —soltó Fio—. No merece la pena renunciar a la posibilidad de que te aflojen el corsé por ningún hombre.

—Amén —se oyó una voz que provenía del pasadizo secreto—. Escuchad, señoritas, y Glory Hallelujah os aclarará las cosas. Desdemoaner y yo hemos estado en la azotea y, ese hombre no es el novio. Mirad hacia la puerta.

En ese momento, un hombre de pelo cano entró en el recibidor como si fuera el dueño del lugar.

Sunshine había visto antes a ese tipo de hombre, normalmente con un mazo en la mano o una placa en la solapa.

—Mirad, el novio.

—Oh, entonces es una pareja mayor. Un segundo matrimonio, ¿quizá? Qué bien —Sunshine ignoró la mirada de las demás. Ella siempre elegía mirar el lado positivo de las cosas. Y disfrutar de la vida, o de la muerte.

—No exactamente —Glory señaló a la mujer joven que se reunió con el hombre en la recepción.

—¿Es su hija? —preguntó Fio.

—La novia —anunció Glory.

—¡Y yo digo bravo! —La Condesa aplaudió despacio.

—Y yo digo que depende del dinero que él tenga —Mimi se frotó las manos.

—Cariño, a mi no me haría falta mucho —dijo Fio.

—Nunca te hizo falta mucho, Fio, nunca —murmuró La Condesa.

—¡He oído eso!

—¡Y yo también! —una voz invadió la habitación.

Sunshine nunca comprendería cómo la señorita Arlotta, que pasaba la mayor parte del tiempo en el ático, era capaz de ver, oír y hablar con ellas, estuvieran donde estuvieran.

—¡Sunshine, la novia va a quedarse en tu habitación! —Lavender estaba flotando detrás del mostrador de la recepción.

—¿Y el novio? —preguntó Mimi.

—En la nueva sección.

—Eso no puede ser bueno —dijo Glory.

—¿Por qué no? Ya sabes que el novio no debe ver a la novia el día de la boda hasta que no caminen hacia el altar —suspiró Sunshine—. Es tan romántico.

—Sunshine ayudará a esta pareja —intervino la señorita Arlotta—. Los caballeros maduros son su especialidad.

—¡Gracias, señorita Arlotta! —Sunshine suspiró hondo mientras las otras chicas protestaban un poco antes de retirarse a otras zonas del hotel.

Los hombres maduros a los que les gustaba el aspecto juvenil y la conversación inocente de Sunshine habían sido su especialidad.

Notó que alguien tiraba de su bata de gasa. Rosebud había abandonado la lectura y estaba mirando a la pareja que acababa de registrarse.

—Ya puedes dejar de actuar —murmuró—. Estamos solas.

—¿Cómo? —Sunshine batió las pestañas.

—Ahora bromearán sobre las rubias, ya sabes.

—¿Disculpa?

—Bromas acerca de que las chicas rubias son tontas —acarició uno de los rizos de Sunshine—. Sólo que tú no eres tonta.

Sunshine sonrió.

—No lo olvides, cariño.

—Quiero decir toda esa charla tan romántica. Éste era un lugar de negocios.

Sunshine se rió.

—Sin duda, era un lugar de chanchullos.

—Sexo por dinero —Rosebud se recolocó las gafas—. Los hombres nos daban dinero y nosotras les dábamos sexo. Tan sencillo como eso.

Sunshine miró a la pareja que estaba en el recibidor. Aparte de tener la mano sobre su espalda, el hombre no tocaba para nada a la mujer. Y ella tampoco a él. Sonreían de manera educada en lugar de tener la amplia sonrisa de los que no pueden evitar sonreír. De los que están enamorados.

—Rosebud, nunca fue tan sencillo como eso —murmuró ella.

Capítulo 1

Cuando Alexis O'Hara llegó al hotel de Maiden Falls, en Colorado, donde iba a celebrar su boda, y se encontró con que un ex novio suyo también se estaba registrando allí, lo miró con frialdad y una sonrisa que decía: «mira qué guapa estoy. Seguro que te arrepientes de haberme dejado». Y cuando él la informó de que representaría a su novio en el acuerdo prematrimonial, ella hizo lo que haría cualquier mujer moderna e independiente cuando se enfrenta a lo impensable: llamar a su madre.

Tras dejar el equipaje sobre la alfombra de su habitación, Alexis se acercó a la ventana con el teléfono móvil pegado a la oreja.

—¿Mamá?

—Has cambiado de opinión —le dijo Patty O'Hara.

—¡No! ¿Por qué dices eso cada vez que llamo?

—Oh, no lo sé, ¿quizá porque te has comprometido hace una semana con un hombre del que nunca te había oído hablar en un contexto romántico?

—Éste no va a ser de esa clase de matrimonio.

—¿Y qué clase de matrimonio va a ser?

Alexis comenzó a hablar con intención de ensalzar las virtudes de la compatibilidad, admiración e intereses compartidos, pero se encontró diciendo:

—Es un matrimonio del tipo «estoy cansada de salir con chicos».

—Ah, uno de esos. Pensaba que era uno de: «mujer anticuada se casa con nombre maduro por dinero».

Alexis apretó los dientes y después dijo:

—Tiene cincuenta y cuatro. Eso es dos años menos que tú. ¿Estás diciendo que eres vieja?

—Estoy diciendo que he estado casada con un hombre de cincuenta y cuatro años y sé lo que es.

Se refería al padre de Alexis. Alexis prefería no pensar en su padre en ese contexto.

—Pero no has estado casada con un hombre rico de cincuenta y cuatro años.

Se hizo un silencio.

—¿Mamá?

—Te estaba dando tiempo para pensar. Has ido corriendo de un lado a otro como una loca y sé que no has reflexionado sobre lo que vas a hacer.

—En el avión he tenido mucho tiempo para pensar —de hecho, se había quedado dormida durante el vuelo—. No voy a cambiar de opinión.

—No voy a cortar las etiquetas de mi vestido hasta que tenga que ocupar mi asiento el día de la ceremonia.

—Mamá —Alexis se presionó el entrecejo.

—Alexis, como cualquier madre, sólo quiero que seas feliz. Sé que no has llamado para discutir y estoy haciendo la maleta. ¿Qué ocurre?

—Dylan está aquí —dijo, orgullosa de que su voz pareciera calmada.

—¿La conozco?

—Es un hombre.

—Bueno, hoy día nunca se sabe, con esos nombres que sirven para todos.

—¿Pat, por ejemplo? —preguntó Alexis.

—Es el apodo de Patricia. ¿Dylan de qué es el apodo?

Alexis suspiró.

—De Problemas.

—¿Por qué?

¿Cómo podía haberse olvidado su madre?

—¿La facultad de Derecho? ¿El chico que puso mi corazón en la órbita del planeta Tristeza?

—Ah. Ese Dylan.

—¡Sí, ese Dylan! ¿Cómo puedes haberte olvidado de ese Dylan?

—Ha habido tantos...

Sí, su corazón había hecho varios viajes al planeta Tristeza desde entonces. Pero con Dylan había sufrido más que con los demás.

—Mamá, él se encargará del acuerdo prematrimonial de Vincent.

—Ten cuidado con ese acuerdo. No firmes nada sin leerlo primero.

—¡Mamá! ¡También soy abogada! No lo entiendes. Dylan es el representante de mi prometido.

—¿Todavía sientes algo por él? —le preguntó su madre con cautela.

—Sí... ¡odio!

—Creía que lo habías superado.

—Así es. Y no lo odio. No había pensado en él. ¡Pero va a negociar mi acuerdo prematrimonial con Vincent!

—Al parecer no cree que vaya a haber un conflicto de intereses.

—Eso es porque no está interesado. Olvídate de lo que he dicho —aquella conversación no iba bien.

—Entonces... ¿qué quieres de mí? —preguntó su madre.

—¡Dime lo que tengo que hacer!

—Espera... Alexis le pide consejo a su madre. Déjame que lo anote en el calendario.

—A lo mejor, si no fueras tan sarcástica, te pediría consejo más a menudo.

—No, no lo harías.

—Probablemente tengas razón. Pero te lo estoy pidiendo ahora.

—Retrocedamos un par de pasos y mirémoslo de forma global. ¿Qué es lo que quieres? Y no estoy escurriendo el bulto.

—Quiero que él no esté aquí.

—¿Por Vincent o por él?

—Porque es extraño.

—Si Dylan fuera una mujer, ¿sería igual de extraño?

—Síííí —dijo Alexis despacio—. Si hubiese sido muy amiga de una mujer y estuviéramos enfadadas, me resultaría extraño tenerla como consejera de mi prometido. Sí —dijo con convencimiento—. Es ese tipo de extrañeza.

—Hmm. Si Dylan fuera una mujer, ¿le pedirías a Vincent que buscara otra representante?

—Es demasiado tarde.

—¿Denver no está cerca? Seguro que hay otros abogados disponibles. Pero la cosa es que, si Dylan fuera una mujer, posiblemente se lo comentarías a Vincent. Entonces, ¿por qué no le dices que te resulta incómodo de todos modos? Vas a casarte con ese hombre. Deberías poder hablar de esas cosas con él.

—Porque... porque... No quiero que Dylan se entere de que me incomoda.

—¿O no quieres arriesgarte a que Vincent descubra que estuviste liada con su abogado? —su madre había llegado al centro del problema, tal y como Alexis esperaba.

—Suena mucho peor de lo que es. En serio, no es tan grave y no quiero que se convierta en algo grave. Pero si no lo menciono y Vincent se entera, pensará que se lo estaba ocultando. Si le cuento que hubo algo entre Dylan y yo, entonces, estaré llamando su atención hacia el tema, sobre todo si no lo sabe ya. Y no sé si Dylan se lo ha contado. Y no puedo preguntárselo a Dylan porque entonces pensará que me importa si Vincent lo sabe o no y Dylan creerá que todavía me afecta. Una tontería, porque ya no importa si estuve enamorada de él en el pasado. Pero puede que Vincent piense que sí —se calló y respiró hondo—. Me duele la cabeza.

—Pobrecita.

—Ay, mamá, ¿qué voy a hacer?

—De acuerdo. Te sugiero que trates a Dylan del mismo modo que tratarías a cualquier compañero de clase, hombre o mujer. Que sonrías, que le des conversación, soluciones tu acuerdo prematrimonial y permitas que siga su camino.

«Sonreír. Conversaciones. Acuerdo prematrimonial. Dylan se va», repasó en voz baja. De acuerdo, podría hacerlo.

—¿Y si él dice algo?

—Si tiene el mal gusto de sacar a relucir vuestra relación personal del pasado delante del hombre que es su cliente y tu prometido, tú sonríes, le dices que te da pena haber perdido el contacto con él, pero que no tienes tiempo de ponerte al día, y te marchas.

Aquello podía funcionar. Sobre todo lo de marcharse.

—Gracias, mamá.

—¿Alexis?

—¿Sí?

—Tomarte un trago de tequila después no te sentará mal.

—Y en el primer aniversario del matrimonio, si no se ha solicitado la disolución, Alexis O'Hara tendrá derecho a recibir de la Propiedad Individual de Vincent Cathardy, la suma de cien mil dólares más el salario que esperaría cobrar, en el caso de no tener empleo. Dicho salario se computará de acuerdo a las fórmulas que figuran en el adjunto A. En el segundo aniversario del matrimonio, si no se ha solicitado la disolución del mismo, la señorita O'Hara tendrá derecho a recibir de la Propiedad Individual de Vincent Cathardy, la suma de doscientos mil dólares más el salario que esperaría cobrar, en el caso de no tener empleo. En el tercer aniversario...

Y continuaba de esa manera. Era una maravilla de acuerdo prematrimonial, pero es que Dylan Greene siempre había considerado que Alexis O'Hara era una maravilla de mujer.

Sin embargo, Dylan debía concentrarse en las cláusulas que estaba leyendo. Alexis y su abogado lo harían. Vincent también, aunque había sido él quien *había*, escrito la mayor parte del contrato.

Dylan debía permanecer atento. Sí, era un buen abogado y tenía cierta fama merecida que debía mantener. Después de todo, se había enfrentado con éxito al importante *abogado* Vincent en varios contratos prematrimoniales, y se había quedado de piedra cuando Vincent Cathardy lo había contratado para negociar el acuerdo prematrimonial de su futuro enlace.

Vincent, uno de los socios de Swinehart, Cathardy y Steele, era una leyenda. Un abogado que se enfrentara a Vincent Cathardy podía recibir, al menos, media docena de botellas de whisky como consuelo. Puesto que Vincent Cathardy era abogado corporativista y Dylan se había especializado en derecho de familia, Vincent no era un oponente habitual. Y cuando se encontraban, el caso solía tratar negocios familiares, herencias o divorcios. Divorcios caros.

Dylan no era gran bebedor y creía que todavía le quedaban cuatro botellas de la última vez que se enfrentó a Vincent Cathardy. De todos modos, aún esperaba descubrir la trampa. Vincent y él no se movían en el mismo círculo legal ni social. Entonces, ¿por qué lo había contratado?

Y además había leído el nombre de la novia en los papeles. Alexis O'Hara. Alexis. La brillante y ambiciosa Alexis.

¿Habría sido ella quien lo había recomendado? No, a juzgar por la expresión de sorpresa que puso cuando entró en el recibidor.

Él no se había preparado para encontrarse con ella porque no pensaba que fuera a necesitarlo. Su cuerpo se encargó de advertirle que se había equivocado. Se le había acelerado el corazón, se le había calentado la sangre y se le había revolucionado la parte baja del cuerpo. Así, sin más. Había pasado siete años sin verla y sin embargo todos sus nervios reaccionaban ante ella. Había tenido que contenerse para no tomarla entre sus brazos y besarla con tanta pasión que habría dejado claro que en el pasado habían mantenido una relación. Pero lo había logrado y había mirado a Alexis con una sonrisa fría y educada.

Vincent había estado presente y era la clase de hombre al que le hubiera importado que Dylan y Alexis hubieran estado liados en el pasado. Pero eso había sucedido cuando asistían a la Facultad de Derecho. Mucho tiempo atrás. Un recuerdo agradable. Demasiado agradable, a juzgar por la reacción de su cuerpo, pero nada más. Desde luego no suponía una amenaza para el gran hombre.

No, Vincent lo había contratado por su experiencia. Eso debía de ser. El hombre lo respetaba. Lo consideraba uno de los mejores.

Lo era, pero a los hombres con la situación y la experiencia de Vincent no les gustaba admitirlo.

Dylan continuó leyendo, consciente del silencio que había en la habitación excepto por el sonido de su voz. Nadie tenía ninguna objeción. ¿Y Alexis por qué iba a objetar? Iba a obtener un salario y un bonus por cada año que permaneciera casada con aquel hombre. Y lo cobraría durante el matrimonio, no en caso de que se separaran. No, Alexis recibiría un pequeño regalo de aniversario cada año. Los fondos se convertirían en sus bienes privados.

Él nunca se había imaginado que ella era el tipo de mujer que disfrutara de los lujos que te permite el dinero. No antes de que su esplendor en el ámbito legal tuviera la oportunidad de brillar por sí mismo.

Pero su opinión era completamente inapropiada. Se suponía que él no debía tener opiniones.

Y no debería estar pensando en Alexis.

Verla de nuevo le había provocado una extraña sensación. Era como si hubiera entrado en un aula y la hubiera encontrado esperándolo, como siempre, y él tuviera derecho a experimentar los sentimientos ardientes que

tenía por ella. Pero no tenía derecho. Por desgracia, no podía evitarlo. Recordaba las largas horas que había pasado entre sus brazos, besándose hasta que los labios se les quedaban dormidos, mirándola hasta que ambos quedaban dormidos. El aroma de su piel, y de su cabello. La curva de su cintura. El... «No, olvida los recuerdos, Dylan», pensó.

Alexis se había convertido en una mujer muy atractiva y él iba a tener que controlarse ese fin de semana.

Dylan levantó la vista y vio que ella lo miraba. Él siempre se había sentido fascinado por sus ojos. Eran los ojos marrones más oscuros que había visto nunca y, cuando los miraba, se ponía nervioso, y ella lo sabía y se aprovechaba de ello.

Dylan había visto sentimiento en su mirada en un par de ocasiones, pero no a menudo. Y no en ese momento.

Alexis se percató de que Dylan seguía sin poder ocultar sus emociones. Siempre le había resultado sencillo interpretar sus expresiones, así que cuando rompió con ella sin avisar unas semanas antes de la graduación, se quedó sorprendida porque no se lo había imaginado. Todavía recordaba lo que expresaban sus ojos. Sorpresa por que ella se hubiera disgustado tanto. Y lástima... Alexis odiaba lo último.

Pero nada de arrepentimiento. Ninguna duda.

En esos momentos, sus ojos color caramelo expresaban desaprobación al otro lado de la mesa.

Como si él tuviera derecho a juzgar lo que ella hacía.

¿Y qué si él u otra persona no daban su aprobación? Si Alexis quería casarse con Vincent, eso era lo que haría. Tenía derecho a hacer lo que le apeteciera. Había trabajado muy duro durante años para conseguir cierto nivel de vida y, una vez que había conseguido el dinero suficiente para mantenerlo, no tenía tiempo ni energía para disfrutar de ello.

Alexis estaba cansada de trabajar a ese ritmo insano. Y quería tener hijos, pero no quería quedarse en casa, relegada para siempre al papel de madre, sólo por no poder seguir trabajando ochenta o noventa horas a la semana, o por tomarse dos años libres.

Eso es lo que le había sucedido a todas las mujeres que habían dado a luz mientras Alexis trabajaba en Swinehart, Cathardy y Steele. Y no ocurría sólo en ese despacho, ni entre los abogados. Incluso Marisa, que había

entrado en el despacho a la vez que ella, y que tenía a su madre, a su hermana pequeña y a una niñera que vivía con ella, había abandonado y trabajaba desde su casa.

Así que había que elegir entre la familia o el trabajo. ¿Pero por qué las mujeres tenían que tomar esa decisión? ¿Por qué no podían compaginar ambas cosas? Nunca había oído que los hombres de su despacho se quejaran de ello. Sabía que tenían familia, y fotos de sus esposas e hijos sobre el escritorio, aunque quizá era para que pudieran reconocerlos cuando se cruzaban con ellos en casa.

Ellos tenían algo que ella no tenía, pero que deseaba. Y casándose con Vincent, podría tenerlo. Podría tenerlo todo.

Una semana antes, estaba deseando dormir hasta tarde el fin de semana. Rara vez tenía un fin de semana libre y solía convencerse de que merecía la pena sacrificar su vida personal, las horas de sueño, las fiestas de cumpleaños y el conocer a su sobrina de tres años, por ser una de las asociadas principales del equipo de Vincent.

Al final siempre se decía que podría bajar el ritmo más tarde y disfrutar de la vida, las compras, las comidas y las horas de sueño.

Excepto que deseaba bajar el ritmo en ese momento. Quería disfrutar de su fantasía. Ya no sentía la misma satisfacción que antes al finalizar un proyecto. Y los comentarios de su madre y de su hermana le dolían. Leigh, su hermana, le había dicho que nunca conocería a su sobrina de tres años, porque nunca la había visto siendo una niña de esa edad. Y no lo haría, a menos que Alexis viajara a Austin antes del veinticuatro de mayo, el día en que Madison cumpliría cuatro años.

Alexis se había dado cuenta de que Leigh tenía razón.

El viernes, después de que Vincent y ella hubieran terminado con éxito el caso de una fusión de empresas, Vincent había abierto una botella de champán y, tras la primera copa, había alzado el brazo hacia las luces que iluminaban la ciudad de Houston para brindar.

—¿Qué se siente al mirar ahí fuera y saber que eres una de las mejores?

—No lo que yo creía.

—Entonces, necesitas más champán —dijo él, y le sirvió la segunda copa.

Alexis nunca bebía más de una copa durante un asunto de negocios. Pero Vincent era su mentor y ella estaba tan acostumbrada a seguir sus consejos, que permitió que le rellenara la copa sin pensárselo dos veces.

—¿Y? —preguntó él arqueando una ceja—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Quiero más —contestó ella, pero cuando él levantó la botella, ella negó con la cabeza—. Champán no. Más.

Vincent esbozó una amplia sonrisa.

Alexis pensó que era la misma sonrisa que les dedicaba a sus contrincantes antes de acabar con ellos. Una sonrisa del estilo de: he ganado, pero voy a jugar un poco más contigo.

—Tienes derecho a más —mencionó una cifra.

Para su sorpresa, Alexis se percató de que había negociado un aumento de sueldo sin quererlo.

—¿Todo esto te ha merecido la pena? —le preguntó.

El la miró fijamente con sus ojos azules.

—Por supuesto.

Alexis se relajó hasta que él añadió.

—Pero mi reloj biológico dura más que el tuyo.

«Reloj biológico». Al oírselo mencionar, ella se percató de que era probable que su inquietud estuviera causada por el mismo reloj biológico. Tenía treinta y un años, no tenía novio ni tiempo para encontrarlo; sólo tenía viejas amistades y algunos parientes que parecían extraños.

Todo eso se lo había contado a un Vincent que resultó ser comprensivo, aunque fuera de manera calculada y ella lo supiera, pero fingiera no darse cuenta.

Y él le había contestado:

—Tengo que hacerte una propuesta.

Y eso era exactamente lo que fue.

Ella se había quedado de piedra y después fue haciéndose a la idea. Aunque era mayor, Vincent era atractivo y podría proporcionarle una vida mejor de la que ella podía procurarse por sí misma.

Así que allí estaba, una semana más tarde, a punto de casarse con un hombre al que admiraba pero no amaba. Y quien la admiraba, pero tampoco la quería. Ambos buscaban la misma cosa, una familia e hijos. Bueno, aun-

que Alexis también quería un entrenador personal y una cita semanal con un masajista, pero básicamente, Vincent y ella estaban en el mismo momento.

Todo tenía sentido, Alexis se acostumbraría al matrimonio en un par de meses, después trataría de tener hijos enseguida y, cuando ya pudiera llevarlos a la guardería, Vincent estaría preparado para ejercer la paternidad y Alexis retomaría la carrera profesional que había abandonado. Gracias a Vincent, Alexis no tendría que seguir el camino de las mamas relegadas a la maternidad. Como era uno de los socios fundadores, tenía esa clase de poder y lo había dejado por escrito en ese acuerdo prematrimonial al que ella debería estar prestando atención, en lugar de estar justificando mentalmente sus acciones ante un par de ojos de color caramelo que todavía tenían capacidad para afectarla.

—¿Alexis? —Margaret, su abogada, la miró como indicándole que se había perdido algo.

A los cuarenta y tantos, Margaret nunca había estado casada. Era una mujer dura, sin sentido del humor y que necesitaba retocarse el tinte de las raíces.

Ella era como Alexis se veía en el futuro.

Aunque no era cierto, porque iba a casarse con Vincent.

—¿Margaret?

—¿Estás de acuerdo con el contenido de la cláusula anterior?

—Yo...

—Hay una sanción monetaria importante en caso de que tengas que regresar al trabajo. Además, hay una cláusula sobre no trabajar para la competencia, que no me gusta.

—A Alexis no parece haberle disgustado —dijo Vincent.

—Apenas hemos tenido cuarenta y ocho horas para revisar el acuerdo —Margaret miró a Vincent por encima de la montura de las gafas.

—Sugeriría que si Alexis trabajara para otra empresa, se anulase esa sanción económica.

—Nunca trabajaría para otra empresa —dijo Alexis.

—Entonces, más motivo para revisar esas condiciones económicas.

Alexis no quería revisarlas. Iba a formar una familia y pensaba pasarse los próximos años decorando habitaciones infantiles y cambiando pañales. No tenía sentido perder el tiempo. No tenía sentido destrozar el sentimiento

de felicidad que experimentaba desde que había aceptado casarse con Vincent y permitir que fuera él quien se preocupara de conseguir dinero.

Entonces, habló Dylan:

—Vincent, yo suelo aconsejar a mis clientes que estén preparados para lo inesperado. En este caso, no vendría mal una cláusula que tratara sobre tu posible incapacidad. Si dejaras de tener ingresos, bajo esas condiciones, Alexis tendría que mantenerte.

Vincent lo miró y esbozó una sonrisa.

—Si hubiera querido una cláusula como ésa, la habría incluido.

—Si hubieras pensado en ella.

—Lo hice.

—A los jueces les gusta ver ese tipo de cláusulas. Son una muestra de buena fe y hacen que los acuerdos prematrimoniales sean más difíciles de romper.

—Espero que hagas un acuerdo inquebrantable, Dylan. ¿Me he equivocado al confiar en ti?

—No, si aceptas mi consejo.

—Alexis tiene confianza, ¿no es así, Alexis? —preguntó Vincent.

Dylan miró a Alexis en el mismo momento en que Margaret le dio un golpecito con el pie como queriéndole decir: «Sí, sí, la cláusula debería incluirse».

—Vincent... —comenzó a decir.

—Si acabo incapacitado, entonces, más que nunca, querré que mi encantadora esposa esté a mi lado —agarró la mano de Alexis—. No tendremos problemas económicos. Tengo un ingreso de por vida por parte de la empresa.

—Ah —quizá Alexis no volvería a trabajar jamás. El trabajo estaba sobrevalorado. Los centros de belleza y las pedicuras no. Alexis se dejó llevar una vez más por la fantasía.

Oyó un timbre y vio que Vincent sacaba el teléfono móvil.

—Disculpadme. Tengo que contestar — miró a Alexis—. Briarwood.

El siguiente caso importante. Y ella habría estado trabajando en él si no tuviera que planificar una boda en una semana.

—Por supuesto —dijo ella cuando Vincent se disponía a salir de la habitación.

—Alexis, tenemos que hablar.

—Margaret...

—Pero ahora no —Margaret agarró la copia del contrato y se puso en pie—. Voy a revisar un par de cosas —se dirigió a Dylan—. Ya sabes las normas. Nada de discutir el acuerdo a menos que yo esté presente.

Dylan se apoyó en el respaldo de la silla y dijo:

—Eh, ella también es abogada.

—Lo era —dijo Margaret antes de salir.

Alexis decidió que Margaret estaba celosa. ¿Cómo no iba a estarlo?

Miró al hombre que estaba al otro lado de la mesa y vio que él también la miraba. Dylan era el mismo de siempre, con el cabello más corto, pero el mismo de siempre. Era como si estuvieran sentados en una de las mesas de la biblioteca de la facultad. Siempre tenían que sentarse uno frente al otro para poder concentrarse en los estudios y no en ellos mismos.

Por aquel entonces, el truco casi nunca funcionaba, y tampoco estaba funcionando en esos momentos.

Dylan nunca había sido uno de esos chicos que cortaban la respiración, pero hacía todo lo posible por mejorar su aspecto y el efecto era sobrecogedor. Alexis se fijó en el bronceado de su piel. Era falso. ¿De dónde sacaban el tiempo esos hombres?

—Bueno... —dijo él.

—Bueno... —dijo ella, consciente de que él iba a crearle problemas.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Desde la graduación.

—¿Cómo te ha ido, Alexis?

—Bien. Ocupada.

—Estás siendo muy modesta. Sólo el hecho de mencionar tu nombre hace que los dueños de los pequeños negocios se mueran de miedo.

—Yo también he oído tu nombre por ahí.

—Seguro que sí.

—Normalmente así: ese maldito de Dylan Greene. Deberías cambiar el encabezado de tu papel de cartas por M. Dylan Greene.

Él se rió.

—Sí. Vincent ha tenido que reestructurar un par de tratos cuando no pudo incumplir uno de mis acuerdos prematrimoniales.

—De hecho, fui yo la que hizo la reestructuración —habían sido horas y horas de trabajo.

—Te toca hacer el trabajo sucio, ¿no?

Alexis entrelazó las manos sobre la mesa y apretó con fuerza.

—Así gano experiencia.

—Y ahora vas a tirarla por la borda.

Alexis respiró hondo.

—Observa lo que dices, Dylan.

—Estoy haciéndolo —se puso en pie. Metió las manos en los bolsillos y se acercó a la ventana para contemplar las montañas de Colorado—. Estoy observando cómo una mujer va a tirar por la borda su carrera. ¿Qué pasa contigo, Alexis?

Capítulo 2

Alexis estaba tan enfadada, que apenas podía responder.

—¿Estás casado, Dylan?

—No.

—¿Y has estado casado?

—No.

—¿Has tenido hijos?

Él la miró a los ojos.

—¿Alguien ha tenido hijos por ti?

—No que yo sepa.

—¿Así que no sabes lo que se juegan las mujeres que tienen hijos? Las cosas son muy diferentes para los hombres que para las mujeres.

—Sin duda.

—Hablas como un abogado técnico, Dylan.

—No estoy hablando como abogado. Va contra las normas.

—Entonces, ¿cómo estás hablando?

—Como un amigo.

—Me temo que no.

Él sonrió.

—Todavía estás enfadada conmigo.

—Eso ya está superado.

—Estás enfadada. Sí, lo estás —esbozó una sonrisa más amplia—. Debí de ser mejor amante de lo que pensaba.

—Los he visto peores —dijo ella—. Y mejores. Tú eres de la media.

—¿Y Vincent cómo puntúa?

Alexis no podía creer que le hubiera hecho esa pregunta.

—No eres el primero que insinúa que Vincent me ha seleccionado para su equipo porque me he acostado con él pero, desde luego, no me lo esperaba de ti. Eso no es digno de ti, Dylan.

—No estaba poniendo en entredicho tu talento laboral —le dijo despacio—. Vas a casarte con ese hombre.

—Sí.

—Entonces, es normal que piense que te has acostado con él.

Se miraron y Alexis supo que no debía desviar la mirada. No debía ni pestañear. Era muy buena jugando a ese juego. Tenía los ojos tan oscuros, que la gente se fijaba en ellos. Además, se maquillaba para resaltar su mirada y practicaba gélidas expresiones que no revelaban nada.

Sin embargo, una cosa era la mirada y otra era sentir que se estaba sonrojando de manera incontrolada. Podía engañar a cualquiera, pero no conseguiría engañar a Dylan.

Pestañeó.

—Nunca te has acostado con él.

Alexis miró hacia la puerta. No quería que Vincent o Margaret los pillaran hablando de ese tema.

—Eso no es asunto tuyo.

Dylan se sentó en el borde de la mesa.

—Pero me fascina tu lógica... o la falta de ella. ¿Qué diablos estás haciendo, Alexis?

—Estoy pensando con mi cabeza y no con mi corazón. Si la gente pensara más con la cabeza en lugar de con el corazón, no tendríamos trabajo. Eso me lo dijiste tú.

—Así es. Continúa.

—Bueno, ¿conoces ese maravilloso momento de pasión, cuando una pareja no consigue saciarse y no les importa nada excepto estar abrazados durante horas y horas? —preguntó ella en voz baja.

Los ojos de Dylan se habían oscurecido. Alexis pensó que incluso podía estar babeando. Él asintió y tragó saliva.

Ella se echó hacia atrás y levantó las manos.

—Nunca dura mucho. Y entonces, una se encuentra con los restos. Y mira a su alrededor y piensa: no puedo vivir así. ¿En qué estaría pensando? Y entonces se da cuenta de que no estaba pensando, sino que se había dejado seducir por la chispa. Esta vez, primero he hecho una valoración completa del hombre. Y es todo un hombre —le dedicó una sonrisa

seductora a Dylan—. Más tarde prenderé la chispa. Y sabes que puedo hacerlo.

—Será mejor que te asegures de que tienes buena madera.

—No seas grosero.

—Eh, sólo estoy diciendo que, si quieres pequeñas chispas, tendrás que preparar la fogata con algo.

—¿Me puedes explicar por qué te preocupa tanto mi fogata?

Dylan se acercó a Alexis y ella pensó que iba a tocarla. Él golpeó la mesa con el contrato.

—Quiero saber si la nueva moda es que una mujer con gran éxito profesional se venda como esposa a un alto precio.

—Estás siendo grosero a propósito.

—Quizá sólo quiera agitarte para ver si todos tus cilindros funcionan.

—¿Alguna vez utilizas un lenguaje sencillo?

—Creía que la frase de venderte como esposa a alto precio era bastante sencilla.

—Lo veo como la manera de proteger mi futuro y el de mis hijos.

—Te escucho.

—Quiero tener hijos y, hoy día, una mujer arriesga mucho en lo que respecta a su carrera profesional. En cuanto se enteran de que está embarazada, pierde su personalidad. Si está enfadada, son las hormonas. ¿Triste? Las hormonas. ¿Agresiva? Las hormonas. Así que no hay que presionar mucho a la pobre mamá. Y le dan los casos rutinarios. No permiten que empiece litigios largos porque se tomará la baja por maternidad. Y desde entonces, se la encasillará como mamá. No podrá trabajar tantas horas como antes porque los niños se pondrán enfermos y no tendrá a nadie que los cuide. Y no nos olvidemos del sentimiento de culpabilidad. He visto que sucede más de una vez. Por algún motivo, los hombres no tienen esos problemas. Él se toma unas horas libres para reunirse con el profesor de su hijo y se dice que es un padre implicado. Ella se toma tiempo libre y se dice que está permitiendo que su hijo interfiera en su trabajo. No quiero tener que elegir entre mis hijos y mi carrera profesional, así que me tomaré un tiempo libre al principio y regresaré al trabajo cuando sean mayores. Lo bueno es que podré retomarlo donde lo dejé. Eso es lo que pone en el contrato. Mi maravilloso contrato. Así que no me

digas que voy a tirar mi carrera por la borda. Al contrario, la estoy conservando.

Dylan la miró y se sentó a su lado.

Ella no quería que él la mirara y tampoco que se sentara a su lado. Estaba demasiado cerca y hacía que fuera consciente de que todavía lo deseaba. Después de todo ese tiempo, no era justo que su cuerpo la traicionara de esa manera.

Alexis miró su copia del acuerdo prematrimonial, y se estremeció cuando Dylan le sujetó la barbilla para que lo mirara.

—No estás enamorada de él.

—¿Cómo puedes saber lo que siento?

—Porque recuerdo cómo es tu aspecto cuando crees que estás enamorada.

Era un golpe bajo. Ella había estado enamorada. Había pensado que Dylan era el hombre de su vida.

—Una vez, alguien me dijo que hay muchos tipos de amor y que no todos ellos vienen con un anillo. Esta vez, tengo el anillo.

Sí, él había dicho tal cosa. Pero ella no acababa de comprenderlo. Dylan señaló el contrato.

—Esto no es un anillo. Es una soga.

—Conozco muy bien lo que opinas del matrimonio.

—Alexis, Alexis, Alexis.

—¿Qué?

—Esto no es lo mismo. Antes, ambos trabajábamos muy duro. Y teníamos que seguir trabajando duro. En diferentes ciudades, ¿recuerdas? Tú te quedabas en Austin y yo me marchaba a Houston —de pronto, se le ocurrió una idea terrible—. No te irías al bufete de Swinehart porque está en...

—Por supuesto que no —dijo ella.

—En aquel entonces, el matrimonio era impensable. Ninguno de los dos estábamos preparados y supuse que lo sabías. Pero de pronto te pusiste muy seria.

Quizá, Dylan había sido un ingenuo, pero pensaba que podrían seguir en contacto mientras comenzaban la carrera profesional. Después de todo,

para eso habían trabajado tan duro. Y era lo que habían hablado. Lo que ambos querían. Los compromisos de por vida llegarían más tarde.

—No fue de pronto —soltó ella—. Aquella tarde esperaba algo completamente diferente. Pensaba que me ibas a proponer matrimonio.

—Lo siento. De veras. Pero si hubiésemos estado juntos entonces, no estaríamos juntos ahora. No, teniendo el tipo de trabajo que ambos tenemos.

Ella no dijo nada y eso molestó a Dylan.

—El matrimonio habría hecho que te estancaras profesionalmente. Sabes que es cierto. Vamos. Admítelo.

—A lo mejor hubieras sido tú el que se habría estancado.

Él negó con la cabeza.

Alexis se cruzó de brazos y miró a un lado.

—Tienes razón. ¿Contento?

No lo estaba. No estaba contento para nada. No porque ambos no hubieran encontrado el momento adecuado al mismo tiempo, sino porque su conciencia le decía que ella estaba a punto de cometer un gran error y que él debía impedírselo.

—En cualquier caso, todas las relaciones que he tenido desde entonces han sido un fracaso. Así que, en lugar de basar una relación únicamente en la atracción mutua y esperar que todo lo demás funcione, Vincent y yo basamos nuestro matrimonio en el afecto, la compatibilidad, el respeto y las metas y los intereses compartidos. Si además, encontramos pasión, perfecto. Pero la pasión se desvanece. Al menos sabré que me queda algo en firme.

—Sí. Más de cien mil al año.

Ella lo miró.

—Estás jugando con la falta de ética.

—Creía que estaba jugueteando contigo.

—Necesitas depurar tu técnica —Alexis miró el reloj—. ¿Dónde se han metido? Se supone que tengo que reunirme con el coordinador de bodas del hotel.

—¿Te importa si te pregunto a qué se debe tanta prisa?

—Me importa que me hagas preguntas, por principio. Pero la verdad es que quiero casarme aquí y han tenido una cancelación de última hora. Podría utilizar el lugar si acepto todas las elecciones que había hecho la novia. Hay demasiadas perlas colgantes, pero si cancelo la máquina del karaoke y cambio un poco el menú, podré soportar el lila y el blanco.

Así que Alexis iba a utilizar la boda de otra persona para casarse con Vincent. ¿Se podía ser menos sentimental? De acuerdo, Dylan deseaba que muchos de sus clientes pensaran más con la cabeza que con el corazón, pero Alexis lo había llevado a lo más extremo.

—¿Pero podrás vivir con esto? —agarró el contrato, lo abrió por una parte que esperaba que su abogada hubiera marcado y lo dejó delante de ella.

—Se supone que no podemos negociar el contrato sin que mi abogada esté presente.

—No estamos negociando. Pero ya que tenemos poco tiempo, he pensado que si hay algo con lo que no estés de acuerdo, podrías decírmelo y, mientras estoy aquí sentado, intentaré hacerlo más aceptable. Nos ahorraríamos tiempo.

—No voy a estropear ningún elemento sorpresa que Margaret haya planeado.

—Se supone que no deberías ser tú la sorprendida —Dylan comenzaba a tener dudas acerca de Margaret. La cláusula en cuestión podía interpretarse de forma que permitiera que Vincent pudiera tener amantes en ciertas circunstancias, y sus costes serían deducidos del dinero que le correspondía a Alexis. ¿Por qué su abogada no se había dado cuenta? ¿Es que se había criado en un convento? Desde luego, aquella mujer no tenía ni idea de lo malvada que podía ser la mente de un hombre.

—¿Y a ti qué te importa?

Dylan no esperaba que ella lo comprendiera porque él tampoco lo comprendía.

—Porque no quiero perder el tiempo defendiendo esto en los tribunales cuando te des cuenta de lo que has firmado.

Y eso violaba gran parte del canon de la ética. No creía que Alexis lo delatara, pero si Vincent se enteraba... Dylan no volvería a ejercer el derecho nunca más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Míralo de esta manera... sabes lo que vas a ganar con este acuerdo, pero pregúntate ¿qué va ganar Vincent?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—A mí.

«Que me suelten el liguero si no es la cosa más impresionante que he oído en mi vida». Y en su muerte. Cien mil dólares al año. De acuerdo, un dólar no valía lo mismo que cuando Sunshine estaba viva, pero según lo que Rosebud les contaba de lo que leía en los periódicos, cien mil dólares seguía siendo mucho dinero.

La mujer de cabello oscuro, no sólo había convencido al hombre de pelo cano de que se casara con ella, sino que además él iba a pagar por el privilegio. Bien hecho. Sunshine aplaudió, aunque Alexis no pudiera oírla. Siempre era alentador ver que una hermana pecadora hacía bien las cosas. Las mujeres habían adelantado mucho.

Sunshine se sentó en el respaldo de la silla detrás de Dylan y le masajeó el cuello y los hombros. Él no sentiría nada más que una leve relajación, pero Sunshine consideraba que se lo merecía. Al parecer, el hombre había tenido una oportunidad con Alexis y no había sabido aprovecharla.

Además, después de tanto quejarse, ¿le había hecho una contraoferta a Alexis? No que Sunshine hubiera oído.

La función de Sunshine era asegurarse de que los novios no tuvieran problemas en el dormitorio. Técnicamente, su función era asegurarse de que fueran felices y se solía decir que, si la felicidad se encontraba en el dormitorio, también se encontraba en todo lo demás. Sin embargo, en el dormitorio o no, Sunshine estaba segura de que podría ser feliz con cien mil dólares al año.

Dylan estaba sentado contemplando las maravillosas vistas de las Rocky Mountains pero sin fijarse en ellas. ¿Qué le pasaba? Alexis se había marchado a la reunión y estaba esperando a que Margaret y Vincent regresaran. Todos parecían tomarse con mucha naturalidad lo del acuerdo prematrimonial y él, sin embargo, se sentía inquieto. Se frotó un punto del cuello que tenía muy tenso y, milagrosamente, se le relajó. A todos los efectos, aquello no era diferente de una fusión de empresas y, si la novia hubiera sido otra persona, Dylan habría aprobado la boda.

Pero la novia era Alexis.

Alexis estaba tumbada en la cama del dormitorio decorado al estilo Victoriano. Tenía los ojos cerrados y se había tomado una aspirina para ver si se le pasaba el dolor de cabeza que le había provocado tener que parecer competente, bajo control y extremadamente seductora mientras negociaba su futuro con su ex novio. Creía que nadie podría hacer tal cosa sin que después le doliera la cabeza.

Entonces, ¿Vincent sabía que ella había salido con Dylan o no? No estaba segura.

Lo de Dylan ya lo había superado. Sí, él seguía siendo atractivo, pero ella no iba a admitir que, en cuanto lo vio entrar en la sala de conferencias, recordó cómo eran sus besos. No se sentía orgullosa por ello. Aquel hombre la había dejado. ¿Es que no se respetaba lo bastante como para no imaginarlo desnudo la primera vez que lo veía después de siete años?

Dylan había sido el primero en romperle el corazón, y no el último, pero ¿había alguna mujer en el mundo que no deseara que un hombre se diera cabezazos contra la pared por haberla dejado cuando se volvían a ver?

Sin embargo, era ella la que se encontraba mal. Escuchar cómo Dylan leía en voz alta el generoso acuerdo económico que asignaba a cada año de matrimonio un valor concreto, de forma que a ella no le pareciera humillante, le provocaba tensión. Y ella no quería justificar por qué había aceptado las condiciones laborales. Comprendía por qué estaban allí, Vincent deseaba tener hijos y quería asegurarse de que su mujer estuviera presente para criarlos. Y él reconocía el sacrificio que ella iba a hacer y por ello le proporcionaría la posibilidad de mantener su independencia económica.

Él nunca se preguntaría si ella estaba allí porque quería o porque se sentía atrapada.

¿Por qué no todo el mundo era capaz de comprenderlo?

Y no era que fuera a abandonar su carrera como abogada. Sólo quedaría fuera de la plantilla. Alexis había ayudado a Vincent durante mucho tiempo y confiaba en que continuaría haciéndolo fuera de la oficina.

Decidió que ya no iba a pensar más en ello. Tenía que pensar en la boda. En su boda lila y blanca. Lila. Cuánto más lo decía más le gustaba.

Y su familia iba a asistir al evento. Vincent y ella, aunque Vincent en su mayor parte, les pagarían los gastos. Vería a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos, a sus primos, a su hermana, a su cuñado *y a la* pequeña Madison, a quien llegaría a ver antes de que cumpliera cuatro años.

Era maravilloso que todos pudieran quedarse allí unos días, y que hubieran cambiado sus planes por ella cuando ella había estado años y años posponiendo el ir a verlos.

¿Se había quedado dormida? Alexis se sentó y miró el reloj al mismo tiempo que se percataba de que había una presencia en la habitación. Una mujer rubia con tirabuzones al estilo antiguo, labios rojos y una vestimenta maravillosa. Sin duda una de las empleadas del hotel, que probablemente había ido a llevarle las toallas.

—Hola —dijo la chica—. Me llamo Sunshine. No quería molestarte.

—No pasa nada. No debería estar durmiendo.

—Bien. Quería conocerte. Soy... —Sunshine se agarró las manos frente al pecho—. Soy... una fan tuya.

—Creo que me estás confundiendo con alguien.

—Ah, no. Eres Alexis O'Hara y vas a casarte el domingo por la tarde, ¿verdad?

—Sí.

—Te admiro por la forma en que has tomado las riendas de tu vida. Las mujeres cometen errores estúpidos porque no piensan y no emplean sus capacidades. No depende de lo que un hombre te diga para llevarte a la cama. Hay que hacerles pagar por adelantado. Y tú lo has hecho.

—¿Te refieres a mi acuerdo prematrimonial? —le preguntó Alexis.

Sunshine asintió sonriente.

—¿Estabas escuchando desde la puerta? —preguntó Alexis, boquiabierta.

—¡Por supuesto que no!

Era evidente que alguien había oído algo y Alexis no iba a rebajarse preguntándoselo a la empleada del hotel. Sin embargo, informaría a los demás. Vincent tenía la mala costumbre de hablar a gritos desde su teléfono móvil sin importarle dónde estuviera.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Alexis asintió.

Sunshine sonrió y se sentó en el borde de la cama.

Alexis la miró sorprendida. Las empleadas de aquel hotel eran muy simpáticas.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?

—¡Conseguir que siga pagando! —se rió—. Casarnos es lo que todas esperamos hacer antes de perder nuestra belleza, pero ¿cómo has conseguido que acepte seguir pagándote después? Todo el mundo sabe que después se supone que es gratuito.

Alexis abrió la boca para hablar y la cerró. Debería estar ofendida, pero aquella joven era tan bondadosa, tan inquieta y, bueno, lo de que fuera su fan era halagador.

—Ahora gano mucho dinero y, cuando me case, dejaré de trabajar.

—Exclusividad, sí, lo comprendo. Pero el matrimonio suele ser suficiente.

—Ahí es donde se equivocan las mujeres. Debería ser suficiente. Pero ¿qué ocurre cuando una se hace mayor, tiene un par de hijos, las cosas empiezan a caerse y tu maridito te deja por una más joven? Una se encuentra con que los mejores años de su vida profesional han pasado y ¿qué es lo que tiene? —la expresión atemorizada de Sunshine era el bálsamo que Alexis necesitaba. Su dolor de cabeza disminuyó. Y aumentó la seguridad en sí misma—. Y para él también es bueno —continuó—. Piénsalo. Él sabe muy bien que puedes permitirte separarte si la cosa no va bien, y sin embargo te quedas. En serio, tiene que aumentar mucho el ego.

¿Eran lágrimas lo que brillaba en los ojos de Sunshine?

—Eres toda una inspiración —susurró ella. Por fin alguien lo comprendía. Se le pasó el dolor de cabeza por completo.

—Tienes que reunirte con la señorita Arlotta.

«La señorita Ar... ¡Cielos!» Esa debía de ser la coordinadora de bodas. Alexis llegaba tarde.

—Lo sé.

¿Pero cómo lo sabía Sunshine?

—Está en el ático. Te llevaré hasta allí.

¿En el ático? Habían hablado de la posibilidad de elegir entre dos enrejados. Quizá era allí donde las guardaban. Alexis se puso los zapatos y dijo:

—Gracias.

—Es un honor.

«Exagera demasiado», pensó Alexis, entonces se preguntó si, quizá, lo que era un honor era conocer a la señorita Arlotta. Quizá fuera una mujer única.

Mientras caminaban por el pasillo, Alexis se fijó en la joven que iba a su lado.

—Bonito atuendo.

—Lo sé —Sunshine levantó una pieza de tela del batín que llevaba—. Lo mío era el atrevimiento inocente. A los chicos les encanta.

—¿Te dan buenas propinas?

Ella se encogió de hombros.

—No me iba mal. Mejor que a unas y peor que a otras —le dio un codazo—. Les encanta cuando ven algo que creen que no deberían estar viendo. Debes recordarlo.

—Ah, de acuerdo. Creo que es una estrategia muy inteligente por parte del hotel representar su infame pasado. He estado mirando las cosas de la otra época que hay abajo, en el saloncito.

—Era el salón de los grandes jugadores. Para los mejores clientes y, por supuesto, con las mejores chicas. Yo supuse que eran los hombres mayores y los viudos los que tenían dinero para gastar y les convencía de que preguntaran por mí. Inteligente, ¿verdad?

Alexis estaba encantada de lo bien que aquella mujer representaba su papel.

—Mucho.

—Una vez que entrara en el salón de los grandes, me verían otros hombres y también preguntarían por mí. Algunos eran muy atractivos. Como el tuyo.

Alexis sabía que se refería a Dylan. ¿Es que había cámaras en el salón privado?

—¿Cómo lo sabes?

Sunshine se echó a un lado y señaló la puerta de la escalera de incendios.

—Las escaleras que llevan al ático. Alexis no abrió la puerta.

—Sunshine, ¿cómo sabías lo de Dylan?

—He visto tu cara.

¿Su cara? Ella siempre había pensado que se le daba bien ocultar las emociones.

—¿Era tan evidente?

—Sólo para mí, cariño.

¿Un extraño podía imaginarse que Dylan y ella habían estado liados en el pasado? Eso no era bueno.

—Vamos —apremió Sunshine.

Quizá debería contárselo a Vincent. «Será lo mejor», pensó Alexis mientras abría la puerta y subía por las escaleras. Podía contarle de manera casual que habían salido juntos cuando iban a la universidad. Pero él le preguntaría por qué no se lo había dicho antes. Como le había dicho a su madre, el problema era que no había ningún problema y que, en cuanto intentara explicar que no existía problema alguno, la gente pensaría que había un problema y que intentaba ocultarlo o restarle importancia.

Alexis estaba tan concentrada en su pensamiento, que ya había subido la mitad de la escalera cuando se percató de que aquel lugar oscuro y polvoriento no podía estar destinado al uso de los clientes. Se volvió para comentárselo a Sunshine.

—Queda un poco más —dijo Sunshine.

—Deberías decirle a la directora que instale más luces aquí. Me sorprende que los inspectores de edificios hayan permitido que esté así.

—No creo que los inspectores hayan visto esta escalera.

—Ése no es el asunto —Alexis se detuvo frente a la puerta que había al final de la escalera y agarró el picaporte—. ¿Es el picaporte original del edificio?

—Por lo que yo sé, sí. Yo abriré.

Alexis no vio que Sunshine tocara la puerta, sin embargo, la puerta se abrió.

—Por el sonido, parece que también es la madera original. No puedo creer que el dueño no la esté manteniendo.

Y entonces, Alexis se olvidó de los problemas de mantenimiento del edificio porque la imagen del ático la dejó sin habla.

Era como si las fotos del antiguo burdel que había en el salón de los grandes jugadores hubieran cobrado vida. Un grupo de mujeres vestidas de la época victoriana holgazaneaban entre cajas, baúles, muebles cubiertos con sábanas y ropa vieja.

—Yo... Pensaba que iba a ser una reunión privada...

—¡Chicas! ¡Aquí está! Ella es Alexis O'Hara.

—¡Bravo! —Exclamó una mujer de cabello oscuro vestida con un batín de seda—. ¡Bravo!

Las otras mujeres comenzaron a aplaudir. Una pelirroja con botas de vaquero se metió los dedos en la boca y comenzó a silbar.

—Haces que nos sintamos orgullosas, encanto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexis. ¿Es que a las novias que celebraban la boda en el hotel de Maiden Falls se les hacía una fiesta de despedida con mujeres disfrazadas de época?

—Sí, sí. Lo ha hecho muy bien —dijo una mujer con las cejas oscuras y el cabello rubio que estaba sentada detrás de un escritorio.

Las chicas se callaron.

—Soy la señorita Arlotta. Puedes acercarte.

De acuerdo, así que era cierto que era una coordinadora de bodas única. Alexis decidió seguirles el juego y se acercó al escritorio.

Sunshine apareció a su lado.

—Señorita Arlotta, a Alexis le han ofrecido un contrato de matrimonio por el que le pagarán cien mil dólares al año.

Aplaudieron otra vez.

—¿En oro? —preguntó la señorita Arlotta y miró a Alexis—. Asegúrate de que sea en oro.

«En oro», pensó Alexis, y tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—Es un buen consejo —dijo ella.

—¡Y eso no es todo! —Exclamó Sunshine—. También recibirá el dinero que habría ganado si estuviera trabajando.

—Eso sí que es asombroso —dijo la señorita Arlotta.

—Quizá no tanto —una mujer que tiraba de los lazos de su corsé miró a Alexis—. Depende de cuánto ganara.

—Soy muy buena en lo que hago —dijo Alexis.

—Talentos ocultos. Trucos. Siempre pagan más por esa clase...

—Fio, Alexis es nuestra invitada —interrumpió la señorita Arlotta y se puso en pie—. Queremos que sepas que, aunque los años y las circunstancias nos separan, celebramos que una de las nuestras haya logrado el éxito por las mujeres trabajadoras de todo el mundo.

—Gra... Gracias —todo aquello era muy extraño.

—Dios mío. Tendrá más riquezas que una cortesana de la realeza.

—Pensaba que tú eras una cortesana de la realeza, Condesa —dijo Sunshine.

—Eso es lo que soy —la mujer se puso un batín sobre los hombros—. Te considero una igual.

—¿Y era cortesana?

La Condesa inclinó la cabeza.

—Así es.

—Como... una amante.

—Sí.

Aquello no era tan divertido como parecía.

—Yo no voy a ser una amante. Voy a casarme.

—Y, cariño, lo que me gustaría saber es cómo has conseguido todo eso sin que él pruebe la mercancía —dijo la chica de las botas de vaquero.

—Glory, nosotras siempre les hacíamos pagar por adelantado —dijo Sunshine.

—Espera un minuto... sólo un minuto. Esto ya no me parece divertido.

Todas las chicas miraron a Alexis fijamente. Ninguna dejó de hacer su papel.

—Sois... prostitutas. Y estáis diciendo que yo también soy prostituta.

—Cariño —dijo la señorita Arlotta—, has dejado claro que pueden comprarte. Sólo estás discutiendo el precio.

—No soy una...

—¿Mujer de placer?

—¿Furcia?

—¿Comerciante de cuerpos?

—¿Mujer pública?

—¿Ramera?

—¿Princesa de la calle?

—¿Princesa de la calle? —repitieron las demás y miraron a la chica que llevaba gafas y un vestido bordado con capullos de rosas.

—Yo leo y me mantengo al día —explicó ella.

—Ya basta —dijo Sunshine mientras Alexis trataba de recuperarse del aluvión de insultos—. Sabéis que está por encima de nosotras. Ella es... ¡una reina!

—¿Dylan te ha hecho tramar todo esto? — Alexis apenas podía hablar.

—Dylan es un antiguo novio. Está locamente enamorado de ella —le dijo Sunshine al grupo.

—¡No lo está!

—Sí. Y está abajo, dejándose el corazón en tus papeles de matrimonio.

—Es cierto. Los papeles de matrimonio. Es sólo un acuerdo para que no haya malos entendidos acerca de lo que espera cada uno.

—¡Chica! Tú esperas demasiado.

Mientras se reían, Alexis sintió que volvía a dolerle la cabeza.

—Me voy abajo. Tengo que planear una boda.

—Es cierto. ¡No puedes perderlo ahora, cariño!

Se oyeron más risas. Alexis no podía creer que el hotel permitiera que se insultara de esa manera a una cliente, y menos a una que iba a gastarse un montón de dinero. Quizá algunas novias desearan celebrar la boda con el auténtico ambiente de burdel, pero Alexis no era una de ellas.

Descubriría quién estaba detrás de todo aquello. Pero en aquellos momentos, le dolía la cabeza e iba a tumbarse y a tomarse otra aspirina. La señorita Arlotta, o como se llamara de verdad, tendría que esperarla.

Capítulo 3

Alexis pasó por su habitación para agarrar el abrigo y tomarse otra aspirina. Volvía a sentir un fuerte dolor de cabeza. Se sentó en la cama un instante. Si la aspirina no le hacía efecto, tendría que posponer la reunión. En aquellos momentos no podía tomar ninguna decisión. Apenas podía pensar.

Se recostó sobre las almohadas y miró al techo. Cerró los ojos y en ese momento, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Señorita O'Hara, soy Tracy William. Del servicio de atención al cliente. ¿Teníamos una cita a las cuatro? Son las cuatro y media.

—¿Ah, sí? No estoy demasiado contenta con el servicio que se les da a los clientes.

—Ah, quiere que le ponga en contacto con...

—No, lo siento. Olvídese de lo que he dicho. Me he quedado dormida. Tengo dolor de cabeza. ¿Es usted la secretaria de la señorita Arlotta?

—¿De quién?

—No importa. Enrejados, ¿verdad? ¿Me dijo que había dos?

—Aja.

—Ahora mismo voy.

Alexis colgó el auricular del teléfono. Era un modelo de disco y muy antiguo.

Había tenido un sueño tan vivido y real. Y todo por culpa de Dylan, por supuesto.

Todo aquello de las prostitutas la irritaba. Los acuerdos prematrimoniales eran algo muy práctico y Dylan lo sabía, a pesar de sus preguntas e indirectas. ¿Por qué trataba de convencerla de que estaba haciendo algo mal? ¡Él se ganaba la vida redactando acuerdos prematrimoniales!

Alexis agarró el abrigo y bajó por las escaleras confiando en que un poco de ejercicio le aclarara las ideas. Al cruzar el recibidor se detuvo

frente al saloncito histórico y se fijó en la foto en tonos sepia que colgaba sobre un sofá de terciopelo rojo.

Todas estaban allí, igual que estaban en el ático. En la foto, las mujeres vestían ropa de calle y parecía que habían ido a pasar el día junto a las cascadas. Alexis reconoció a la señorita Arlotta y a la sonriente Sunshine. Desde luego, no recordaba haberse fijado tanto en la foto como para soñar con aquellas mujeres de forma tan detallada.

Negando con la cabeza, continuó su camino hasta el jardín.

—¿Tracy?

Una mujer rubia estaba indicando a unos trabajadores cómo montar un enrejado.

—¿Señorita O'Hara? —sonrió al verla.

—Llámame Alexis. Siento haberte hecho esperar.

—No pasa nada. Me he adelantado y he elegido este enrejado. Mencionaste que querías algo sencillo pero elegante y el otro es mucho mas elaborado.

Pero Alexis se había fijado en que había un cenador en el jardín.

—¿Y qué tal en el cenador? Parece el lugar idóneo.

—*La* otra novia escogió el enrejado —dijo Tracy con firmeza.

—¿Hay alguna norma que prohíba el uso del cenador?

—Las flores se han encargado para el enrejado.

—Ah. ¿Y no pueden cambiarse de sitio?

Tracy sacó el teléfono móvil.

—Sí, soy Tracy, del hotel. ¿Podrían preparar el cenador para el domingo? Lo sé. Lo sé. Lo sé —cubrió el micrófono con la mano—. Las floristas ya han comenzado a hacer las guirnaldas para el enrejado. No sé si el tul servirá para el cenador.

—Quería hablarte del tul... no me gusta tanto la idea, así que aprovechemos la oportunidad para prescindir del tul. Quiero algo simple y elegante.

—¿Qué? —dijo Tracy por teléfono—. ¿No hay flores suficientes?

—Que ponga lo que tenga...

Tracy levantó la mano.

—¿Tienes muchas plantas decorativas que podrías *utilizar?*

—*Lo* de las plantas suena muy bien.

—Va a intentar conseguir más flores, pero no promete nada —Tracy miró a Alexis de manera acusadora—. Aceptaste la condición de no hacer cambios.

—No pensaba que esto fuera un cambio tan grande. Pero ya que hablamos de cambios, ¿qué tal si añadimos un poco de morado sobre el lila? Y quizá pudiéramos quitar algunos de los lazos plateados. Quiero decir, mientras sean cambios pequeños...

—¿Has oído eso? —dijo Tracy por teléfono—. Tendrá un coste adicional —dijo, mirando a Alexis.

—Me parece bien.

—Adelante —Tracy colgó el teléfono.

—El cenador parece un lugar más íntimo —explicó Alexis, pero Tracy se había alejado para hablar con los trabajadores.

Alexis observó cómo la mujer gesticulaba y cómo después todos se volvían para mirarla.

Para ser un hotel con una fama fabulosa, el servicio al cliente era bastante penoso.

—¿Cómo va todo? —Sunshine la llamó desde una de las puertas que daban al jardín y le mostró una taza de té—. Tendrás que entrar a por ella. No tenemos permiso para salir.

—¡Gracias! —Alexis la miró fijamente—. ¿Eres real?

—Define real.

—Muy graciosa. Me quedé dormida, ¿verdad?

Sunshine asintió, moviendo sus tirabuzones.

—He tenido un sueño muy extraño —Alexis bebió un poco de té.

—Has quitado muchos detalles de la boda —dijo Sunshine—. Sabes que te los van a cobrar de todos modos.

—No me importa. Mi boda es más pequeña y necesito reducirla un poco.

—No reduzcas demasiado. ¡El novio tiene que enterarse de que se está casando! —se rió Sunshine.

Tracy estaba gesticulando para llamar su atención.

—Tendrán que cambiar los cables del equipo de sonido. Serán horas extra.

—Lo comprendo.

Tracy levantó los pulgares para que los hombres continuaran antes de reunirse con Alexis.

—No entiendo por qué la mayor parte de las novias no utilizan el cenador —Alexis se volvió para mirar a Sunshine, pero la chica había desaparecido.

—Las bodas del cenador son más caras.

—¿Porque se necesitan más flores? —preguntó Alexis.

Tracy asintió.

—Y cables alargadores. Tienen que esconderlos y asegurarlos para que la gente no tropiece con ellos.

—Intentaré no hacer más cambios.

—De acuerdo. ¿Y dónde está el novio? ¿Vincent Cathy?

—Cathardy.

—Ah. ¿Dónde está?

—Ha dejado todos los arreglos en mis manos.

—Se supone que deberíamos ensayar la ceremonia.

—¿Ah, sí?

—Creo que es una buena idea. El sacerdote estará aquí a las cinco.

Alexis llamó a Vincent por teléfono, pero la línea estaba ocupada.

—Iré a ver dónde está —le dijo a Tracy. Alexis se dirigió hacia la sala de conferencias y al pasar por el recibidor vio que el té estaba servido en una mesa larga. Dejó la taza vacía en una bandeja y se fijó en unos pastelitos que llamaron su atención. Agarró uno y se lo comió. El azúcar le estaba sentando mejor que la aspirina. Estaba muy rico. Confiaba en que la tarta nupcial estuviera igual de buena. Probaría uno más. De chocolate. Era delicioso. Tomaría el último.

En ese momento apareció Dylan, justo a tiempo de ver cómo engullía pasteles como si fuera una niña de cinco años.

—No recordaba que fueras tan golosa.

—Hay muchas cosas que no recuerdas —dijo Alexis, después de tragar. Tenía sed. Agarró una de las tazas y se sirvió un poco de té.

—¿Comes cuando estás estresada? —le preguntó Dylan.

—Como cuando tengo hambre —contestó ella.

—¿Y ahora tienes hambre?

—*No* mucha.

—Bien, si dices que el estrés no te influye, entonces los pastelitos estarán a salvo cuando te diga que Vincent todavía está hablando por teléfono.

—Se supone que debemos ensayar la ceremonia —miró el reloj y agarró una servilleta para limpiarse—. Iba a buscarlo.

—Ya veo.

Con todo el aplomo que pudo mostrar, Alexis arrugó la servilleta y la tiró a un cuenco vacío, de donde rebotó y cayó al suelo junto a sus pies.

Confiando en que Dylan no se hubiera percatado, le dio un puntapié a la servilleta y se le quedó pegada en el *zapato.*

En silencio, Dylan se agachó para recogerla.

Sunshine apareció detrás de él y dijo:

—Qué bonito.

Alexis se quedó boquiabierta, pero Dylan actuó como si no hubiera oído a Sunshine.

—¿Por qué no ensaya él contigo?

—¡No puede ensayar conmigo!

—¿Qué? —Dylan se enderezó y dejó la servilleta sobre una bandeja que contenía platos sucios.

—No puedes ensayar conmigo.

—Quieres decir, ¿sustituir a Vinnie?

—Vincent.

—Lo que sea —metió la mano en el bolsillo y se apoyó contra el marco de la puerta—. No recuerdo haberme ofrecido.

—¡Yo no te lo he pedido!

—Tú has sacado el tema.

—¡No! Ella... —Alexis señaló hacia donde Sunshine estaba segundos antes—. Da igual, no puedes.

—¿Por qué no?

—Estoy segura de que estás muy ocupado.

—Ahora mismo no tengo nada que hacer —sonrió.

—Vincent es quien tiene que ensayar la ceremonia.

—Ahora, está ocupado. Deberías hablar con él acerca de las prioridades. Entretanto, me tienes a mí.

—*No* te quiero a ti.

Las palabras permanecieron en el aire.

Dylan la miró de forma sombría.

—Sí, lo imaginaba. Vamos, uno de los dos debería saber lo que tenéis que hacer.

—*No* servirá de nada que tú ensayes el papel de Vincent.

Dylan la agarró del brazo y la guió hasta el jardín.

—El novio permanece aquí de pie. Al menos, tú podrás ensayar la entrada.

—Dylan...

—*No* sientas vergüenza. Necesitas que te hagan un favor. Yo estoy encantado —la miró a los ojos—. Quizá, algún día sea yo quien necesite un favor.

¿Endeudarse con Dylan por algo tan trivial? Estupendo. A Alexis no le gustaba nada todo aquello.

—Eh, ¿éste es el novio? —Tracy sonrió con profesionalidad al verlos.

—Ay, no —Dylan se llevó la mano al corazón—. Sólo estoy sustituyéndolo. Aunque cueste creerlo, todavía estoy disponible.

—Ah —la sonrisa de Tracy se volvió más cálida.

—Vamos a ensayar —dijo Alexis—. ¿Dónde está el sacerdote?

—Aquí —una mujer de la edad de Alexis la saludó desde el porche—. Admirando la obra de Dios —señaló hacia las montañas y se acercó a ellos—. Soy la reverenda Joanna Martin.

Alexis no recordaba haber visto nunca a un sacerdote que llevara tacones. ¿Pero cuántas mujeres había conocido que fueran reverendas? Se presentó y se sintió obligada a explicar quién era Dylan.

—Este es...

—Un amigo —intervino Dylan—. El abogado del novio suena muy mal.

Alexis no lo miró.

—Está sustituyendo al novio.

—¿Quieres que esperemos unos minutos? —preguntó la Reverenda—. Podemos hacerlo.

—No. Vincent está hablando por teléfono y tardará un rato. Es un cliente importante.

—Debe de serlo —a la reverenda Joanna Martin se le daba bien sonreír—. Tenemos que hablar de la ceremonia antes de empezar.

—¿La otra novia no tenía una preferencia religiosa? —preguntó Tracy.

—Mi iglesia es no confesional, pero desde luego puedo aderezar la ceremonia como tú quieras —dijo Joanna—. Hasta cierto punto —añadió con una sonrisa—. ¿Tienes alguna afiliación religiosa?

—Soy metodista. No practicante.

—¿Y Vincent?

Alexis pestañeó. No lo sabía. No tenía ni idea.

—Él es... no practicante.

—Puedo hacer ceremonias no practicantes —la reverenda Martin los guió hasta el cenador.

—He oído que es una religión que está muy de moda —dijo Dylan.

—Cállate.

Él obedeció, pero Alexis todavía podía oírlo pensar. Se había dejado llevar por la ilusión de una nueva vida y no se había fijado en los pequeños detalles. Como por ejemplo, las preferencias religiosas de Vincent. Detalles que sabía existían, pero de los que no quería preocuparse. Conocía a Vincent. Habían pasado muchas horas juntos. Lo había visto enfadado. Lo había visto de muy buen humor, y ella también había estado enfadada y de buen humor a su lado. Además le parecía un hombre atractivo y poderoso y, supuestamente, él también se sentía atraído por ella.

Lo único que tenía que hacer era contar lo mucho que lo amaba y reírse acerca de lo rápidamente que había sucedido todo y todo el mundo la dejaría en paz y hablaría de lo romántico que era. Pero como no mentía, la gente trataba todo el rato de romper su burbuja de felicidad.

Sobre todo Dylan. Lo único que tenía que hacer era mirarla como la estaba mirando en esos momentos, arqueando una ceja, y ella podía sentir que la burbuja estallaba.

Diablos. Sí, diablos. El diablo estaba junto a Alexis en una boda que no era una boda cuando él no era el novio. Su novio. El novio de Alexis.

Él había estado pensando en Alexis desde que había visto su nombre en los papeles del acuerdo prematrimonial. Después, al verla, se dio cuenta de que no esperaba desearla de esa manera. El deseo incontrolado no le gustaba. El controlado sí. Incluso que lo desearan a él. Pero el deseo físico que sentía por Alexis estaba interfiriendo con su trabajo y con su capacidad de concentración.

Y entonces, entonces la había visto comiendo aquellos pasteles y había pensado en una tarta nupcial y en comérsela a pedacitos y... Pensamientos de novio. Nada bueno.

Había estado siete años sin hablar con ella, pero por cómo se sentía, parecía que había sido el día anterior. O el día anterior al anterior. Antes de la gran ruptura. Antes de todos esos sentimientos dañinos y las terribles acusaciones.

Dylan se sentía como si hubiera rebobinado su vida hasta ese punto y, en lugar de decirle que había llegado el momento de separarse, le hubiera pedido que se casara con él. Y así era como se habría sentido.

No era justo. Sobre todo porque ella estaba a punto de casarse con otro.

Que además no la merecía. No era que él sí la mereciera pero, al menos, había sentido algo por ella. Y al parecer seguía sintiendo algo por ella. Algo inapropiado.

—El novio estará aquí de pie —Tracy lo colocó en su sitio.

Tracy era agradable y parecía interesada, pero cuando su cuerpo rozó el de Dylan, él no sintió nada de nada.

No, sus sentimientos estaban reservados para la chica de ojos grandes que se dirigía hacia él por el camino de piedra.

—Todavía no han instalado el equipo de sonido, así que, podrías... ¿tararear?

Dylan comenzó a tararear en alto. Cualquier cosa para distraerse de la idea de Alexis como novia. Añadió un poco de percusión golpeando la mano contra su muslo.

—¿Dylan? —todos lo miraban, pero fue la Reverenda la que habló primero—. ¿Qué tal *Trumpet Voluntary* en lugar de Led Zeppelin?

Vaya. Una reverenda que reconocía la canción *Inmigrant Song.*

—No conozco *Trumpet Voluntary.*

—¿Y qué te parece un coro de *Here comes the bride?*

Como si eso fuera a variar su pensamiento. Tracy, la Reverenda y él comenzaron a cantar y Alexis continuó caminando fingiendo que llevaba un ramo de novia en la mano.

Estaba preciosa.

—¿Vas a tener una dama de honor? —preguntó la reverenda Martin.

—Mi hermana —contestó Alexis.

—¿Está aquí?

—Ella y el resto de mi familia no llegará hasta mañana.

—¿Y el padrino del novio?

—Yo —dijo Dylan en español.

Alexis lo miró.

—¿Yo? ¿Qué significa yo?

—Significa que yo seré el padrino. El padrino de Vinnie.

—¡No puedes ser el padrino! Ni siquiera lo conoces.

—Me lo ha pedido —al parecer ninguno de los parientes de Vincent podía cambiar sus planes con tan poco tiempo—. Además, no aplicaré mis honorarios. Considéralo un regalo de boda.

Alexis se quedó boquiabierta. Aun así, estaba atractiva.

—Quizá deberíamos... —dijo la Reverenda.

—No. Continuemos —Alexis *agarró* el brazo de Dylan y se volvió con decisión.

—Muy bien. En estos momentos diré algo acerca del matrimonio en general y de la familia y los amigos que han venido para...

Alexis no miraba a Dylan y él no podía dejar de mirarla. Esperó pacientemente. Sabía que en algún momento de la ceremonia tendrían que mirarse.

—Y tú le das las flores a tu hermana y te vuelves para mirar a Dylan.

—Vincent. Estaré mirando a Vincent.

—Por supuesto.

Alexis miró a Dylan a los ojos y él supo que no debería mirarla como la estaba mirando. Ella pestañeó y, en ese momento, la luz del atardecer se filtraba por la celosía del cenador y los iluminaba con rayos dorados.

Dylan sintió que se le cortaba la respiración. Delante de él tenía todo lo que había dejado para continuar con su carrera profesional. Agarró a Alexis de la mano y deseó poder retroceder en el tiempo. Sintió que se le aceleraba el corazón.

No podía permitir que aquella mujer se casara con Vincent Cathardy.

—Oh, buen trabajo —Rosebud se reunió con Sunshine en la puerta y ambas miraron hacia el cenador.

—Sólo he tenido que mover un poco esa nube para que el sol diera en ese sitio. ¿A qué hay una luz preciosa?

—Me recuerda a...

—Lo sé.

Permanecieron en silencio durante un instante.

—Ella nunca ha estado tan guapa. Y cómo la mira él... —suspiró Sunshine.

—Hay un pequeño problema —dijo Rosebud.

—¿Cuál?

—Que no son novios.

—¡Lo sé! —Sunshine frunció el ceño—. ¡No consigo sacar al novio de verdad! ¡La ignora y no hace más que hablar por teléfono!

—Córtalo. Ya te enseñé cómo.

—Sí, pero no soy tan buena como tú. Además, vuelve a llamar.

—¿Quieres que lo desconecte yo por ti? — se ofreció Rosebud.

Sunshine dudó un instante. Si Rosebud la ayudaba quizá no le dieran una muesca negra, pero desde luego, no le serviría para ganar ninguna estrella dorada. Y le quedaba tan poco.

—No. Voy a encargarme de estos dos un poco más.

—Oh, buen trabajo —Rosebud se reunió con Sunshine en la puerta y ambas miraron hacia el cenador.

—Sólo he tenido que mover un poco esa nube para que el sol diera en ese sitio. ¿A qué hay una luz preciosa?

Dylan era tan atractivo. Y no era tan mayor como Vincent.

—Entonces, repites los votos. Yo, Dylan...

—Vincent —corrigió Alexis entre dientes.

¿Y él tenía que agarrarle la mano con tanta fuerza? Y no tenía por qué acariciarle la muñeca con el pulgar. Trataría de ignorarlo.

—Yo, Dylan —dijo él—, acepto a Alexis como esposa.

Ella sintió cierto dolor en el corazón, probablemente a causa de que lo tenía roto. Su corazón no había podido superarlo. Había tenido muchas oportunidades, pero nada. Sin embargo, su cerebro había hecho una buena elección. Un hombre adinerado que estaba dispuesto a cubrir todos sus deseos y necesidades.

Dylan era una antigua elección de su corazón.

¿Y qué le pasaba? ¿Por qué la miraba de esa manera? Al principio, había pensado que le estaba tomando el pelo, pero después no había estado tan segura. Había algo en su tono de voz, justo antes de pronunciar la palabra «esposa», que Alexis dudaba que pudiera haberlo fingido.

Pero quizá sí que podía.

Como si importara. Él había tenido su oportunidad y, si no estaba fingiendo, era un caradura.

—Yo, Alexis, acepto a Dylan... Vincent. Vincent, Vincent. Acepto a Vincent como esposo. Para lo bueno y para lo malo, *para*.... —¿había oído que Dylan se reía? Así era. Él estaba riéndose de ella.

Alexis retiró la mano para que Dylan la soltara.

—Creo que a partir de aquí podré improvisar —le dijo a la Reverenda.

—Estoy segura —cerró el libro de ceremonias—. Leeré un pasaje de las Sagradas Escrituras si no tienes nada que objetar.

Alexis negó con la cabeza.

—Después, os intercambiaréis los anillos, os declararé marido y mujer y ya está.

—¿Y qué hay de la parte de: «puede besar a la novia»? —preguntó Dylan.

Alexis lo miró.

—Por supuesto —sonrió la reverenda Martin—. Y no te olvides de recoger el ramo que te dará la dama de honor. Os besáis y te vuelves.

—Eso no es lo que yo haría —dijo Dylan.

—Todos sabemos lo que tú harías —soltó Alexis.

—Quizá te sorprendería —la atrajo hacia sí y agachó la cabeza.

A Alexis la pilló desprevenida. Eso era. Una mujer ensayando la boda, y el hombre que finge ser su novio la besa de pronto, y, bueno, era comprensible que entre tanta confusión, ella también lo bese a él.

Ésa era su historia y no pensaba cambiarla.

Pero antes de que se le ocurriera la historia había sucedido el beso. Le resultaba familiar que Dylan acercara su rostro al de ella. Alexis *alzó* la boca hacia sus labios de forma automática, y cuando se dio cuenta de dónde estaba y de lo que estaba a punto de hacer, habría resultado más extraño que se retirara, que convertir aquello en un beso de agradecimiento. Excepto que sus labios se quedaron pegados a los de él.

Se sorprendió al ver que Dylan la besaba con cierta pasión, como diciéndole, es tu última oportunidad para cambiar de opinión. Si no lo conociera mejor, habría pensado que trataba de transmitirle un mensaje.

Era una manera muy agradable de comunicarse. Ambos habían refinado la técnica. El beso le afectó rápidamente a la cabeza, y a otras partes del cuerpo, pero básicamente a la cabeza. Alexis le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar.

De pronto, oyó que alguien se *aclaraba, la garganta.*

Alexis se separó de Dylan y dijo:

—Muy gracioso —dijo un paso atrás tambaleándose.

—No pretendía ser gracioso.

«Nadie se está riendo», pensó ella.

—Vas a conseguir que Tracy y la reverenda Martin se hagan una idea equivocada —se volvió hacia las mujeres que los miraban atónitas—. Somos viejos amigos.

—Sin duda —dijo la Reverenda. Dio un paso adelante y le entregó una de sus tarjetas a Alexis—. En caso de que tengas alguna duda... —la miró a los ojos—. O quieras hablar...

—Gracias —Alexis forzó una sonrisa y la mantuvo hasta que la mujer se alejó.

—¿Serás malvado? —Tracy le dio un golpecito a Dylan en el brazo. Se acercó más a él y bajó la voz, pero no lo suficiente como para que Alexis no pudiera oírla—. Tengo una cita con una pareja que quiere celebrar un cumpleaños, pero salgo a las siete.

—Qué bien —dijo Dylan.

—Puede estar muy bien —dijo ella, y se marchó sin dirigirse a Alexis para nada.

—¿Cómo has podido hacer tal cosa?

Dylan miró a Alexis con una sonrisa.

—No le he dado esperanzas.

—No me refería a ella, ¡me refería al beso que me has dado!

—Yo no era el único que besaba.

—Pero tú empezaste.

—Sí —la miró de arriba abajo.

El frío se coló por la chaqueta de Alexis. Ella se frotó los brazos y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué se supone que era? ¿Alguna prueba de fidelidad? ¿Te lo ha pedido Vincent?

—Tienes asuntos con Vincent que nada tienen que ver conmigo. El beso ha sido idea mía.

—¡Una idea malísima!

—Yo creo que fue una buena idea —dijo él—. Quizá una de las mejores ideas. He aprendido mucho.

Y Alexis también. Se había dado cuenta de que lo echaba de menos y de que ni siquiera lo sabía.

Cuando llegaron a la puerta, Dylan la dejó pasar primero. Alexis entró y se volvió para mirarlo.

—Has demostrado que me siento atraída por ti. ¿Y qué? Eso ya lo sabías. No cambiará nada.

Él dio un paso hacia ella.

—Podría cambiar alguna cosa.

—*No* si puedo evitarlo —pasó juntó a él y se dirigió hacia la escalera que llevaba a su habitación.

Justo antes de subir, oyó que Dylan murmuraba:

—¿Y si no puedes?

Capítulo 4

Mal de altura, eso es lo que era. Tenía todos los síntomas: mareos, mariposas en el estómago, sensación de ahogo... Era mal de altura y no una reacción visceral al beso que Dylan le había dado.

Alexis cambió de opinión y, en lugar de dirigirse a la habitación, decidió ir en busca de Vincent. Lo encontró en la sala de negocios del hotel, al mando de una impresora.

—¿Todo bien? —preguntó él al verla.

Alexis estaba un poco enfadada. Había sido muy comprensiva con el hecho de que él no hubiera asistido al ensayo ni a conocer a la Reverenda, pero si él hubiera estado allí, Dylan no habría tenido que fingir que era su novio.

—He conocido a la Reverenda. Ella...

—¿Ella? —Eso llamó la atención de Vincent.

—¿Eso te supone algún problema?

—Nunca había pensado en ello —se encogió de hombros y continuó colocando el papel en la bandeja y leyendo lo que acababa de imprimir.

Alexis había ido para preguntarle qué religión profesaba, si es que profesaba alguna religión, pero al verlo trabajando decidió que no era un buen momento.

—Todo ha ido bien —«si no tienes en cuenta que he besado a mi antiguo novio que, por cierto, es tu abogado, y me ha gustado mucho». Esta noche vamos a conocer al chef, aunque el menú está más o menos acordado.

—Hmm.

—Te veré en la cena ¿no?

—Uh... —Vincent miró el reloj—. Puede que tenga tiempo para... ¡maldita sea!

Un ruido anunció que la impresora se había atascado y, a juzgar por lo llena que estaba la papelera, no era la primera vez.

—No consigo llamar por el móvil —se quejó él—. Los faxes son ilegibles. El ordenador es antiguo y los archivos que necesito hay que

convertirlos a una versión antigua de MS Word, este hotel tiene una conexión a Internet muy lenta, así que se tarda años en descargar archivos.

—*Es* una señal —Alexis le acarició el brazo. Nunca lo había tocado excepto cuando le daba besos para saludarlo en público—. Estás destinado a tomarte el fin de semana libre por tu boda.

—Vamos, Alexis —se movió para que retirara las manos. Ella lo hizo al instante—. No te pongas sentimental ahora.

Cierto. Nada de sentimientos. Ella salió de la habitación.

—Te veré en la cena.

Alexis estaba sentada en el comedor del hotel, que estaba decorado al estilo del antiguo burdel. Terciopelo rojo, algo de dorado y madera oscura. Le habría gustado que Vincent estuviera allí para verlo.

—Me gustaría que los novios probaran la cena que se ofrecerá el día de su boda —dijo el chef después de dejar sobre la mesa un paté con forma de campana de boda. Pero eso no era nada. La mantequilla estaba esculpida con forma de paloma—. En la boda, se acuerdan de muy poco. E incluso comen menos.

Alexis sonrió y se contuvo para no decirle al chef que la suya no sería esa clase de boda y que, ella, estaría hambrienta.

—¿Tengo entendido que quieren seleccionar algunos vinos para acompañar la comida? Quizá pueda hacer algunos pequeños ajustes al menú, puesto que el banquete no será para tanta gente. El hotel tiene una bodega estupenda.

Alexis sonrió una vez más. A Vincent le encantaba el vino. Al día siguiente, pasarían un buen rato explorando la bodega.

El chef juntó las manos y miró a su alrededor.

—Esperaba conocer al novio, pero he de regresar a la cocina. Por favor, avísenme cuando estén preparados para empezar. Entretanto, aquí tiene una copa de champán.

Alexis la aceptó, pero no la probó.

—Y un poco de mousse de salmón como aperitivo. Un color precioso para las bodas. Parecía que el chef estaba esperando a que Alexis lo probara, así que ella hizo lo propio.

—Está muy rico —al ver la expresión del chef se percató de que debería haber dicho algo más sofisticado, pero estaba más preocupada por si empezaba a comer y no podía parar. La altitud le había abierto el apetito.

Cuando Dylan apareció treinta minutos más tarde, sólo quedaba un pedazo de pan en el plato. Alexis se había bebido una copa de champán y la había rellenado para que pareciera que estaba esperando a Vincent.

—¿Eres el mensajero de la muerte una vez más?

—*No* —Dylan se sentó aunque ella no lo hubiera invitado—. Estaba a punto de cenar. Le dije a Margaret si quería cenar conmigo, pero parece que ella también tiene el teléfono pegado a la oreja. No se hospeda en el hotel, ya sabes.

—*No* había habitación —dijo Alexis. No quería que él se sentara allí, mirándola.

—Dijo que mejor, puesto que Vincent está acaparando el ordenador y la impresora.

—Este hotel no está muy preparado para los negocios.

—Supongo que imaginan que la mayor parte de la gente tiene otras prioridades durante su luna de miel.

—Soy yo la que quería casarse aquí —respondió Alexis al ver que él insinuaba que Vincent eludía sus deberes como novio—. Sólo teníamos una semana para prepararla. Tenía que elegir entre casarme este fin de semana o esperar meses.

—O casarte en otro sitio. Digamos, ¿Houston? ¿Dónde vivís tus amigos, tus socios y tú? —Frunció el ceño—. Muchos de ellos no pueden venir, ¿no?

—Mi *amiga* Marisa se casó aquí. Dijo que era un lugar mágico. Dijo que... —tragó saliva—. Dijo que después estaba más enamorada de su marido de lo que nunca hubiera imaginado que podía estar. Intentan escaparse una vez al año y regresar aquí. Pero es difícil hacer una reserva. Así que, cuando me informaron de que había una cancelación... —¿por qué le estaba contando todo eso?

—Eh —Dylan agarró la copa de champán—. Por las bodas y las lunas de miel — sonrió.

En lugar de regañarle por beberse el champán de Vincent, Alexis agarró su copa y brindó con él.

—Hmm —dijo Dylan—. Templado y sin gas. Espero que no sea un presagio del futuro.

—Justo cuando creo que tienes un mínimo de clase... —Alexis le hizo un gesto al camarero para pedirle que le llevara una copa nueva a Dylan, pero el hombre entró en la cocina, evidentemente, convencido de que tenía que llamar al chef. Alexis se quejó.

Dylan la malinterpretó.

—No te preocupes. Beberé un poco del tuyo —agarró su copa y la vació de un trago—. Está bueno.

—¡Dylan!

—Eh, si Vincent aparece, os compraré otra botella.

—Cuando Vincent aparezca, te dejaré que lo hagas.

Dylan la miró como diciéndole que tenía malas noticias para ella.

—Dímelo —dijo ella.

—Estaba esperando un fax. Lo vi en la oficina. Se estaba comiendo un sándwich.

—Vincent no come sándwiches.

—De acuerdo, era un canapé de provolone derretido. Están buenísimos. Yo me he comido uno al mediodía.

—Yo no he comido —murmuró Alexis.

—En ese caso, bebe —le rellenó la copa—. Quizá pueda emborracharte y salirme con la mía.

Alexis *agarró* la copa de champán y la miró.

—Desde luego eres perverso.

Mientras Alexis bebía el camarero les llevó la ensalada, tal y como ella sospechaba que sucedería.

—La famosa ensalada gourmet. Perfecta para mancharse y tener cosas verdes entre los dientes —Dylan se colocó la servilleta en el regazo.

—Es nutritiva.

—Esta es una cena de boda. No tiene que ser nutritiva.

—La otra novia eligió el menú —el aliño de la ensalada estaba muy bueno. Alexis habría elegido lo mismo.

—¿No te importa utilizar la boda de otra persona?

—En absoluto. Me he ahorrado mucho tiempo y esfuerzo.

—¿También vas a ponerte su vestido? «Debes mantener la calma», pensó ella.

—No.

—¿Te has comprado un vestido de boda?

—Sí —para evitar más preguntas, añadió—. Es de crepé y tul. Sin tirantes y bordado con cuentas. ¿Quieres que te describa cómo es el velo?

—Deja que me sorprenda. ¿Te estoy molestando?

Alexis esbozó una fría sonrisa.

—No.

—Tendré que poner más empeño.

Alexis dejó caer el tenedor sobre el plato.

—¿Por qué quieres molestarme, Dylan?

—Para ver si puedo. Para ver si todavía eres capaz de sentir.

—¿Sabes lo que siento? —se inclinó hacia delante—. Alivio. Alivio porque todo eso de salir con hombres ha terminado. Alivio de no tener que conocer a nadie más, descubrir sus defectos sin perder mucho tiempo y después decidir si puedo soportarlos o no.

—Quizá seas muy exigente.

—Puede ser. Pero ya no importa.

—Quizá debería importar.

—¿Por qué?

Él no contestó, pero su mirada se enterneció. Ella conocía esa mirada. La había visto antes, y no sólo a Dylan.

—¿Por ti? ¿Crees que me estoy condenando a un matrimonio sin amor porque no puedo tenerte?

Dylan extendió las manos.

—Por favor —al ver que se acercaba un camarero, Alexis se enderezó—. Ya has oído lo que he dicho sobre sentirme aliviada ¿no? Es alivio lo que siento, no arrepentimiento.

—He estado pensando —comenzó a decir.

—Eso es siempre una mala idea.

—¿Y si? ¿Alguna vez has pensado en ello?

—*No* durante seis años y medio.

Él parecía sorprendido.

—¿Tardaste seis meses en olvidarme?

—Y ya te he olvidado —Alexis bebió más champán.

—Yo no estoy seguro de haberte olvidado —dijo él de manera seductora. Peligrosa.

Alexis entornó los ojos y gruñó.

El camarero apareció con dos platos de comida y se los mostró a Alexis y a Dylan.

—Los invitados podrán elegir entre pechuga de pollo con arroz salvaje y popurrí de verdura o ternera con salsa de champiñones y patatas asadas, acompañada también de popurrí de verdura.

—¿Las verduras cantarán en otro tono con la ternera?

—Dylan.

—Yo tomaré pollo. Parece que a ella le apetece comer carne roja llena de huesos.

—Señor, nuestra ternera está deshuesada.

—Lástima.

—Él no es el novio —le dijo Alexis al camarero—. Así que no sienta lástima por mí.

—Créame —dijo Dylan—, sentiría lástima por ella si conociera al novio.

—Pero pensábamos... —el camarero empezaba a ponerse nervioso—. La señorita debería haberlo dicho.

—Está bien —Alexis cortó un trozo de carne—. El novio no podía llegar y yo estaba hambrienta.

Pinchó el trozo de carne con más fuerza de la esperada.

—¿Lo ve? Nunca se meta entre una novia hambrienta y su plato de carne —dijo Dylan.

Alexis miró a Dylan mientras masticaba. El camarero se marchó. Dylan no pudo contener una sonrisa.

—Entonces, ¿cuánto tiempo estás dispuesta a retrasar la boda si Vincent sigue hablando por teléfono?

Alexis miró el plato y se tragó el trozo de carne que tenía en la boca.

—Dylan, ¿qué pretendes conseguir haciendo ese tipo de comentarios? Ya es difícil pasar por alto tus errores profesionales, pero lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo. No hemos tenido contacto alguno desde la facultad, y si Vincent no te hubiera contratado, ni siquiera habrías pensado en nuestro matrimonio, si es que te hubieses enterado.

—Pero resulta que sí me ha contratado y que estoy pensando en ello. Creo que te has convertido en una mujer tan brillante como esperaba. Incluso estás más bella ahora que antes, y tienes el potencial para ser una abogada más que destacable.

—Siempre calificando —murmuró ella.

—Si piensas abandonar, deberías hacerlo porque estés locamente enamorada y no encuentres otra manera de estar con la otra persona. Peor no estás locamente enamorada. Sólo estás loca —comió un poco de pollo.

—Sigue sin ser asunto tuyo. ¿Cómo está el pollo? Creo que un buen vino tinto mejoraría mucho esta comida.

—¿Quieres saber la verdad? —dijo él—. Esperaba que la comida fuera mejor.

—No siempre se consigue lo que se espera.

—Recuérdalo —después de mirarla un instante, Dylan se convirtió en el compañero de cena ideal.

Alexis habría disfrutado de la comida si no hubiera estado analizando todas sus palabras en busca de un doble significado.

Siempre habían sido capaces de hablar de cualquier cosa y eso no había cambiado con los años. Alexis se rió y se percató de que había pasado mucho tiempo sin hacerlo.

¿Vincent se había reído alguna vez? No podía recordarlo. La risa era importante. Bueno, Vincent y ella no todavía no tenían ese tipo de relación. Recordó cómo había reaccionado cuando le acarició el brazo. Su intención era ofrecerle apoyo, el apoyo que una compañera ofrece a su pareja.

Su relación era la misma de siempre y Alexis sabía que tenía que cambiar. Esperaba poder disfrutar de una relación física con él, si no ¿cómo se suponía que iban a tener hijos? Pero, aparte de eso, a ella le

gustaba el sexo. El buen sexo. Algo que en los últimos tiempos había sido escaso.

Dylan siempre había sido bueno en eso del sexo.

Él sonrió y la luz de la vela hizo que le brillaran los ojos. Era evidente que Alexis le resultaba atractiva y que no se preocupaba por ocultarlo. ¿Aquel hombre intentaba cometer suicidio en lo relativo a su carrera profesional? Una sola palabra de ella... pero él sabía que ella nunca diría nada.

Alexis dejó la servilleta junto al plato.

—Creo que es hora de marcharme.

—No puedes marcharte ahora —su voz era ronca.

—No puedes detenerme.

—¡Pero la señorita tiene que probar la tarta!

Mientras Alexis estaba mirando a Dylan, el camarero se había acercado a la mesa y ella no se había dado cuenta.

—Me había olvidado de la tarta.

El camarero trató de ocultar su sorpresa sin éxito.

—El chef ha elegido diversos rellenos. Puede elegir cualquier combinación o dejar la tarta tal y como está aquí. Va a prepararla mañana, así que antes de marcharse, por favor, hágale saber cuáles son sus preferencias. Tenemos limón, Grand Marnier, avellana, frambuesa y capuccino —hizo una pequeña reverencia y dejó una tarta nupcial en miniatura con una figurita de plástico que representaba a los novios.

Alexis los quitó inmediatamente.

—No quiero volver a ver esto.

El camarero ni siquiera pestañeó.

—¿Hay algún símbolo que tenga algún significado para usted y que podamos crear? Algunas personas piden una mascota o la representación del lugar donde se conocieron.

—¿Qué te parece un teléfono móvil? —sugirió Dylan.

Alexis lo ignoró.

—Flores, reales o de caramelo, no importa. O algo sencillo. Cualquier otra cosa estaría bien.

El camarero le entregó un cuchillo envuelto con un lazo de tul con lilas atadas en el nudo. La tela tocaba el glaseado de la tarta. Alexis retiró la tela y la dejó sobre la pareja de novios de plástico.

—*La* plata es bonita en sí misma.

—Comprendido, señorita.

Alexis cortó la tarta.

—Eh, no seas tacaña con la tarta —dijo Dylan—. Y tienes que acordarte de darle un buen pedazo a Vinnie para que no se desmorone antes de que te la aplaste en la cara.

—No habrá tal cosa —le entregó un plato.

—Entonces, ¿no habrá diversión? —Dylan partió un trozo de tarta y se lo ofreció.

—No esperarás que caiga en la trampa — Alexis se echó para atrás para que él no pudiera untarle la tarta en la cara.

—Nunca te haría tal cosa —continuó sujetando la cuchara.

—Ya. ¿Esperas que me lo crea cuando acabas de decirme que untarle la cara con tarta a alguien es divertido?

—Confía en mí.

—¿Por qué...? —no pudo terminar la frase porque tenía la boca llena de tarta. Una tarta estupenda. Una mezcla de frambuesa y Grand Marnier que daba un sabor maravilloso. Era la combinación perfecta—. Mmm — tragó y se limpió los labios con la lengua.

Quería más.

—Sin duda te ha gustado la tarta —dijo Dylan.

—Está buenísima. Prueba un poco.

—No me gustan mucho las tartas...

Alexis partió un pedazo y se lo metió en la boca para devolverle el favor.

Sólo que Dylan cerró la boca sobre sus dedos. Cuando ella fue a retirarlos, él se los chupó y a ella le gustó, aunque no debería gustarle.

Pero, por supuesto, dejó dos dedos dentro de su boca.

Él la agarró por la muñeca y le soltó un dedo. Después le acarició el otro con la lengua.

Alexis se estremeció.

Mirándola a los ojos, Dylan lamió el resto de tarta de su dedo. Y Alexis se lo permitió.

Sí, aunque era consciente de que él le estaba creando problemas por algún motivo que no le había explicado. Había conseguido que se removiera por dentro. Algo que hacía mucho que no le sucedía. Era como arrancar un coche que llevara mucho tiempo parado para que el aceite lubricara todas las piezas.

Y la manera en que Dylan la miraba y lo que le hacía con la lengua había conseguido que el motor de Alexis se pusiera en marcha.

Era como una prueba para ver si podía separar el deseo del... del deseo. No, eso no estaba bien. Estaba separando el deseo de Dylan. Eso era. Sentir deseo estaba bien. Pero por Dylan, no.

De hecho, esperaba que él cayera en su propia trampa. Entonces, cuando ella se casara con Vincent, Dylan sentiría el mismo dolor y rechazo que ella había sentido.

El truco era conseguir que ella misma no cayera en la trampa. Con Dylan mirándola de esa manera, le resultaba difícil recordar que era una mujer comprometida. Cuando él permitió que sacara el otro dedo de su boca y la besó en la palma de la mano, ella supuso que ambos habían tenido suficiente. Y que, posiblemente, habrían escandalizado al camarero.

—Voy a marcharme. Ahora —Alexis se puso en pie y se alejó dos pasos. Después, se volvió y agarró el resto de la tarta.

Iba a necesitarla.

Cuando ella se marchó, Dylan se obligó a comer un poco más de tarta. Alexis le había preguntado qué estaba haciendo y, sinceramente, no tenía ni idea. Arriesgaría su carrera profesional si continuaba atizando los rescoldos para ver si salían chispas.

Por su parte, había conseguido que salieran. Eso sin duda. No podía evitarlo. Por algún motivo, sentía una fuerte atracción por ella, más que cuando salieron juntos todos esos años antes. Suponía que intentaba descubrir si ella sentía algo por él. Sospechaba que sí.

¿Y qué? ¿Qué pasaría después? ¿Qué pasaría si Alexis dejaba a Vincent por él?

¿Qué era lo que él quería? No deseaba que ella se casara con Vincent, ¿pero qué era lo que deseaba?

Sería mejor que se relajara hasta que encontrara la respuesta. De otro modo, no sería más que un canalla.

Alexis estaba sentada en su habitación y se disponía a comerse la tarta. Era eso, o llamar a su madre otra vez.

Y... y después estaba el asunto de que su motor se había puesto en marcha. ¿No debería ir a que le hicieran una revisión?

Dylan había obligado a Alexis a enfrentarse al aspecto físico de su relación con Vincent. Ella nunca había pensado que pudiera haber algún problema. Vincent y ella habían estado trabajando como locos durante toda la semana para poder estar libres para la boda. En su cabeza, Alexis le había restado importancia a la luna de miel, asumiendo... probablemente, asumiendo demasiado.

Quizá debería ir a visitar a Vincent esa misma noche.

Si pudiera encontrarlo.

Capítulo 5

Vincent estaba en su habitación. Alexis podía oír su voz tras la puerta. Dudó un instante y llamó.

—No necesito nada, gracias —dijo el.

—Soy Alexis.

El silencio fue más largo de lo que a ella le hubiera gustado. Tras murmurar unas palabras, Vincent abrió la puerta.

—Hola. Yo...

Él levantó un dedo y contestó a la persona con la que estaba hablando por teléfono.

—Espera.

Aquella no era la reacción que ella esperaba.

Vincent se acercó a la mesa que estaba junto a la ventana y rebuscó entre un montón de papeles.

No la había invitado a pasar, pero le había abierto la puerta y para Alexis eso era suficiente. Entró y cerró la puerta tras de sí.

La habitación era más pequeña que la de ella y sólo había una silla

—¿Todavía estás ahí? —por fortuna, no estaba hablando con Alexis. Se agachó y buscó en el montón de papeles que tenía apilados bajo la mesa—. Aquí está —Vincent se enderezó.

Ella se movió por la habitación y se acercó a la cama. Se sentía extraña y se obligó a sentarse en una esquina. Era su prometida. Pronto compartirían esa cama.

—Sí, dame un segundo —Vincent se sentó en la silla y agarró un lápiz. Alexis lo observó mientras sujetaba el teléfono entre el codo y la oreja a la vez que escribía. Varias veces, movió los hombros en círculo.

Alexis se sentó en el brazo de la silla.

—Déjame —susurró, y comenzó a darle masaje en los hombros.

Vincent se volvió y la miró irritado.

—Un momento, Jerry —tapó el micrófono del teléfono—. ¿Qué estás haciendo?

Alexis retiró las manos y se quedó en silencio.

—Lo siento, Alexis —Vincent se frotó la frente—. El caso Briarwood se ha complicado de repente. Ten paciencia un poco más.

—Un poco más —sonrió ella, y le frotó los hombros una vez más antes de ponerse en pie. Al hacerlo, notó un brillo cálido en la mirada de Vincent.

De acuerdo. Ese brillo era lo que necesitaba. Era un brillo tranquilizador, pero necesitaba fomentarlo.

Y ella sabía cómo hacerlo.

—Te veré dentro de un minuto.

Regresó a su habitación y sacó un camisón corto de color melocotón que había reservado para la noche de bodas. La prenda era elegante y hacía que a primera vista pareciera que estuviera desnuda. Fingiría no haberse dado cuenta y así conseguiría que Vincent se excitara.

Se lo puso y se miró en el espejo. Le quedaba bien. Aunque odiaba estropear la sorpresa, consideraba que debía seducir a Vincent esa misma noche.

Había llevado unas velas para dar ambiente. Las sacó, les quitó envoltorio y las metió en una bolsa que llevaría a la habitación de Vincent.

Su plan era sorprenderlo. Aparecería en la puerta de su habitación vestida sólo con el camisón. Vincent, que probablemente seguiría hablando por teléfono, se quedaría sin habla. La miraría. Ella sonreiría y entraría contoneándose en la habitación, y una nube de perfume...

Él la miraría. Balbucearía algo por teléfono y colgaría.

«¡Alexis!», le diría complacido.

Ella lo miraría por encima del hombro con una sonrisa coqueta. Tendría que practicarla. Miró por encima del hombro y sonrió. No le salió bien. Probó de nuevo. Hmm. Le resultaría más fácil sonreír de manera seductora. Eso haría. Sonreiría de manera seductora mientras colocaba las velas a cada lado de la cama. Las encendería y con los labios fruncidos soplaría para *apagar* la cerilla. Cerillas. Necesitaba cerillas.

Por si acaso, miró en los cajones de la habitación.

Nada. Aunque él no fumaba, Vincent solía llevar un encendedor de oro que le *habían* regalado tras ganar un caso importante. Así que, lo miraría con las velas en la mano y le diría con voz provocativa:

—¿Tienes fuego?

Después, dejaría las velas sobre la mesilla de noche y se sentaría en la cama. Para entonces, él ya habría captado la idea. Después, improvisaría. Alexis asomó la cabeza por la puerta y miró el pasillo. No había nadie. Estupendo.

La única zona peligrosa era pasar por la galería elevada que unía el antiguo burdel con la nueva ampliación. Durante un instante quedaría a la vista de todo el recibidor y si alguien miraba hacia arriba, la vería semidesnuda. Con cuidado, Alexis salió al pasillo y se dirigió hacia la galería. Nada más llegar, se ocultó tras una columna. En el piso de abajo, una pareja estaba mirando las fotos del saloncito histórico y un hombre tocaba el piano.

Era Dylan.

Se le había olvidado que sabía tocar. Salió de detrás de la columna para verlo mejor. Dylan estaba tocando piezas cortas de oído. De pronto, se levantó y abrió el banco, donde se guardaban las partituras. Encontró una que le gustaba y se sentó de nuevo al teclado.

Alexis había perdido su mejor oportunidad. Debería haber cruzado corriendo mientras él buscaba la pieza que quería tocar.

Pero ella lo había estado mirando. Recordando. Recordando el tacto de sus hombros cuando le daba masaje después de una larga sesión de estudio.

Tan diferente al de Vincent.

También recordaba cómo habían terminado esos masajes.

También de manera muy diferente a cómo había terminado el masaje de Vincent. Pero Alexis estaba dispuesta a darle a Vincent una segunda oportunidad.

En un minuto. O en dos.

Dylan comenzó a tocar una pieza de Scott Joplin, una de la que Alexis no recordaba el nombre.

Se preguntó qué habría estado haciendo Dylan durante los siete años anteriores. Sabía cómo le habían ido las cosas en el plano profesional, pero no cómo le había ido la vida personal. ¿Habría salido con muchas mujeres o sólo con alguna durante mucho tiempo? ¿Tendría alguna relación en aquellos momentos? Alexis no podía imaginárselo con ninguna mujer. ¿No podía? ¿O no quería?

En ese momento, Dylan levantó la cabeza y la miró a los ojos. Ella sintió un escalofrío.

La música dejó de sonar. Dylan respiró hondo y continuó mirándola sin moverse. Ni siquiera pestañeaba. De acuerdo, ésa era la reacción que iba buscando. Era bueno saber que...

De pronto, Alexis recordó que estaba medio desnuda. Dio un paso atrás, se ocultó de nuevo en la columna y esperó a que continuara la música. Al ver que no era así, salió corriendo hacia su habitación.

Dylan no sabía cuál era el número de su habitación, pero seguro que era capaz de preguntárselo a la recepcionista.

Así que Alexis se vistió de nuevo con la ropa que acababa de quitarse y guardó el camisón en el bolso justo en el momento en que llamaban a la puerta.

Se ahuecó el cabello, se humedeció los labios y abrió.

Dylan estaba allí, con la respiración acelerada como si hubiera subido corriendo por las escaleras.

—Acabo de tener alucinaciones y te he visto desnuda. ¿Sabes algo al respecto?

—No.

—¿No estabas desnuda?

—No —Alexis salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—Pero estabas en la galería ahora mismo.

—Sí. Voy a ver a Vincent. Completamente vestida.

—La galería está en esa dirección —señaló hacia delante—. Tu habitación está aquí.

—Me olvidé una cosa —Alexis agarró el bolso y empezó a andar.

—¿La ropa? —Dylan la siguió.

—No soy una exhibicionista y tampoco soy responsable de tus alucinaciones.

—Qué lástima —dijo Dylan cuando llegaron al final de la galería y ella abrió la puerta que daba a la escalera—. Estás muy guapa desnuda.

—Y si no recuerdo mal, tú también —vio que él se detenía con la boca abierta. Por lo menos, no la siguió.

El encuentro con Dylan había ido mucho mejor de lo que se hubiera imaginado. Alexis se sentía muy segura de sí misma cuando llamó a la puerta de Vincent. Todo iba bien.

—Soy Alexis —dijo antes de que él preguntara.

Oyó que abría la puerta.

—¿Sí? —preguntó él como si ella fuera alguna empleada del hotel.

Llevaba un pijama muy tradicional. Probablemente de seda.

Él no la invitó a entrar. ¡Maldito sea! Ella deseó haber llevado el camisón.

—¿Puedo pasar? —odiaba tener que preguntárselo.

—Estaba en la cama.

—Estupendo —entró en la habitación y se quitó los zapatos.

Vincent permanecía junto a la puerta. Alexis se sentó en la cama y dio un golpecito en el colchón.

—Pareces agotado. ¿Briarwood te está dando problemas?

—Las empresas familiares dan más problemas de lo que valen —Vincent se sentó a su lado y suspiró—. Y es peor cuando dos de las familias son amigas y comparten un apartamento durante unas vacaciones de esquí en el fin de la temporada.

—¡No!

—Sí.

—Date la vuelta y deja que te de un masaje en el cuello.

Alexis apreciaba que él le dejara llevar la iniciativa para que no se sintiera presionada para mantener una relación sexual antes de que estuviera preparada.

Pero ya lo estaba. Su instinto le decía que necesitaban disfrutar de una noche antes de la boda. De algo que los uniera antes del día siguiente, cuando se enfrentarían a sus familias. O a la familia, de ella. Todavía no sabía cuántos familiares de Vincent asistirían a la boda.

Sólo su familia sería suficiente. Alexis sabía que podría convencerlos mejor de que era feliz por casarse con Vincent si pasaba una noche entre sus brazos.

—Eso me gusta —dijo él echando la cabeza hacia atrás.

Alexis continuó con el masaje y él comenzó a hablar de la fusión de empresas. Las tres familias habían llegado a un acuerdo y parecía que dos de ellas estaban confabulándose contra la otra y trataban de ocultárselo a Vincent. Pero era imposible. Él era magnífico.

Después de escucharlo durante largo rato, ella dijo:

—¿Por qué no llamas a la tercera familia y les cuentas que los otros están en un apartamento en Wyoming bebiendo demasiado licor? Puede que no lo sepan.

—No se me había ocurrido —miró a lo lejos.

—Tú representas a todas las partes, así que no podría considerarse que hayas violado ninguna confidencialidad. De esa forma, el tercer grupo podría planificar un viaje a Wyoming, si quiere, y tú podrías casarte tranquilamente en Colorado.

—Suena estupendo, pero quizá sea demasiado optimista.

Alexis se puso de espaldas a él.

—Yo también he tenido un día duro. Me duele el hombro. Aquí —le indicó un punto concreto y esperó hasta sentir el tacto de las manos de Vincent por primera vez.

Vincent comenzó a masajearle los trapecios con el dedo pulgar. Ella hizo una mueca. De acuerdo, los masajes no eran su especialidad. Tendría otras cosas.

Comenzó a hablar para distraerse.

—¿Y qué es lo que quieren las otras dos familias? ¿Por qué van a fusionarse con una empresa más grande? ¿Por dinero? ¿Por qué tratan de alejar a la tercera? ¿Creen que el tercer grupo está negociando con alguien más?

—Buenas teorías. Sabía que había un motivo por el que te había nombrado mi secretaria.

—Y ahora seré tu esposa —se volvió para mirarlo y sonrió.

—Soy afortunado —dijo él.

Ella sabía que iba a besarla. Fue un beso agradable. Poco apasionado, pero perfecto para la primera vez. Él se retiró, pero Alexis le sujetó el rostro con ambas manos y lo miró fijamente a los ojos.

Entonces, acercó la boca a la de él y lo besó de verdad. Esperaba una respuesta. Esperaba sentir algo.

Vincent arqueó una ceja.

—¿Estás segura?

Cuando ella asintió, él la atrajo hacia sí y la besó de verdad.

Alexis se sintió aliviada. A partir de ahí, el resto sucedería con naturalidad.

—Me gustaría cambiarme de ropa —le dijo con una sonrisa.

—Por supuesto —él se recostó contra las almohadas y ella percibió cierto brillo en su mirada.

Alexis se dirigió al baño y cerró la puerta.

Aquello iba a funcionar. Se puso el camisón y se ahuecó el cabello.

Apagó la luz y abrió la puerta.

Vincent no se movió. Ella sonrió. Se habría quedado de piedra al verla.

Oyó un resoplido. ¡Oh, cielos! ¡Le había dado un ataque al corazón!

Alexis corrió hasta la cama, pero Vincent no estaba sufriendo un ataque al corazón. Ni tampoco se había quedado de piedra.

Estaba dormido.

Ella se llevó la mano sobre el pecho para sentir su corazón acelerado.

«¿Y ahora qué? ¿Lo despierto? ¿Me meto en la cama con él?» Vincent estaba tumbado boca arriba y con la boca abierta. No era una imagen muy atractiva.

—¿Vincent? —lo llamó con suavidad.

Nada. Excepto otro ronquido.

Mientras Alexis miraba a su futuro esposo desde los pies de la cama, tratando de decidir si lo despertaba o no, sonó el teléfono.

Vincent se despertó de golpe y contestó. Evidentemente, se había olvidado de que Alexis estaba en la habitación. Ella se colocó en su línea de visión. Su expresión no cambió al verla.

Cubrió el micrófono con la mano y le dijo:

—Cariño, voy a tardar un poco. No he cenado. ¿Podrías ir a pedir que me traigan unos crackers y un poco de queso?

¿Crackers y queso? ¿Prefería aquello a Alexis vestida con un camisón? Ella dio un paso atrás.

—Claro. Voy a... —señaló hacia el baño con el pulgar.

Aquello había sido un fracaso a múltiples niveles. Primero, Vincent había ignorado el camisón, la misma prenda que había provocado una gratificante reacción en Dylan.

Segundo, estaba lo de: «cariño, ¿puedes ir a por algo de comer?» Vincent ya había comido. Si quería hablar en privado, sólo tenía que pedírselo. ¿Y por qué contestaba el teléfono cuando estaban a punto de acostarse por primera vez?

Además, había cubierto el auricular en lugar de presionar la tecla de silencio. De esa forma, la otra persona sabría que había una mujer con él en la habitación. Una mujer a la que podía mandarle que fuera a por comida.

Una vez más, Alexis se vistió con la ropa con la que había viajado. Una falda negra, unas medias y unos zapatos de salón. Todo de estilo conservador, a juego con la imagen de Swinehart, Cathardy y Steele.

Sentada en el borde de la bañera, se prometió que, cuando estuviera casada, se pondría pantalones.

Dylan no podía dormir. Tampoco podía borrar la imagen de Alexis desnuda de su cabeza. Habría jurado ante un tribunal que ella había aparecido sin nada de ropa. Lo que no sabía era por qué lo habría hecho. Desde luego, cuando salía con ella no le gustaba eso de exhibirse en público.

Cada vez le costaba más controlar su pensamiento. Debería haberse llevado más trabajo para no pensar, pero creía que sólo tendría que estar allí un día. Sin embargo, había cambiado su vuelo de regreso porque Vincent le había pedido que fuera su padrino.

¿Y de qué diablos trataba todo aquello? Vincent sólo aparecía entre llamada y llamada. Y le había pedido que dejara cualquier otro caso por él.

Como se trataba de Vincent Cathardy, Dylan había cancelado todas sus citas y había quedado a su entera disposición.

Ser el padrino de Vincent Cathardy después de haber negociado su acuerdo prematrimonial haría que aumentara su prestigio. Cuando llamó al bufete para pedir que revisaran su agenda, el secretario se había quedado sin habla.

Él le había comentado algo de que había sido compañero de clase de la prometida de Vincent y se preguntaba si quizá no debería haberlo hecho. No era un secreto, pero no quería causarle problemas a Alexis.

Al menos, no esa clase de problemas. Desde luego, quería sacudirla para que saliera de su fantasía de boda.

Dylan salió a caminar por el hotel y terminó en la cocina. La cosa era que Alexis estaba dispuesta a dejarlo todo por Vincent Cathardy, y al parecer nadie le había hecho chantaje ni la había obligado a hacerlo. Tampoco estaba enamorada de él.

No tenía sentido.

Tampoco lo tenía la repentina atracción que sentía hacia ella.

Dylan se acercó a la encimera, donde habían dejado preparada una bandeja con leche y galletas para que los clientes se sirvieran. Leche con galletas. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido tal cosa?

Se sirvió un vaso de leche, agarró una galleta y se sentó en un taburete.

La vida le había ido muy bien hasta aquel fin de semana. ¿Por qué unas horas en compañía de Alexis habían bastado para que se percatara de la vacuidad de su existencia?

Tenía un buen trabajo. Tenía amigos a los que veía bastante a menudo, y salía con mujeres cuando quería, aunque tenía que admitir que no era muy frecuente.

Quizá se hubiera cansado de la idea del matrimonio al ver tantas parejas rotas y, por eso, no fuera uno de sus objetivos.

Mientras se comía la galleta pensó que quizá había llegado el momento de buscar una relación seria. Tendría que encontrar a alguien de estilo tradicional, porque no veía la manera de compaginar el trabajo de ambos con el cuidado de los hijos. Estaría encantado de ser él quien llevara el dinero a casa para que su esposa pudiera tomarse unos años libres.

Se percató de que eso era lo que Alexis estaba a punto de hacer, pero no comprendía por qué tenían que pagarle por ello. El matrimonio era algo compartido. Le parecía bien establecer un acuerdo en caso de divorcio, pero Vincent iba a pagarle por no trabajar.

Y si ella no podía... quedarse embarazada. Quizá estuviera equivocado acerca de la relación que Alexis mantenía con Vincent. Quizá ya estuviera embarazada. ¿Y por qué le molestaba tanto la idea? Tenía que superar aquello. Tenía que olvidarse de Alexis.

Y en ese mismo instante, Alexis entró en la cocina con la seguridad que la caracterizaba.

Ella lo miró, se detuvo un momento y continuó hasta las bandejas de aperitivos. Dylan bebió un poco de leche.

—¿Eres una alucinación?

—¿Estoy desnuda?

—No.

—Entonces, supongo que no —agarró un panecillo y lo abrió.

—¿Te ha entrado hambre?

—Aunque así fuera, nunca comería tan tarde —untó un poco de mayonesa en el pan.

—Así que Vincent es el que tiene hambre.

—Eso parece.

—¿Y por qué no se alimenta de ti?

Alexis se quedó paralizada y Dylan supo que lo estaba mirando de reojo.

—Recuerdo tu sabor —dijo él sin poder contenerse.

—Ya basta, Dylan.

Él se bajó del taburete y se dirigió hacia ella.

—¿Estás embarazada?

Ella se volvió con fuerza y una loncha de queso acabó sobre la camisa de Dylan.

—¡No me sigas!

Él despegó la loncha y la tiró a la basura.

—¿Lo estás?

—Te das cuenta de que no es asunto tuyo.

—No. Si estás embarazada, le diré a mi cliente que solicite una prueba de paternidad y modificaré el acuerdo prematrimonial.

—Eres despreciable.

—Todavía no, pero puedo serlo —la agarró por los brazos, la atrajo hacia sí y la besó.

Ni siquiera él esperaba hacerlo.

Inclinó la cabeza, le acarició los labios con la lengua y se sorprendió cuando ella abrió la boca. Un fuerte sentimiento se apoderó de él, algo mucho más intenso que lo que había experimentado durante el beso impulsivo que le había dado por la tarde.

La abrazó con fuerza y exploró su boca con dedicación. Ella le rodeó el cuello con los
brazos y lo besó también.

Los recuerdos del pasado se mezclaron con las sensaciones del presente. Dylan no sabía si era la reminiscencia de la pasión que habían compartido en su momento o si era una pasión nueva que había surgido ese fin de semana.

Uno de ellos, o los dos, se arrepentiría de aquello.

«Alexis, estaba completamente loco. Podríamos haber estado juntos todo este tiempo», pensó él.

Y podrían estar juntos en ese momento.

Pero ella iba a casarse. Con otro. Con Vincent Cathardy.

Aunque no se comportaba como si así fuera. Se suponía que debía de empujarlo para separarse de él y no abrazarlo como si no quisiera que la soltara.

En ese momento, Dylan supo que podría recuperarla si se lo propusiera. En lugar de sentirse triunfante, se sintió fatal. ¿Qué diablos estaba haciendo? No tenía ningún derecho. No tenía derecho a hacer que ella cancelara la boda porque él se arrepintiera de algo que había sucedido siete años atrás.

La soltó de golpe.

Ella lo miró desconcertada.

—Dylan...

Se miraron un instante y, por una vez, los ojos de Alexis se llenaron de sentimiento. De deseo. Y de algo más. De algo que no sabía nombrar.

Pero mientras fuera así sabía que no sería capaz de dejarla en paz. Tendría que ser ella quien pusiera fin a todo aquello.

—Se suponía que deberías haberme dado una bofetada en lugar de meterme la lengua hasta la garganta.

Ella se quedó helada.

—¿Y? Vamos. Dame una bofetada. Es lo que debería hacer la prometida de Vincent.

Alexis se sintió traicionada.

—No quiero tocarte —le dijo, y salió corriendo de la habitación.

Sin duda, lo odiaba. Y así debía ser. Ya no habría más besos ni más quizás.

Problema resuelto.

Capítulo 6

Ah, bien hecho, Alexis.

¿Cómo había podido besar a Dylan? ¡Otra vez! Qué estúpida. Besar a otro que no fuera Vincent en aquellas circunstancias era vergonzoso, pero Dylan era su abogado, lo que significaba que era algo especialmente estúpido.

Nada bueno.

Y la expresión de su rostro. Él la había despreciado por ser tan débil como para corresponderle. Pero no tanto como ella se despreciaba a sí misma.

Corrió hasta la habitación de Vincent y a mitad de camino recordó que se había dejado el sándwich en la cocina. Bueno, de todos modos, él no comía ese tipo de cosas. Además, su intención era hacer que Vincent se olvidara de que tenía hambre mientras ella se olvidaba de Dylan.

Llamó a la puerta hasta que él abrió.

—Cuelga el teléfono —le dijo al pasar a su lado.

Vincent negó con la cabeza y ella lo fulminó con la mirada.

—Son las once de la noche. Tenemos que hablar.

Él la miró y terminó la conversación. Alexis notó que no estaba muy contento con sus maneras, pero suponía que la perdonaría al cabo de unos minutos.

—¿Qué es tan urgente?

—Esto —Alexis se tiró a sus brazos.

A él le pilló desprevenido y se cayó sobre la cama. Ella se retiró un poco y él la miró asombrado.

—Creía que habías dicho que teníamos que hablar.

—Te mentí —y lo besó. Con fuerza. De manera agresiva. Tenía que borrar el beso de Dylan de su memoria. Lo conseguiría.

Ella se echó hacia delante y él se movió hacia atrás, permitiendo que Alexis quedara tumbada sobre él.

Tal y cómo había comprobado antes, Vincent podía besar. Sólo le faltaba hacerlo con más entusiasmo. Alexis le acarició el torso, confiando en que él le acariciara la espalda.

—Alex...

Ella lo besó e hizo ademán de desabrocharse la blusa. Se incorporó para hacerlo con más facilidad y le golpeó ligeramente en las costillas con el codo.

Él hizo una mueca de dolor.

—Lo siento.

¿Por qué no le desabrochaba él la blusa? A lo mejor porque no le había dado la oportunidad. Se inclinó sobre él confiando en que terminara su trabajo.

Él se frotó las costillas. No. Debería estar frotándole a ella. Ella se agachó y lo besó en el punto donde lo había golpeado, después volvió a besarlo en la boca.

—Al.

¿Y por qué se empeñaba en hablar? Alexis no quería hablar. Quería terminar con aquello. Le desabrochó el lazo del batín y se lo abrió. Vincent tenía vello en el pecho. Vello canoso.

Ella cerró los ojos y se lo acarició. De acuerdo, pensaría que era vello plateado. Lo besó en el cuello.

—Alexis —él le agarró las caderas.

Ella gimió para animarlo. Fingiendo, por supuesto, pero era capaz de fingir interés. Por desgracia, Vincent no podía.

Y tras varios momentos de estar encima de él, Alexis se percató de que faltaba algo crucial. Fingió no haberse dado cuenta.

—Oh, Vincent —dijo con la respiración entrecortada—. Necesito unos minutos para prepararme —«y quizá, así él también se prepare», pensó.

Se bajó de la cama y se desabrochó la blusa mientras se dirigía al baño, sólo para que él se enterara de qué era lo que le esperaba.

Entonces, cerró la puerta, se apoyó sobre ella y cerró los ojos. Aquello era un desastre. ¿Sería im...? No se atrevía ni a pensar en ello.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró en voz alta.

—Si quieres, puedo darte algunas pistas.

Alexis dio un grito y abrió los ojos. Allí, sentada en el borde de la bañera, estaba Sunshine. Ella estaba mirando el camisón de Alexis que estaba colgado en una percha.

—¡No sabía que estabas aquí! ¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó avergonzada.

—Parecía que lo estabas haciendo muy bien.

—Quiero decir, ¿por qué no nos, bueno, me has avisado de que estabas aquí?

Sunshine se rió.

—No quería interrumpir.

—Pero nosotros... nosotros...

—Oh, cariño, no era nada que no haya visto antes.

Alexis dio un chillido. Eso debía de ser lo que Vincent había tratado de decirle, aunque no con mucha insistencia. Respiró hondo. ¿Y si era uno de esos hombres a los que les gustaba que los miraran?

—Y tengo que decirte que tienes un problema más importante que la modestia.

—Ahora, no se me ocurre qué puede ser —dijo sonrojada.

—Tu futuro marido sufre un caso de colita mustia.

Eso no estaba sucediendo. Ella no estaba allí. No sabía dónde estaba pero, desde luego, no estaba en Colorado en el baño de la habitación de un hotel hablando con la empleada de...

—Pero tienes suerte.

—Por favor, dime por qué.

—Los hombres mayores son mi especialidad. Me adoran. Y yo soy muy buena alentándolos, si sabes de qué estoy hablando.

—De veras, creo que no deberíamos estar hablando de esto.

—Cariño, necesitas hablarlo con alguien.

Era cierto.

—Sólo somos un par de chicas hablando de nuestras cosas.

Alexis se aclaró la garganta.

—Sobre...

—Antes ibas por el buen camino, cuando hablabas con él —continuó Sunshine—. A veces, la idea les asusta.

—¿Estabas aquí? Pero... pero... ¿dónde...? ¿Es que hay cámaras en esta habitación? —Abrió la puerta—. Voy a revisar la habitación y, si encuentro una cámara, el hotel está perdido.

Y de pronto, Sunshine estaba delante de ella bloqueándole el paso. Pero eso era imposible. Sunshine estaba haciendo que permaneciera en el baño.

—¿Cómo has hecho eso?

—¿A que es alucinante? He tenido que practicar mucho. La gente cree que, si eres un fantasma, puedes aparecer y desaparecer, y mover cosas de un lado a otro de forma automática. ¡Pero no es cierto! Eso se aprende como todo lo demás. Pero eso sí, uno tiene mucho tiempo para aprenderlo —suspiró—. Han sido más de cien años. Y sigo sin ser la mejor en las cosas nuevas. Cada vez que consigo descubrir cómo funciona algo, inventan otra cosa. ¿Teléfonos sin cable? Y no me hables de los ordenadores. Aquí no vemos muchos, excepto los que se utilizan para hacer las reservas y el que está en el despacho, pero Rosebud... la conoces, ¿una mujer de cabello oscuro que lleva gafas? A ella le gusta leer y mantenerse al día. A mí me gusta quedarme con lo que ya conozco. Soy muy buena con el clima. Puedo asegurar que no vaya a llover el día de tu boda —sonrió.

—Parece que lo has pasado bien con ello —dijo Alexis, y se echó a un lado, confiando en que Sunshine se moviera a un lado y la dejara salir.

—Oh, no conoces ni la mitad de la historia. Algún día te la contaré pero, ahora, tienes que salir ahí fuera y demostrarle a ese hombre que vales todo ese dinero.

Alexis asintió en silencio. Era mejor no discutir.

—Me voy —acababa de agarrar el picaporte de la puerta cuando la voz de Sunshine hizo que se detuviera.

—No me crees, ¿verdad?

—Yo...

—¿Cómo puedes no creerme cuando te he presentado a todo el mundo? Eso no lo hemos hecho nunca.

Sunshine parecía tan dolida, que Alexis no podía marcharse.

—Creo que tú crees que eres un fantasma.

—Maldita sea. La señorita Arlotta, la conociste arriba, quería una lámpara de araña para ambientar el local. Era una lámpara de gas y tardaron nueve meses en traerla de París. Bueno, los chicos que tenían que colocarla se distrajeron un poco.

—Los hombres no han cambiado demasiado —dijo Alexis.

—Hicieron algo mal y el gas se salió. Era domingo y nosotras cerrábamos los domingos. Era un buen día. El día del picnic. Nos fuimos a dormir por la noche y, cuando nos despertamos, estábamos muertas.

«Cuando se despertaron, estaban muertas. Por supuesto».

—Abajo leí sobre el escape de gas de 1895.

—Te diré que tardamos un rato en darnos cuenta de lo que sucedía. Ahora estamos atrapadas aquí. Podemos ir a la azotea, donde solíamos sentarnos para que nos vieran los hombres, pero no podemos salir del edificio. Cuando cerraron el local, nos quedamos merodeando por el ático. Al principio, esto fue un colegio, después, una tienda y, más tarde, como hace diez años, lo convirtieron en un hotel. Está la parte vieja, la original, donde está tu habitación y la parte nueva, que construyeron después. De todos modos, fue entonces cuando el juez Hangen, que estaba visitando a la señorita Arlotta aquella noche, nos dijo que podíamos salvarnos si ayudábamos a las parejas con la expresión física de su amor.

—¿Y cómo sabéis que estáis salvadas?

—La señorita Arlotta, el juez, y un jurado lo deciden. Cada una tiene que ayudar a diez parejas. La señorita Arlotta lo registra en el libro de hazañas de cama. Si somos muy buenas, conseguimos una estrella dorada. Si rompemos una de las normas, conseguimos una muesca negra. Demasiadas muescas negras borrarán todo lo bueno que hemos hecho.

—Ya.

—Y yo tengo que ocuparme de Vincent y de ti. Sé que ya te lo he dicho, pero es un honor.

—¿Y las demás ayudan a otras parejas?

—Sí.

—Bueno... nadie habla nunca de los fantasmas.

Sunshine se encogió de hombros.

—*La* gente creerá lo que quiera. Además, ¿qué van a hacer al respecto? Que no crean que somos fantasmas no significa que no lo seamos.

Algo iba mal porque las palabras de Sunshine comenzaban a tener sentido.

—No pareces un fantasma.

—Ah, ¿quieres decir así?

Sunshine se convirtió en neblina. Alexis pestañeó, pero la imagen de Sunshine no mejoró.

—Buu —dijo ella.

—¿Buu? Estás de broma.

—Pensé que ayudaría.

Alexis estuvo a punto de reírse.

—Lo siento, yo sólo...

Y entonces, Alexis habría jurado que había visto la bañera a través de Sunshine. Cerró los ojos.

—No estás enfadada ¿verdad?

Alexis abrió los ojos y se encontró con que Sunshine volvía a ser como antes.

—Por supuesto que no estoy enfadada.

—No podría soportar que me dieran más muescas negras. Y menos ahora que estoy tan cerca.

—Entonces, lo mejor será que dejes de aparecer ante mí. Y nada de estar a mi alrededor cuando yo no sé que estás.

Sunshine la miró disgustada.

—No me gusta espiarte cuando te estás cambiando de ropa ni nada de eso. ¿Quién te crees que soy?

—¿Esa pregunta tiene truco?

Sunshine soltó una carcajada. Parecía tan joven, feliz y llena de vida. Hizo que Alexis sonriera. Sí, los hombres mayores se sentían atraídos por ella porque conseguía que se sintieran jóvenes y felices.

—De acuerdo —Alexis respiró hondo. No podía creer que fuera a hacer tal cosa—. ¿Qué puedo hacer con Vincent? Quiero tener hijos. Nunca pensé que me apetecería tanto tener hijos, y sé que crees que voy a ganar mucho dinero, pero ya estaba ganando mucho dinero. Así que no tiene sentido que cambie mi vida si Vincent no puede... bueno, ya sabes.

—Eso es fácil de descubrir. Siéntate —Sunshine hizo un gesto para que Alexis se sentara en el borde de la bañera—. Lo que tienes que hacer es abrazarte a él hasta que se quede dormido. Después, le atas un lazo con un nudo corredizo alrededor de su miembro. Y por la mañana, si el nudo se ha deshecho, sabrás que el cuerpo está dispuesto, pero que el espíritu es débil.

—¿Y si se despierta?

Sunshine se rió.

—Le dices que ha ganado el primer premio y continúas a partir de ahí.

Alexis se rió con nerviosismo.

—En serio. Si tienes alguna idea de ese tema, me gustaría oírla.

Lo que siguió a continuación fue una larga conversación sobre el tema.

—De acuerdo. Puedo hacerlo.

—¡Por supuesto que puedes! —Sunshine flotó por encima del camisón—. Esto es perfecto —lo descolgó de la percha y se lo puso por encima—. ¡El color hace que me sonroje!

—Pensé que era muy sexy.

—Póntelo —al ver cómo la miraba Alexis, Sunshine añadió—. Ya me voy. Ya me voy.

—¿Te vas de verdad? ¿Y no vas a fisgonear?

—¿Cómo sabré si necesitas ayuda?

—Porque te lo contaré después.

—De acuerdo. No te pongas nerviosa —Sunshine se acercó a la puerta.

—¡Espera! Vincent te verá.

Ella sonrió.

—No, si no quiero que me vea.

—Deja que mire yo primero —Alexis abrió la puerta con cuidado.

Vincent había apagado todas las luces excepto las de las mesillas de noche y la habitación estaba en penumbra. «Perfecto, debe de estar leyendo. Y con las gafas no ve de lejos».

Alexis abrió la puerta del todo e hizo un gesto para que Sunshine pasara.

Al ver que no sucedía nada, se volvió y vio que Sunshine había desaparecido.

Qué bien lo hacía. Alexis había estado tan concentrada en Vincent, que no se había dado cuenta de cómo había salido.

Se apresuró para ponerse el camisón. Apagó la luz del baño y salió al dormitorio.

Se acercó a la cama. Sin duda, Vincent había estado leyendo. Alexis se sintió un poco molesta, pero recordó que había pasado mucho tiempo en el baño hablando con Sunshine.

Esperaba que él no las hubiera oído porque no sabía qué explicación podría darle.

—¿Vincent?

No obtuvo respuesta. Se acercó a él y retiró los papeles que tenía en la mano.

Aquello no estaba previsto.

Alexis le quitó las gafas, *apagó* la luz, recogió su ropa y regresó a su habitación.

¡No te vayas! ¿Qué le pasaba a esa chica? ¿No había oído lo que Sunshine le había dicho? ¿Qué pasaba con el lazo? Al menos, podría habérselo atado, aunque no quisiera quedarse.

Sunshine estuvo a punto de aparecer frente a Alexis en el pasillo, pero no lo hizo.

Conocía la expresión de alivio del rostro de Alexis, así que permitió que regresara a su dormitorio mientras ella *trataba* de averiguar qué significaba esa expresión.

¿Era posible tener resaca de leche con galletas?

Dylan se frotó el vientre y miró cómo había disminuido el montón de galletas.

—Mmm. Las galletas han tenido mucho éxito esta noche.

Él no había visto entrar a nadie. Una mujer rubia estaba mirándolo.

—Toma una. Están muy buenas —le dijo él.

—Eres amigo de Alexis, ¿verdad? —le preguntó la mujer y se acercó a él.

—Sí. ¿Y tú?

—Me gustaría pensar que sí.

—¿Has venido para la boda?

—Trabajo aquí. Te he visto ensayar con ella.

—Soy el padrino.

La mujer lo miró durante largo rato.

—Cariño, empiezo a preguntarme si no quieres ser otra cosa.

La mañana siguiente, Alexis se despertó temprano, decidida a probar de nuevo con Vincent. La noche anterior él estaba cansado. Pero por la mañana, se encontraría como nuevo.

Sin embargo, cuando Alexis llegó a la habitación, Vincent estaba haciendo la maleta.

¿Lo habría asustado? ¿O no le había gustado que ella quisiera acostarse con él antes de la boda?

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Alexis, esto es imposible.

Ella sintió un nudo en el estómago.

—¡No! Vincent, podemos hacer que esto funcione. Lo siento si anoche me comporté de manera un poco agresiva.

—No, no, no —dejó de empaquetar y le dio un beso en la frente—. Eres encantadora. Yo... estaba distraído.

—Entonces, ¿por qué te marchas?

—Porque no consigo una buena conexión, ni por teléfono ni con el móvil. Internet no funciona y los faxes se cortan a la mitad. Es imposible —dijo otra vez—. Iré a Wyoming y me ahorraré tiempo.

—¿Te vas a Wyoming?

—No está lejos. Estamos en Colorado. Regresaré mañana al mediodía.

—¡Mañana! ¿Tres horas antes de la boda?

—Hay tiempo de sobra —sonrió—. No empezarás sin mí, ¿verdad?

—Pero... pero tenemos amigos y familiares que llegarán hoy. ¿Qué se supone que debo decirles?

—Sé que eres capaz de recibirlos sin que yo esté a tu lado.

—Pero sería muy agradable tenerte a mi lado. Y tenemos que terminar de negociar el acuerdo prematrimonial.

—Dylan y tú podéis solucionarlo —dijo Vincent, justo cuando sonó su teléfono—. Alexis, puedes pedir que me traigan el desayuno y terminar de hacerme la maleta.

¿Hacerle la maleta? No lo conocía lo suficiente como para hacerle la maleta. Además, sonaba como algo muy servil. Muy de esposa.

Llamó al servicio de habitaciones para pedir el desayuno y metió toda la ropa del armario, excepto el traje de la boda, en la maleta.

Vincent se marchó antes de que llegara el desayuno, así que se lo comió Alexis.

Después, llamó a Margaret y fue a buscar a Dylan para terminar con el acuerdo prematrimonial.

No le apetecía ver a Dylan otra vez.

Había decidido evitar pensar en él y en su manera de besar.

Le dejó un mensaje en el contestador diciéndole que se encontrara con ella en la recepción. Mientras, trataría de conseguir que le dejaran la sala de reuniones si todavía estaba libre.

Era mejor que solucionara aquello antes de que llegaran su madre y su hermana. Ellas estarían pendientes de cómo se comportaba con Dylan y la imagen que ella quería dar era la de dos viejos amigos que se volvían a encontrar.

Le parecía buena idea, pero cuando Alexis vio a Dylan acercarse, no estaba segura de si podría conseguirlo.

—Lo siento —dijo él. Tenía cara de no haber dormido mucho—. No por haberte besado...

—¿No sientes haberme besado?

—No. Eso fue estupendo. No me lo habría perdido. Fue totalmente inapropiado y lo sé. Me arrepiento. Te estoy pidiendo disculpas por lo que dije —la miró—. Quería que me odiaras.

—Buen trabajo.

—Sí. Intentaba echarte a ti la culpa de todo, y no estaba bien. Pero, te tengo mucho aprecio, no volverá a suceder. ¿Margaret va a venir pronto?

—¿Así sin más? ¿Se supone que tengo que perdonarte y olvidarme de lo cretino que has sido así, sin más?

—¿Quieres que sufra? Tu deseo se ha cumplido. He sufrido. Ahora estoy sufriendo. ¿Sabes lo que hice? Bebí y me tomé una sobredosis.

—¡Dylan!

—De leche con galletas. Muchas galletas.

Alexis se rió a carcajadas hasta que le lloraron los ojos. Cuando Margaret llegó, Alexis todavía se estaba riendo. Y peor aún, lo había perdonado.

—Esto es lo que me gusta ver —dijo Margaret—. Siempre es más fácil cuando ambas partes se llevan bien —se dirigieron a la sala de reuniones—. Sobre todo cuando se trata de asuntos tan serios como estos.

—¿Qué asuntos? —Alexis había leído el contrato y no había encontrado nada extraño.

—Dylan ha sido un chico malo.

Alexis y Dylan la miraron. ¿Lo sabía? Margaret dejó los papeles sobre la mesa y se sentó.

—La cláusula de derechos conyugales. Tal y como está escrita, un juez puede decidir que, si Vincent tiene una amante y le compra un anillo de diamantes, el coste puede deducirse del dinero que está destinado a Alexis.

¿Qué? Alexis se miró el dedo desnudo. Vincent y ella irían a comprar el anillo cuando regresaran de Colorado.

—Me preguntaba cuándo ibais a daros cuenta.

—¿Cómo has podido incluir esa cláusula? —preguntó Alexis.

Cuando Dylan se encogió de hombros y no la miró a los ojos, supo que la idea había sido de Vincent. De acuerdo, el derecho de familia no era su fuerte. Pero pensar que lo sabía todo, sí.

Alexis escuchó a Dylan y a Margaret intercambiar opiniones. Él hablaba con tanta naturalidad, que ella deseó que no le hubiera pedido disculpas, de forma que pudiera seguir odiándolo. Pero no podía. Debería haberle dado una bofetada. Y desde luego, no debería haberlo besado.

Él la miró como para incluirla en la conversación, pero Alexis no estaba prestando atención. Una mirada de Dylan bastaba para que sintiera un nudo en el estómago.

Un beso de Vincent, para que viera fantasmas en el baño.

No era una buena señal.

Margaret sonrió y dijo:

—Si eso es todo, imprimiré nuevas copias y así podremos firmar mañana cuando Vincent regrese.

—Gracias —dijo Dylan—. El hotel no está preparado para eso.

—El mío tiene una oficina que puedo utilizar sin problema —se puso en pie. Alexis y Dylan también

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí. Y siento que nos haya llevado más tiempo de lo esperado —dijo Alexis.

Margaret les estrechó la mano.

—Ha sido un placer. Hasta luego, chicos.

Alexis y Dylan se miraron cuando Margaret se marchó.

—Se ha ido de forma muy desenfadada, para ser Margaret.

—Ha conocido a un hombre —dijo Alexis.

—¿A quién?

—No lo sé. Pero sólo un hombre puede poner esa energía en el caminar de una mujer.

Dylan la miró.

—Alexis, ¿dónde está tu energía?

—En Wyoming.

Ambos permanecieron en la puerta mirando hacia el recibidor. Alexis no sabía qué hacer, así que se dirigió hacia el saloncito histórico.

Dylan la siguió.

—Va a regresar, ¿no es así?

Ella deseaba que Dylan se marchara. Una cosa era el perdón y otra la atracción.

—Si no fuera a regresar, me lo habría dicho. Vincent no es de los que deja plantada a la gente.

Alexis miró la foto de las chicas de la casa y estudió con detenimiento el rostro de Sunshine.

La chica que había estado hablando con ella era idéntica.

—Si no tienes nada que hacer, ¿te gustaría dar un paseo por Maiden Falls? ¿A lo mejor podríamos ir a ver las cascadas?

«Sería magnífico salir del hotel». Alexis se volvió para mirar a Dylan, dispuesta a aceptar, cuando vio la expresión de su rostro y se detuvo.

Nostalgia pura. Ni siquiera trataba de ocultarlo. Por supuesto que no sentía haberla besado. Quería besarla de nuevo. Y lo peor era que, si lo intentaba, ella se dejaría.

Quizá la echara de menos, pero no le ofrecía ninguna alternativa concreta a su plan de vida. Nada que interesara a Alexis.

—Tengo algunas cosas que hacer antes de que llegue mi familia. Elegir los vinos, comprobar los centros de mesa, ese tipo de cosas.

—Alexis...

Ella sintió que se le aceleraba la respiración. Dylan estaba a punto de decir algo que no debía. Quizá, incluso podría ofrecerle una alternativa.

—No.

—Sólo iba a decirte adiós —Dylan le acarició la mejilla—. Si cambias de opinión, dímelo.

—¿Sobre qué?

—El paseo. Si cambias de opinión sobre ir a dar un paseo.

Se miraron durante largo rato.

—No lo haré —dijo ella al fin.

Dylan asintió y salió de la habitación.

Capítulo 7

—¡Eh! ¡Despierta!

Sunshine pestañeó y se esforzó para mantener los ojos abiertos. Rosebud estaba a su lado.

—Lo siento, me he dormido en tu sofá. Se que te gusta leer aquí.

—No importa —dijo Rosebud—. Mientras tú dormías, tu novio ha puesto pies en polvorosa.

—¿Qué?

—Se ha ido.

Sunshine se incorporó de golpe.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—¿Dónde está Alexis?

—Todavía está aquí, yendo de un lado para otro y tratando de evitar al chico atractivo.

Sunshine puso una mueca. Se sentía resacosa.

—¿Qué vas a hacer?

—Déjame pensar —cerró los ojos.

—Has aparecido delante de alguien más aparte de la pareja que te habían asignado, ¿no es así? Por eso estás tan cansada —susurró.

No era necesario que susurrara, la señorita Arlotta podría oírla de todas maneras.

—Delante de Dylan, ¿verdad? No puedo creer que te hayas arriesgado. Es un chico atractivo, pero sólo tenías que ayudar a esa pareja y podrías marcharte al Picnic Eterno.

—Está bien. Tenía que hacerlo. Él está enamorado de Alexis y me temo que ella también de él —Sunshine le contó a Rosebud todo lo de la noche anterior.

Cuando terminó, Rosebud le dijo:

—Creo que tienes razón.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Sólo que estuvieron de pie en esta habitación mirándose con ojos de cordero degollado y con el corazón acelerado. Y ahora tratan de evitarse el uno al otro.

—Eso no. Nunca funciona. ¿Dónde están?

Rosebud la agarró de la mano.

—En el salón de baile —llegaron a tiempo de ver cómo Dylan se acercaba a Alexis y a la coordinadora de bodas.

—Siente las chispas.

Sunshine suspiró.

Rosebud le dio un golpecito en el hombro.

—Si mañana hay boda, te merecerás el viaje al Gran Picnic.

Sunshine se fijó en la expresión del rostro de Dylan, y en la mirada sombría de Alexis.

El aire estaba lleno de deseo sexual.

Al parecer, Alexis tenía la idea correcta, pero al hombre equivocado. Y de Sunshine dependía que se diera cuenta.

Antes del día siguiente.

Habían trasladado el piano al salón de baile y Dylan pensaba que el salón estaría vacío.

Una vez que había decidido olvidarse de tener un futuro con Alexis, pensó que verla le resultaría más fácil, y no al contrario.

—Estaba buscando el piano —explicó.

—Lo han traído aquí para mañana —dijo, ella.

Detrás de Alexis, Tracy lo miraba con los labios fruncidos porque él no la había llamado. Se había olvidado de ella.

—Estuve en la ciudad y encontré un libro con los temas de Tin Pan Alley —se lo mostró para que no pensara que era mentira.

—Adelante —dijo ella, señalando el piano—. No nos molestas.

Pero ella sí lo molestaba.

Dylan se sentó y abrió la página del índice. Los títulos de las canciones parecían el resumen de su vida:

No sé por qué te quiero, pero te quiero. Eso era en pocas palabras. Ojala tuviera tiempo para descubrir qué era lo que quería hacer.

Siento algo por ti. Dylan se preguntaba cuánto tiempo le duraría.

Te quiero de la misma manera que antes. Quizá, era de una manera completamente nueva.

Deja que te llame cariño. Pero ya no tenía derecho a hacerlo porque lo había estropeado todo siete años antes, cuando estaba convencido de haber tomado la decisión correcta.

Olvida el pasado. Alexis le había perdonado lo de la noche anterior mucho más rápidamente de lo que él esperaba.

No puedo dejar de mirarte. Dylan observó cómo elegía entre tres centros de mesa durante largo rato. Centros de mesa, y no estratagemas legales. Y todos eran iguales.

Alexis iba a pasarse el resto de la vida haciendo cosas como ésa. ¿Es que no se daba cuenta?

Alexis miró a Dylan como si hubiera notado que él la estaba mirando. Sostuvieron las miradas un instante y, después, Dylan comenzó a tocar el piano.

Apretando los labios, Alexis se volvió hacia Tracy, señaló uno de los centros de mesa, se puso en pie y se apresuró para salir de la habitación.

¿Y la canción que Dylan comenzó a tocar?

Adiós, mi-amor.

No conseguía olvidar a Dylan. Vincent no debería haberse marchado y tampoco debería haberse quedado dormido la noche anterior.

Y sólo tendría tres horas antes de la boda para descubrir si eran sexualmente compatibles.

Tres horas no era mucho tiempo. Y dos de ellas las pasaría vistiéndose y maquillándose. Además, su hermana y su madre estarían por allí y no iba a pedirles que esperaran mientras ella tenía una aventura con el novio antes de la boda.

¿Y si no salía bien? ¿Estaría preparada para marcharse? Vincent jamás pospondría la boda, y menos por ese motivo. Su orgullo no se lo permitiría. La cancelaría en el acto y retiraría el acuerdo de la mesa.

La situación ya era bastante extraña sin que Dylan estuviera por allí recordándole de qué iba la compatibilidad sexual. Si él no estuviera allí, ella podría convencerse de que el sexo no era tan importante y de que había muchas maneras de hacer el amor. Por desgracia, esas maneras no daban hijos.

Alexis se dirigió a la bodega para elegir el vino, deseando que Vincent estuviera allí. A él se le daba bien ese tipo de cosas. Sin embargo, ella tendría que fiarse de la lista que le sugiriera el sumiller.

La puerta que daba a la bodega estaba al principio de una escalera de piedra. A medida que Alexis bajaba por los escalones el aire era cada vez más frío.

Las botellas estaban alineadas en las paredes y en un botellero que había en medio de la habitación.

Alexis encontró una mesa hecha con un viejo barril de vino, tres sillas, un sacacorchos, vasos de vino, un catálogo y un libro de visitas.

Estaba leyendo los comentarios de algunos visitantes cuando oyó que alguien bajaba por la escalera. Cuando los pasos terminaron, Alexis levantó la vista y sonrió al que suponía sería el chef, pero no, era Dylan.

—Creía que ibas a venir aquí más temprano —dijo él.

—No, antes tenía que elegir los centros de mesa —y después de todo, no podía recordar cuál había elegido. Con Dylan tocando el piano en la misma habitación no pudo evitar recordar que él la había pillado vestida con el camisón y cómo su reacción había sido muy diferente a la de Vincent. Con aquello en la cabeza, no conseguía comprender por qué, si la novia anterior ya había elegido, a ella le tocaba elegir los centros otra vez. Además, no le importaba nada.

Cuánto más trataba de evitar a Dylan, más coincidía con él en los sitios. Con cada encuentro, era como revivir los días del pasado en los que ya se habían fijado el uno en el otro, pero todavía no se habían convertido en pareja.

—Decidí que bajaría a echar un vistazo y de paso elegiría una botella de vino para la cena —dijo Dylan mientras miraba el botellero.

Al verlo de perfil, Alexis recordó los días en que se despertaba antes que él y observaba cómo dormía a su lado.

—Adelante —dijo Alexis, justo antes de que se oyera el ruido de una puerta al cerrar—. Ése debe de ser el chef. Me dijo que bajaría si el comedor no estaba muy lleno.

—Estaba lleno cuando yo he pasado.

Permanecieron en silencio unos instantes antes de darse cuenta de que el silencio era muy intenso.

¿Por qué no se oían pasos?

—¿Hola? —gritó Alexis. No obtuvo respuesta.

Sonrió a Dylan con nerviosismo y se dirigió a la entrada.

—*No* veo a nadie —le dijo.

—Bueno, elegiré una y me quitaré de tu camino —Dylan miró a su alrededor—. Aquí hay muchos vinos.

Alexis se reunió con él.

—¿Buscas un blanco o un tinto?

—Tinto, supongo.

—Tengo una lista —le mostró la lista de sugerencias—. Son especiales, pero no de precio desorbitado.

—Parece lo que estoy buscando. ¿Por dónde empezamos?

—Tengo un localizador en esta página —ambos inclinaron la cabeza sobre el papel. Alexis pudo sentir el calor que emanaba del cuerpo de Dylan—. Vamos hacia allí.

Dylan y ella pasaron junto a unas botellas llenas de polvo.

—Estas parecen caras —dijo Dylan.

—Sí. Sigue adelante —se rió ella—. Mira —le mostró unas hojas plastificadas que colgaban del botellero—. Son comentarios de la gente que pidió estos vinos.

—«Como beber sexo líquido» —leyó Dylan—. Una selección de palabras interesante.

—Ya te digo —¿es que no podían olvidarse de ese tema?—. Aquí hay otro: «Como beber rayos de sol y tragarse las sombras».

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó Dylan.

—Quiere decir que él bebió mucho vino antes de escribirlo.

—¿Qué te hace pensar que lo escribió un hombre?

—Porque una mujer habría empleado palabras como afrutado, especiado, perfumado y buen sabor de boca.

—*No* necesariamente. Mira éste: «Este es un buen vino. No tan caro como para que me preocupe cómo voy a pagarlo para disfrutarlo, pero lo bastante caro como para no olvidarme otra vez de nuestro aniversario» —sonriendo, Dylan sacó una botella del botellero—. Ya tengo el vino que buscaba.

—A mí también me gustaría probarlo —Alexis agarró otra botella.

—Abramos la mía y así lo pruebas. No puedo beberme esto yo solo. Bueno, podría, pero después de lo de la leche con galletas, he de tener cuidado.

—Estás loco. Ven aquí.

Regresaron a la mesa y abrieron la botella.

Tras servir dos copas, Dylan dijo:

—Tenemos que hacerlo bien. Nada de resoplidos. Oler y mover, nada más.

Alexis se rió. Dylan acercó la nariz a la copa.

—Así no estás muy atractivo.

Él retiró un poco la cabeza.

—¿Así mejor?

Alexis asintió y el inhaló el aroma del líquido.

—¡Huele a vino!

—¡Estupendo! —chocaron los cinco para celebrarlo y dieron un sorbo de vino.

—Está bueno. Tiene razón. Yo no olvidaría mi aniversario después de esto.

—Es como beber una puesta de sol en el índico.

Dylan la miró impresionado.

—Y decías que las mujeres no eran poéticas.

—Nunca había bebido un vino como éste. Es suave, rico... maduro. Me hace feliz.

Era el vino que quería para el banquete de su boda. Iba a decirlo, pero se calló a tiempo. ¿Cómo podía elegir un vino que siempre asociaría con Dylan para el día de su boda con Vincent?

—Pondré un asterisco junto a este vino en la lista —y más tarde elegiría otro vino tinto—. Ahora, a por los blancos.

—Se acabó —Dylan tapó la botella y se puso en pie—. Nos vemos —se alejó un par de pasos antes de volverse—. Te deseo suerte, Alexis. Lo sabes, ¿verdad?

Ella se estremeció al ver la intensidad de su mirada. Asintió y él desapareció entre los botelleros. Alexis miró su copa y se bebió las últimas gotas.

De acuerdo. Había llegado el momento de resumir lo sucedido. Se había encontrado con un viejo amor que le había devuelto la llama del deseo, pero que no había alimentado el fuego.

No tenía nuevas opciones. Aparte de sus miradas y los besos robados, Dylan nunca le había dicho nada como: «Deja a Vincent y cásate conmigo». Y ni siquiera: «Hay algo que deberíamos explorar juntos».

¿Esperaba Dylan que fuera ella quien diera el primer paso? Era injusto. Había sido él quien había roto con ella. ¿Esperaba a que ella rompiera primero con Vincent? También era injusto.

Estaba confusa. Era un sentimiento nuevo, porque no recordaba haber estado confusa nunca. Siempre había sido *capaz* de *analizar* las opciones y la información disponible para tomar la decisión adecuada. Nunca había estado tan indecisa.

De acuerdo. La cosa era que Dylan pertenecía al pasado y que ella debía centrarse en el futuro que había planeado y, entretanto, elegir un vino blanco.

Se sentía más calmada cuando oyó que alguien se dirigía hacia ella. Dylan había regresado.

—¿Alexis? —dejó la botella sobre la mesa—. Nos hemos quedado encerrados.

—¿Los has encerrado en la bodega? —preguntó Rosebud—. ¿No se te ha ocurrido nada más original?

Sunshine sonrío.

—A veces, los trucos viejos, pero buenos, son los mejores.

—Estás bromeando.

Dylan se sentó y descorchó de nuevo la botella.

—Compruébalo.

Alexis se dirigió hacia la entrada.

—Y mientras empujas y golpeas la puerta, recuerda que oímos un portazo —dijo él—. Recuerda que los muros son de piedra. Y que hay una antesala. Cuando regreses, beberemos más vino.

Alexis movió el picaporte. La puerta era tan pesada que ni se movió.

—¿Hay alguien ahí? —gritó mientras golpeaba la puerta. Silencio.

Regresó junto a Dylan. Él le sirvió una copa de vino.

Alexis bebió un poco y miró a Dylan, triunfante.

—Tengo el teléfono móvil. Llamaré a la centralita del hotel —sacó el teléfono y presionó el teclado. En ese momento, el nivel de carga de la batería parpadeó y la pantalla se quedó en blanco. El teléfono estaba muerto—. ¡No puedo creerlo! Lo cargué anoche.

—No te preocupes —Dylan sacó su teléfono—. Buscaré el número en información —tecleó el teléfono y esperó—. Sí. Quería... ¿Hola? ¿Hola? —se cortó—. Odio que se corten las llamadas —marcó de nuevo y miró el teléfono. Después, lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué?

Dylan bebió un poco de vino.

—Se ha agotado la batería.

—Estupendo —dijo Alexis—. Al menos no soy la única a la que le pasan estas cosas.

—Esta mañana el teléfono estaba cargado y ha sido la primera vez que lo utilizo en todo el día. Mala suerte que los dos teléfonos hayan decidido fallar a la vez.

—Empieza a hacer frío —dijo Alexis, frotándose las manos.

—Podemos abrazarnos para darnos calor.

—Lo sabía —dijo Alexis, negando con la cabeza.

—Si no lo hubiera dicho, te habría decepcionado.

Alexis se rió y, después, para su sorpresa, comenzó a llorar.

—Alexis —Dylan acercó su silla a la de ella y la abrazó.

Era algo tan agradable, que lloró con más fuerza. ¿De dónde salían todas esas lágrimas?

—No vamos a quedarnos aquí mucho tiempo. Como mucho hasta la cena —dijo Dylan—. Tarde o temprano, alguien querrá elegir un vino y nos encontrarán. O tu familia preguntará por ti y el chef recordará que había quedado contigo aquí. Puede que pasemos un poco de hambre pero, desde luego, no nos moriremos de sed.

Alexis se rió entre lágrimas.

—Lo siento —trató de recuperar la compostura—. No lloro por eso. Creo que lloro porque siempre fuiste capaz de hacerme reír.

—Lo comprendo perfectamente. Él estaba mintiendo. Sonriendo, ella se secó las lágrimas y se separó de él.

—No es cierto.

—Bebe un poco de vino. Es bueno para todo.

—No te gustan las mujeres que lloran. No te preocupes. A mí tampoco.

—¿Estás bien? —la miró.

—Sí. Es sólo que hacía mucho tiempo que no me reía. He estado un poco... ¿abstraída? Desconectada del mundo real. Eso es. ¿Sabes lo que es trabajar y trabajar y no ver nunca la televisión, ni leer un libro o ir al cine, y que la única gente a la que ves sea gente que trabaja tanto como tú y que está igual de desconectada que tú? Entonces, el mundo se convierte en tu trabajo.

—Necesitas un abrazo —le dijo Dylan con los brazos abiertos.

—Dylan.

—De acuerdo, necesito un abrazo.

—Creía que sólo necesitabas vino.

—Eso también. Pero prefiero un abrazo.

—*Yo* necesito una silla cómoda —las de metal eran duras y frías.

—Ven —Dylan dio una palmadita sobre su regazo.

—Claro.

—*No* te preocupes. No parece que hayas engordado mucho.

—Eres incorregible. Pero tierno —consciente de que no debía de hacerlo, Alexis se sentó en su regazo.

Él la abrazó con fuerza y permitió que apoyara la cabeza sobre su hombro. Permanecieron en silencio durante varios minutos.

Dylan siempre había dado buenos abrazos. El fuerte latido de su corazón la calmó. Si movía la cabeza un poco, podía sentir el pulso de su cuello sobre sus labios, como solía hacer en el pasado.

Alexis trató de imaginarse que era Vincent quien la consolaba. No podía. No era que Vincent no fuera capaz de ofrecerle consuelo, sino que en esos momentos estaba entre los brazos de Dylan.

—Sé lo que es trabajar duro —dijo él—. Pero nunca he estado desconectado, tal y cómo tú lo describes. No lo permitiría. Porque, Alexis, por mucho que uno se entregue al trabajo, nunca será suficiente. El trabajo siempre exige más. Así que yo decido cuántas horas voy a trabajar y paro cuando ya he cumplido esas horas. Por supuesto que hay casos que requieren un esfuerzo extra, pero en esos casos, después me dedico tiempo a mí mismo para recuperarme. Si eso significa que nunca llegaré a ser el número uno en Derecho de Familia de Texas o Houston, o ni siquiera de mi bufete, me da igual.

—Haces que parezca tan fácil.

—No lo es. Al principio recibí muchos gritos. Pero, al final de año, había sido más eficiente y había cumplido más objetivos que la *mayoría*. Estás quemada, ¿Alexis? ¿Es eso?

Estaba quemada de las relaciones, no del trabajo.

—Quizá.

—Bebe un poco de vino.

—¿Intentas emborracharme?

—Relajarte. Quiero hablar de lo que pasó hace siete años.

Alexis se puso tensa.

—¿Lo ves? Bebe. Concéntrate en sentirte bien.

Alexis bebió un trago de vino.

—Tiene un *paladar* exquisito. Ojala pudiera identificarlo.

—Hace siete años...

—Dylan, no tenemos que hablar de ello.

—Yo sí.

Ella comenzó a protestar otra vez, pero se detuvo al fijarse en su mentón y tuvo que contenerse para no acariciarlo.

—Ambos tenemos la suerte de venir de famillas normales. Tus padres te pagaron la universidad y los míos me ayudaron en lo que pudieron. Pero yo vengo de una familia de granjeros de la zona central de los Estados Unidos. En las granjas, no sobra mucho dinero. Algunos de mis parientes estudiaron un par de años en la universidad, pero yo fui el primero que terminó los estudios. El primero que me gradué, y el primero que estudió Derecho. Estaban muy orgullosos de mí. Me escribieron primos segundos, tías abuelas, parientes de los que nunca había oído hablar. Me regalaban galletas...

—¡Lo recuerdo! Siempre traías paquetes con comida.

—Me daban más cosas que eso. Me enviaban dinero. Yo nunca les pedí nada, y por lo que sé, mis padres tampoco. Era la familia apoyando a la familia. Mi tía abuela Ida me mandó mil dólares. Eso debió de ser un gran esfuerzo para ella. —sonrió—. Por supuesto, lo ha recuperado con creces en forma de asistencia legal. Los domingos va a la iglesia y pasa la tarde revisando su testamento. A lo largo de la semana, recibo una carta de ella. Tengo una plantilla sólo para ella.

—Eres un encanto —Alexis sintió ganas de tocarlo y lo golpeó con el dedo en la punta de la nariz. Un gesto no demasiado sexy, lo que era su intención.

—Me gusta hacerlo. Es lo que siempre he deseado hacer por mi familia. Siempre me ha *apoyado* incondicionalmente. Yo no quería ser granjero y mi padre me dijo que decidiera lo que quería hacer y lo hiciera. Así que, después de la carrera, tenía que demostrarles que su confianza en mí no había sido en vano. Tenía un compromiso con ellos. No podía comprometerme también contigo. Sencillamente, no estaba preparado.

—¿Y por qué no me lo contaste? Porque no te dejé —Alexis contestó a su propia pregunta. Había estado tan enfadada y dolida. No aceptó sus llamadas y lo evitó durante el resto del semestre—. Pero podrías haberme contado que te sentías en deuda con tu familia. Quiero decir, estuvimos juntos casi dos años.

—Tú eras una chica de la gran ciudad.

—¿Y crees que no te habría comprendido? Vamos. No creo que lo digas en serio.

—De hecho, sí que te hablé de mi familia, pero no era tan fácil hablar contigo como ahora.

—Ya.

—Además, estabas haciendo planes para después de la graduación y me di cuenta de que los ibas cambiando. Hablabas demasiado en plural: tenemos que decidir dónde queremos vivir para poder buscar trabajo en la misma ciudad... eso me molestaba.

—Te asustaba.

—De acuerdo, me asustaba.

—Ves, otra vez, una conversación...

—¿Qué crees que tuve contigo ese día?

—¡Y yo me ofrecí a ir a cualquier sitio que quisieras!

—Lo sé. Tenías la oportunidad de trabajar para Gallagher Simmons en Austin y estabas dispuesta a perderla por mí.

—Sí. Porque te quería.

—Yo no quería que hicieras ese tipo de sacrificio. Me hacías responsable de tu felicidad futura. No se puede cargar a nadie con eso. Eras brillante. Eres brillante. Todo el mundo sabía que serías una estrella del Derecho. Y estabas dispuesta a abandonarlo todo por mí.

—A abandonarlo no —protestó ella.

—A mí me parecía que sí. Ya tenía gente que dependía de mí. No podía soportar más. Y... me parecía tan extraño pensar que eras capaz de hacer ese sacrificio por mí. No podía...

—Ahora lo comprendo —Alexis se separó un poco—. Ojala no lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

Alexis le sujetó el rostro con las manos. No había bebido tanto vino, pero hacía frío y él estaba caliente y ella se dio cuenta de que había pasado siete años juzgándolo mal.

—¿Por qué? Porque ahora que lo comprendo, sé que tú, mi primer amor, si no contamos el de los trece, el de los quince, los dos de los dieciséis, ni el de los diecisiete, ni el de los veinte... tú, mi primer amor verdadero, eres el mejor de todos. Y ahora, voy a besarte.

—¿Es una buena idea?

—¿No te parece?

—Claro que sí, pero la pregunta que te estoy haciendo es si no te odiarás por la mañana.

—¿Por la mañana? Esto sólo es un beso de reconciliación.

Alexis lo besó en los labios y tuvo la sensación de regresar a casa. Por desgracia, era perfecto.

Dylan la besó también, pero ella notó que se estaba controlando. Igual que ella. Sin embargo, tenía que admitir que le resultaba más difícil cuanto más se besaban.

—Odiaba sentirme tan mal cada vez que pensaba en ti —murmuró ella.

—Para mí tampoco era fácil saber que sentías eso hacia mí.

Sonriendo, Alexis rozó los labios contra los de él y le acarició la barbilla. Inhaló su aroma y se recolocó en su regazo.

—¡Alexis! —Dylan la miró a los ojos y la besó de forma apasionada. Un beso inapropiado. Un beso que iba encaminado a donde no debían.

Ella conocía todos los indicios, y estaba sentada sobre uno de ellos. De pronto, recordó el pequeño problema que tenía Vincent, y que se convertiría en su problema cuando se casara con él.

Dylan tenía un gran problema. Ella se movió. ¿Y si el pequeño problema de Vincent nunca se convertía en grande? ¿Podría vivir con ello? ¿O sin ello? Porque si Vincent se quedaba en Wyoming hasta horas antes de la boda, ¿cómo iba a descubrir si tenía un problema?

Y hablando de problemas... Dylan le estaba acariciando con la lengua un lugar muy sensible del paladar y Alexis sintió que perdía el control. Ningún otro hombre había descubierto ese sitio y ella no se lo había contado a nadie. Quizá tenía miedo de que en el subconsciente le recordaran a Dylan.

Interrumpió el beso y presionó los labios contra su cuello.

—¿Has hecho eso con alguien más?

—¿Cómo iba a hacerlo? —susurró él. Le acarició la mejilla y la besó de nuevo.

Ella no debería besarlo, pero la altitud debía de haber mermado su resistencia.

Dylan le sujetaba la cabeza como si tuviera miedo de tocarle otras partes del cuerpo, pero eso no significaba que no le sacara partido. Le dio masaje detrás de las orejas y en la nuca. Y su boca... Esa boca.

¿Podría vivir sin pasión si tuviera que hacerlo? ¿Vincent y ella llegarían a desarrollar una relación tan sensual?

¿Y Dylan? ¿Podría vivir sin pasión? Especialmente, ¿sin la pasión que demostraba con ella? ¿O estaba interpretando mal su nivel de interés?

Cuando ya no podía aguantar más, Alexis se separó de Dylan.

—Si tienes algo que decir, sobre todo algo relacionado con el futuro, ahora sería el momento perfecto.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Capítulo 8

No había nada como el deseo prohibido. Dylan sabía que no debía besar a Alexis ni una vez más, pero era hombre, al fin y al cabo. Un hombre que minutos antes estaba besando en la boca una mujer de la que probablemente seguía enamorado.

Una mujer quien, comprensiblemente, acababa de decirle que debía declarar sus intenciones cuando lo único que él pretendía era besarla el mayor tiempo posible.

La miró a los ojos, consciente de que lo que dijeran durante los siguientes minutos, sería de vital importancia. No podía presionarla.

Sobre todo porque él tampoco tenía nada claro. La situación con Alexis había evolucionado de manera muy rápida. Él nunca había pensado en la posibilidad de que ella regresara a su vida, así que nunca se había planteado lo que haría si el destino le diera otra oportunidad.

La clave era descubrir qué era lo que Alexis quería. No lo que decía que quería, sino lo que quería de verdad. Y si coincidía con lo que quería.

—El futuro conmigo sería muy diferente al futuro con Vincent —empezó a decir con cuidado.

—Sin duda —Alexis se movió de forma su-gerente en su regazo. Estaba jugando.

—Si esperas que te haga una oferta mientras sigues comprometida con Vincent, no va a suceder.

—¿De qué clase de oferta estamos hablando?

La conversación había empezado con una negociación. Aun así, la pregunta de Alexis merecía una respuesta. Dylan la agarró de la mano y le acarició los nudillos.

—Quieres garantías. Garantías económicas. Yo no voy a ofrecerte tal cosa.

Ella se rió.

—No esperaría el mismo acuerdo prematrimonial de ti que de Vincent.

Pero sí esperaba un acuerdo. Eso era. Ella nunca se comprometería de lleno en una relación sabiendo que existía un acuerdo prematrimonial. Dylan la miró a los ojos.

—De mí no puedes esperar un acuerdo prematrimonial.

Ella se rió, pero al ver que él ni siquiera sonreía, retiró las manos.

—Lo dices en serio.

Él asintió.

—Económicamente, estamos más o menos a la par. Si estuviera aconsejando a una pareja en las mismas circunstancias, les recomendaría que hicieran separación de bienes y que abrieran una cuenta conjunta para los gastos. Ambos invierten, ambos arriesgan.

—Hasta que la mujer tenga hijos y no pueda mantener los mismos ingresos. Entonces, tendrá que reducir sus bienes personales para mantener el mismo nivel de aportación. Y cuando regresara al trabajo, no ganará tanto porque habrá perdido práctica y experiencia durante el tiempo que se dedicó a cuidar a los hijos. Entretanto, su pareja habrá recibido un aumento salarial y quizá un ascenso. Ya no estarán en la misma situación. Y supongamos que el compañero se aburra y decida divorciarse, la mujer habrá sufrido pérdidas económicas mientras el marido no. Un acuerdo prematrimonial solucionaría todas esas cosas.

—El hombre, teniendo en cuenta la división tradicional de los deberes familiares, no esperará que la mujer contribuya económicamente si no tiene empleo. Ninguno de los dos podrá incrementar sus bienes personales porque él tendrá que compensar la falta de ingresos de la mujer.

—Pero la capacidad para ganar más dinero se verá reforzada por el hecho de que él no ha tenido una interrupción en su historia laboral.

—Yo creo que el matrimonio debe basarse en la fe.

—¡Ja! —ella lo miró asombrada—. ¡Ja! — repitió—. Eso porque eres hombre. No tienes mucho que arriesgar.

—Puedo reconocer algunas de las razones económicas.

—¿Algunas?

—Muchas. Tradicionalmente, en caso de divorcio, la custodia de los niños se les da a las mujeres. El hombre sufre por tener que separarse de los hijos.

—Los ve los fines de semana para divertirse. La madre tiene que educarlos, asegurarse de que hacen los deberes y llegan al colegio a tiempo. Ella no es divertida. El padre sí, y juega con ellos, y normalmente tiene más dinero para gastarse en ese tipo de cosas. Es muy raro que un niño se dé cuenta de eso. Y no hablemos de los gastos que conlleva cuidar un niño.

—Mejor no, porque el padre tendría que pasar una pensión.

—Que nunca es bastante.

Dylan respiró hondo.

—No hay garantías, Alexis. Estamos discutiendo de algo que sólo ocurre en el peor de los casos.

—¿No es eso a lo que te dedicas para ganarte la vida? Trazar planes legales para los peores casos.

—Normalmente, son segundos matrimonios donde uno o dos de los padres tienen hijos y quieren proteger su herencia. O la novia y el novio tienen perfiles económicos muy diferentes. También, cada vez tengo más casos de parejas, socios de un negocio que quieren evitar problemas en caso de divorcio. En ausencia de esas consideraciones, a veces uno tiene que correr un riesgo.

—Yo sólo quiero asegurarme de que el hombre corra el mismo riesgo.

Alexis no iba a ceder ni una pizca. Ni él tampoco. Ella estaba tan preocupada por protegerse, que se perdía por completo el sentido del matrimonio, dos personas formando una unidad, una vida compartida.

Dylan empezaba a comprender el matrimonio con Vincent. Ella no lo amaba, no iba a implicarse emocionalmente en la relación. Y con las preocupaciones económicas solucionadas, tampoco tendría que implicarse en ese aspecto.

No, lo único que estaba vendiendo era su alma. Y ni siquiera lo sabía.

—Mi esposa y yo no tendremos acuerdo prematrimonial —dijo Dylan.

—Mi esposo y yo, sí. —Contestó Alexis.

Estaba claro. No había lugar para el compromiso. Para disfrutar de un futuro en común, uno de ellos tendría que ceder. La única esperanza era que uno de ellos cambiara de opinión.

Alexis lo miró a los ojos y se puso en pie.

—Bueno, me alegro de que hayamos mantenido esta conversación. Ha aclarado muchas cosas. Y he de decir que me sorprende tu postura respecto a los acuerdos prematrimoniales.

—En algunas circunstancias son necesarios, pero no en el caso de la pareja de la que hemos hablado —esbozó una sonrisa—. Además, yo creo en la magia del amor.

—Por favor.

—No sé cómo llamarlo de otra manera. Lo único que sé es que hay parejas que han venido a discutir el acuerdo prematrimonial con el brillo del amor en la mirada y que, cuando se han ido, les faltaba algo. La magia había terminado.

—Se llama test de la realidad. Tienen la misma mirada cuando contratan un seguro o redactan sus testamentos.

—Eres tan dura. Tan cínica —dijo él.

—Tan realista.

«Estás tan equivocada», pensó él.

Se preguntaba qué era lo que ella sentía. Probablemente nada. Él, sin embargo... sería mejor que pensara en ello más tarde.

Alexis se sentó en la otra silla. Para disimular la tensión del momento, Dylan comenzó a hojear el libro de visitas. Las primeras páginas contaban la historia del hotel y de la bodega, centrándose sobre todo en la época de la Ley Seca. Comenzó a leer sobre el grosor de los muros y sobre la gente importante que frecuentaba el lugar.

—Y nunca pillaron a nadie —leyó en voz alta—, gracias a la puerta secreta.

—¿Qué?

—*No* pillaron a nadie porque escapaban a través de la puerta secreta que había en la bodega.

—¿Crees que esa puerta todavía existirá? —preguntó ella.

—Vamos a buscarla.

Dylan se alegraba de haber encontrado algo para cambiar de tema. Recorrieron las paredes de la bodega con la mano. Nada.

—Supongo que la habrán condenado con tablones —Alexis golpeó el suelo con los pies.

Dylan también empezaba a tener frío.

—Entonces veríamos las tablas —pasó los dedos por la pared. Ni una grieta. Nada.

La pared del fondo tenía tres grandes barriles de vino y la parte superior estaba tapiada con ladrillo rojo. Dylan la miró, buscando algún cambió en el color de los ladrillos que indicara que fueran más recientes. Nada.

—Era secreta, eso significa que es difícil de encontrar, pero no tanto como para que la gente no pudiera marcharse en caso de apuro —Alexis se acercó a ver el libro.

—A lo mejor la han cubierto.

—Me da la sensación de que aquí abajo no han cambiado mucho las cosas. Mira, había una bodega donde hacían vino en el pueblo. Eso explica de dónde han salido esos barriles de roble. Oh cielos, mira cómo los limpiaban —le mostró el libro.

—¿Los fregaban desde dentro?

—Supongo que tenían que limpiarlos de alguna manera.

Dylan se volvió y miró los tres barriles. Se acercó a ellos y vio que tenían una pequeña portezuela.

—Como engordaran un poco se quedaban sin trabajo, a menos que convencieran al jefe de que hiciera una puerta más grande.

—Dylan...

«Una puerta más grande», pensó él.

—Estoy contigo —esperó a que Alexis se acercara—. ¿Cuál crees que es el que oculta la puerta?

—Diría que el del medio. Si fuera el de la derecha o el de la izquierda, sería muy difícil recordarlo, sobre todo para alguien que estuviera un poco alegre.

—Me vale.

Se acercaron al barril del medio y trataron de abrirlo.

—Intenta hacia el otro lado.

—Eso haría que se abriera al revés.

—Y fuera más difícil de descubrir.

—*No* puedo creerlo. Derecha o izquierda es difícil de recordar, pero una puerta que abre al revés, ¿no lo es?

Entre los dos, consiguieron abrir la puerta lo bastante como para poder meterse dentro del barril.

—¿Ves algo? —preguntó Alexis.

Dylan sacó el llavero y apretó la luz de la alarma del coche. El barril no tenía fondo y en su lugar había una puerta sobre una pared.

—Esto es emocionante —dijo Alexis—. Una aventura.

—Me alegro de que lo estés pasando bien. ¿Te has dado cuenta del frío que hace aquí dentro?

—Sí, pero no he dicho nada para que no pensaras que soy una quejica.

—No. Ha bajado la temperatura. ¿Se suponía que venía un frente? ¿Has mirado la previsión del tiempo para mañana?

—Frío y soleado.

Dylan agarró el picaporte de la puerta.

—Esto está helado. De acuerdo, listo para tirar.

Alexis y él tiraron de la anilla de metal y la puerta cedió con más facilidad de la esperada.

De pronto, algo cayó hacia dentro.

—¿Es polvo? —preguntó Alexis. Dylan iluminó con la llave y vio una montaña de algo blanco. Nieve.

—No puede ser nieve —dijo Alexis.

—Es blanco. Está frío. Está mojado. ¿Qué más puede ser?

—No lo sé. Quizá estemos en un frigorífico que haya que descongelar. No puede haber tanta nieve. Estamos en mayo. Mi boda.

Dylan trepó y comenzó a excavar. Las manos se le quedaron heladas. Se oyó un ruido fuerte, como un silbido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Alexis.

—No lo sé.

—¿Ves luz?

—Está oscuro.

—¿Cómo la noche?

Dylan se quedó un momento en silencio. De pronto, tuvo un recuerdo de su infancia.

—Es una tormenta de nieve.

Alexis se había criado en Texas y no había visto mucha nieve.

—Nieva tan fuerte que está oscuro.

—Bromeas.

Dylan bajó del montículo de nieve y regresó hacia ella.

—Di algo para que sepa dónde estás.

—¿Dylan?

Sonriendo, colocó las manos sobre el cuello de Alexis.

Ella gritó.

—Sí. Están heladas. Demasiado frías para bromear. Voy a iluminarte con esta lucecita y tú vas a subir por el montículo de nieve y salir por lo alto de la puerta. Y vas a darte prisa.

Dylan tenía los dedos tan fríos que le costaba apretar el botón. Alexis ya estaba subiendo por el montículo, riéndose. Él se alegraba de que estuviera pasándolo bien.

Salieron al exterior y se encontraron con un viento helado que les incrustaba la nieve en la cara.

—¿Dónde estamos? —gritó Alexis.

—Quién sabe. En algún lugar escondido de la puerta principal —le dio un empujoncito hacia delante—. Sigue hacia allí y no dejes de tocar la pared para no alejarnos del hotel.

—¿Es éste el camino de vuelta?

—No lo sé, pero si seguimos hablando aquí, nos congelaremos.

Alexis continuó andando junto a la pared.

—He encontrado una ventana —gritó.

Dylan pensó en romperla, pero no tenía nada más que los zapatos para golpear el cristal y no quería congelarse los pies.

Al parecer, Alexis no tenía miedo de congelarse porque se había quitado un zapato y estaba golpeando un cristal.

El ruido llamó la atención de alguien que estaba en el interior y que les hizo gestos para que avanzaran un poco más. La puerta estaba muy cerca, pero nevaba tanto que no habrían sido capaces de verla.

Entraron y se percataron de que estaban en la cocina.

—¡Pasen, pasen! —dijo uno de los empleados. Después gritó para que alguien llevara
unas mantas.

Dylan y Alexis se colocaron cerca de los hornos y, cuando llevaron las mantas, se envolvieron en ellas.

Entretanto, el chef se acercó a Alexis.

—No he podido encontrarla.

—Estaba encerrada en la bodega.

El hombre palideció.

—¿Y cómo han salido?

—Leímos que había una puerta secreta que se utilizaba durante la Ley Seca y la buscamos hasta que la encontramos —le dijo—. Da al exterior, pero nevaba mucho.

—Esta tormenta es algo increíble. Estoy preparando un buen caldo de pollo para esta noche. ¿Les apetece tomar un poco ahora?

Alexis y Dylan asintieron y se sentaron junto a una mesa. El chef les llevó dos tazones de caldo.

—Sé que a veces nieva en mayo —comentó alguien—, pero no sabía que así. Espero que no haya nadie más atrapado ahí fuera.

—Y en las noticias no han hecho ninguna mención especial de la tormenta, así que debe de estar muy localizada —dijo otro de los ayudantes de cocina.

—Esta noche no sale nadie —dijo el chef.

—¿Y mañana? —preguntó Alexis—. ¡Vincent! ¡Y mi boda!

—El hotel tiene quitanieves y, si no, puede trasladar la ceremonia al salón de baile.

—Oh, a Tracy le encantará —murmuró Alexis.

A Dylan le parecía más preocupante que el novio no estuviera que el que tuvieran que cambiar el lugar de la celebración, pero ¿quién era él para decir nada?

Se tomaron el caldo mientras el personal de cocina trabajaba a su alrededor.

—Me encuentro mucho mejor. Gracias —Alexis llevó el cuenco al fregadero y se dispuso para salir.

—Gracias —dijo Dylan antes de salir—. No terminaste de elegir el vino —le dijo a Alexis—. ¿Quieres cambiarte de ropa y que nos encontremos allí abajo? —dijo con una sonrisa.

Alexis sabía que estaba bromeando.

—Muy gracioso. Voy a darme un baño caliente —llamó al ascensor.

—Yo voy a tomarme un coñac o un whisky, algo que me caliente la garganta y después iré a darme un baño.

—Gracias por sacarme de allí —dijo ella.

—Tuviste mucho que ver. ¿Estarás bien?

—Claro. No es que nos hayamos quedado atrapados en una montaña, ni nada de eso.

Llegó el ascensor y Dylan supo que había llegado el momento de despedirse.

—Hasta mañana.

Ella asintió y él la observó hasta que se cerraron las puertas del ascensor. Se dirigió al bar y pidió una copa doble.

—¿Un doble de qué? —le preguntó el camarero.

—He estado fuera en la tormenta y mañana voy a ser el padrino, que no el novio, de la boda de una mujer que podría ser el amor de mi vida. Déme una copa doble de lo que crea que necesito.

El camarero lo miró y le sirvió un líquido de color ámbar.

—Invita la casa.

—Gracias —dijo Dylan, levantando la copa. Dio un trago y sintió cómo se le calentaba el estómago. Pero lo que él necesitaba era que le calentaran el corazón. Tenía la sensación de que necesitaría mucho tiempo para recuperarse de ese fin de semana.

La cosa era que no podía comprometerse en lo del acuerdo prematrimonial porque consideraba que era una falta de confianza por parte de Alexis y de disposición para entregarse por completo al matrimonio. Ella quería guardarse algo en la reserva. Una vía de escape.

Para Dylan, una persona se comprometía o no. Cualquier otra cosa significaba condenar el matrimonio al fracaso.

No comprendía por qué ella tenía esa actitud. Sus padres seguían casados, así que suponía que alguien le había hecho daño. Quizá varias personas.

Miró la copa pensando que posiblemente él era una de esas personas. Qué ironía. Años atrás ella estaba dispuesta a comprometerse demasiado, y después, no quería comprometerse lo suficiente. Se estaba protegiendo a sí misma. Eso era lo que ocurría.

Dylan no la había convencido de que podía confiar en él. Ése era el problema. ¿Y le había dicho que la amaba? No, porque él tampoco lo sabía. Debería ir a decírselo en ese mismo instante.

—Camarero, me pone otra de esas para llevar —apuntó su número de habitación en un papel y, con cierta urgencia, agarró las dos copas y se dirigió a la habitación de Alexis.

—¿Por qué gritas tanto? Sabes que no pueden oírte.

—Hola, Condesa —Sunshine saludó desde el taburete del bar—. Confiaba en que notara algo. Creo que al final lo ha hecho. Se dirige arriba y lleva dos copas.

—A lo mejor quiere emborracharse.

—No, creo que va a ver a Alexis.

—¿Así que se acabaron los gritos? Bien. Has interrumpido nuestra partida de póquer . —La Condesa regresó al salón.

Al momento, *apareció* Rosebud.

—Quizá te hayas pasado con lo de la nieve. Casi haces que se congelen.

—No quería que el otro hombre regresara.

—No te preocupes. Nadie viene ni va.

—Bien —sonrió Sunshine—. Y ahora, Rosebud, ven a ver lo que puedo hacer con la espuma.

—¿Mamá? —Al oír la voz de su madre, Alexis agarró el teléfono móvil con fuerza—. ¿En qué habitación estás?

—Estamos en Denver. Estáis aislados por la nieve.

—¿Quieres decir que no estás aquí?

—Así es, estamos en Denver.

—Pero... Pero...

—Cariño, esta gente sabe ocuparse de la nieve. Mañana habrán limpiado las carreteras y podremos llegar a tiempo para la boda.

—Ya. Estupendo.

—Cariño, me encantaría estar allí contigo, pero estarás bien. Date un baño caliente y acuéstate temprano y mañana llegará antes de que te des cuenta.

Eso era lo que se temía.

—De acuerdo. Buenas noches, Mamá. Conduce con cuidado.

Alexis no podía contarle a su madre lo que había sucedido. Y no se refería al hecho de haberse quedado encerrada en la bodega, sino a la pequeña conversación que había mantenido con Dylan.

¿Para qué se lo iba a contar? No había pasado nada. Todo seguía igual.

Alexis llenó la bañera de agua caliente y espuma. Encendió las velas que pensaba haber utilizado con Vincent y se metió en el agua. Enseguida se sintió mejor. La bañera era grande y tenía una forma que le permitía apoyar la cabeza hacia atrás.

Poco a poco, notó que la tensión se iba disipando. Pero seguía enfadada. Dylan, el rey de los acuerdos prematrimoniales, no pensaba hacer uno para sí mismo.

Además, pretendía que rompiera con Vincent ese fin de semana, antes de haber hablado de cómo era el futuro que compartiría con ella.

Quizá, si le diera una pista... No. Si de verdad se sentía tentada por cualquier cosa que Dylan pudiera ofrecerle, debería romper con Vincent en ese mismo instante.

Excepto que ella nunca había fingido amar a Vincent. Así que, básicamente, se sentía tentada por cosas diferentes.

No. Vincent era su futuro. Dylan el pasado.

La puerta del baño se abrió despacio, permitiendo que se escapara el calor de la habitación. Estupendo. No debía de haber cerrado bien. No quería salir de la bañera, así que se echó hacia delante y estiró la pierna hacia la puerta. Con un poco de esfuerzo, conseguiría cerrarla.

—¿Alexis?

Era como si su pasado la estuviera llamando.

—¿Alexis? —Dylan parecía alarmado. ¿Cómo había entrado en su habitación?

—¿Alexis? ¿Estás bien?

—¡Dylan! No entres...

Pero él ya estaba en la puerta del baño. Ella se apresuró a meter la pierna en la bañera.

—Me estoy dando un baño —le dijo al ver que no se marchaba. Dylan entró y dijo:

—Me has asustado. Pasé por aquí y vi que la puerta estaba abierta —suspiró y le dio una de las copas de brandy que llevaba—. Te he traído algo para calentarte —bebió un poco de su copa—. No puedo creer que estés en la bañera con la puerta abierta de par en par.

—¡Acaba de abrirse!

—*Me refería* a la puerta de la habitación. Cuando llegué, estaba abierta. Deberías tener más cuidado. Podría entrar cualquiera.

Alexis se hundió en la espuma.

—Así ha sido.

Lo miró y se fijó en que él la miraba con los ojos bien abiertos, como si acabara de darse cuenta de que ella estaba en la bañera y que entre ellos no había más que un montón de espuma.

Capítulo 9

Y hablando de espuma... Alexis sintió una corriente de aire y siguió la mirada de Dylan, justo a tiempo de ver cómo la capa de espuma disminuía rápidamente.

Debido a su localización, Alexis quería que esa capa permaneciera especialmente gruesa. Retiró un poco de la zona de sus hombros y la echó hacia el centro de la bañera. Pero, maldita sea, otra capa de espuma se desplazó hacia abajo. Miró a Dylan pero, aunque respiraba de manera acelerada, no parecía que su aliento pudiera mover la espuma de un lado a otro.

—Me estoy quedando helada —dijo ella.

—Lo siento —él cerró la puerta.

—Hmm...

—Bébete el brandy. O el coñac. O lo que sea.

—¿No sabes lo que es?

—Está bueno.

Ella dio un sorbo.

—Está muy fuerte.

—Te calentará, te relajará y te olvidarás del frío que hemos pasado en la bodega.

Desde luego, tenía que haber una corriente de aire en el baño porque no conseguía que la espuma permaneciera quieta. Se movió hacia abajo.

—Te agradezco lo de la copa —dijo ella, haciendo gestos para que se marchara—. Ha sido un detalle, ya que sé que estás deseando meterte en tu bañera.

Dylan no captó la indirecta. Alexis movió la mano bajo el agua para asegurarse de que la espuma no desapareciera de donde más la necesitaba.

—En mi habitación no tengo una bañera con patas, como ésta.

—Entonces, estarás en la parte nueva del hotel.

Dylan asintió y bebió un trago. Ella hizo lo mismo. Dylan tenía razón, cuánto más bebía, mejor se encontraba.

De pronto, se percató de que estaba mucho más arriba en la bañera que antes. Se echó hacia abajo y se dio cuenta de que la espuma era mucho menos opaca que antes.

—Dylan, creo que es mejor que...

—¿Me meta contigo? Pensé que no ibas a pedírmelo nunca —dejó la copa en el suelo y se quitó los zapatos.

—¡No te lo he pedido! Con una extraña sonrisa, él comenzó a vaciar sus bolsillos.

—Dylan, no puedes...

—Dilo con más convicción, Alexis.

Ella respiró hondo y se asombró cuando vio que Dylan se quitaba el cinturón y los calcetines y se metía completamente vestido en el agua.

—¿Qué haces?

—Calentarme. Relajarme. ¿Tener suerte?

—En tu vida no.

—Échate hacia delante.

Ella obedeció y se cubrió los senos.

—Dylan, sal de la bañera.

—¿De veras quieres que salga de la bañera o estás protestando porque crees que es lo correcto?

—Malvado.

Riéndose, se sentó detrás de ella.

—Dylan, el agua está rebosando por los lados.

—*Lo* limpiaré después. Relájate —la abrazó de forma que apoyara la espalda sobre su pecho.

¿Que se relajara? Estaba bromeando ¿verdad? Se sentía tan bien. Era algo tan íntimo. Tan extraño.

—¿Dylan?

—¿Hmm? —él apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—¿Por qué te has metido con ropa?

—Porque sería inapropiado que me metiera desnudo contigo en la bañera cuando estás comprometida con otro hombre.

—¡Inapropiado! ¡Yo estoy desnuda!

—Ya me he dado cuenta. Pero intento no juzgar a la gente por mis propios principios morales.

Alexis intentó darle un codazo en el vientre, pero él se dio cuenta a tiempo y, riéndose, la agarró con más fuerza.

Ella se dio por vencida y se apoyó en él.

Dylan la besó en el cuello, con tanta ternura, que ella no fue capaz de protestar. Su cuerpo reaccionó enseguida. Había echado mucho de menos sus caricias.

Él la besó de nuevo y, bajo el agua, sus pechos se endurecieron.

—Dylan —suspiró ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Recordarte lo nuestro.

—Lo nuestro sucedió hace mucho tiempo.

Dylan permaneció un momento en silencio mientras le acariciaba los brazos.

—Creo que sigue presente, que sólo ha estado latente.

—No —dijo ella—. Estoy segura de que lo nuestro sufrió un golpe fatal aquel día.

—No. Estaba en estado de coma. Y ahora ha despertado.

—Si es así como quieres verlo, perfecto. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. Ni siquiera sé si tú has cambiado o no. ¿No te das cuenta, Dylan?

Él le alcanzó la copa.

—Cierra los ojos y te diré lo que veo. Veo a la misma Alexis de la que me enamoré. Ha tenido experiencias que yo no he compartido, pero la mujer que siempre quita los trozos de cebolla roja de la ensalada sigue siendo la misma.

—No puedo creer que recuerdes eso.

—¿Todavía los quitas?

—Sí —Alexis sonrió y bebió un trago. Dylan continuó hablando y Alexis escuchó con atención, sintiendo la vibración de su torso.

—Me enamoré de una mujer joven a quien le gustaba que la abrazaran, que me hacía sonreír, y pensar. Que hacía que fuera mejor persona porque

yo quería ser digno de ella. Amaba a una mujer joven y brillante, capaz de defender cualquier postura, cierta o equivocada. Una mujer capaz de mantener al margen sus sentimientos y pensar de manera lógica. Sigues siendo esa mujer, ¿no es así, Alexis?

—Básicamente.

—Suelo aconsejar a mis clientes que piensen con la cabeza en lugar de con el corazón.

Pero, sabes, después de todo, a veces pensar con el corazón es lo mejor.

—Mi corazón se ha roto tantas veces, que ya no puede pensar.

—Y cuando pensaba, ¿qué pensaba de mí?

—¿Antes o después de la ruptura?

—Antes.

—Pensaba que eras un idealista. Quería parte de ese idealismo, porque... porque quizá yo era demasiado cínica.

—Crédulo. Yo era demasiado crédulo.

—Pero siempre podías analizar los conflictos.

—Pero no tenía valor para continuar adelante. Tú sí.

—Éramos un buen equipo.

—Podemos volver a ser un buen equipo.

Dylan había sido muy listo. Se había colocado detrás de ella para que no pudiera verle los ojos. Además, ella estaba obligada a escuchar sus palabras. Y todavía no le había ofrecido nada concreto.

—¿Estás sugiriendo que formemos un equipo otra vez?

Hubo un silencio.

—*No* hay sugerencias hasta que no seas libre.

Alexis no estaba interesada en disfrutar unas semanas de diversión. Y menos cuando ya había planificado su vida. Tenía que saber si él iba a ofrecerle algo más.

—No voy a rechazar una cosa buena hasta que no sepa lo que hay detrás de la puerta número dos.

—¿Estarías rechazando una cosa buena?

—Ya conoces el acuerdo prematrimonial.

Dylan se movió y colocó las manos en un lugar menos neutral.

—A eso me refería.

—¿Qué quieres decir?

Dylan no contestó. Sus manos lo decían todo mientras le acariciaba el cuerpo.

—¿Qué haces?

—Mostrarte lo que hay tras la puerta número dos.

Le acarició los muslos y las caderas. Alexis ya tenía bastante información acerca de la puerta número dos. Sólo serían juegos y diversión. De primera calidad, pero tendría que dejarlos pasar. Se echó hacia delante. Estaba preparándose para salir de la bañera cuando Dylan la besó en la nuca.

Él recordaba que podía debilitarla si la besaba en la nuca.

Era injusto.

Ella suspiró y Dylan le acarició el cuello con la lengua hasta que gimió de deseo. Era tan fácil. Si Vincent hubiera hecho algún esfuerzo no habría tenido ningún pro... «Vincent», pensó y apretó los dientes.

—Nunca aprecié lo receptiva que eres.

—Y yo nunca aprecié que me dieras la oportunidad de serlo.

—Un placer —le mordisqueó el cuello.

Hacía mucho tiempo que Alexis no encontraba un hombre que mordisqueara bien. Arqueó el cuello para permitir que Dylan continuara.

Dylan le besó el lóbulo de la oreja y se lo mordisqueó con los labios. Después, hizo lo mismo en el otro lado y Alexis lo agarró de las manos y las llevó hacia sus senos.

—Uh-uh —él reposó las manos sobre sus hombros y ella preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada de caricias obscenas.

—¿Estás loco?

—Estoy volviéndome loco.

—No lo comprendo.

—Quieres ver lo que hay detrás de la puerta número dos. Pero no quieres traspasar la puerta número dos.

—¿Por qué no? Creo que la puerta número dos es estupenda.

—Excelente. Pero tienes que abandonar la llave de la puerta número uno.

—¿Intentas seducirme para alejarme de Vincent?

—Prefiero verlo como un intento de refrescarte la memoria.

—En ese caso, necesito que me la refresques más.

Alexis trató de darse la vuelta en la bañera para besarlo, pero él no se lo permitió.

—¡Dylan!

—Todavía llevo puesta la ropa y lo único que he hecho ha sido besarte en el cuello. Tengo la conciencia limpia. ¿Y tú?

Era tan petulante. Sexy pero petulante. Hacía que ella decidiera no ceder.

Pero y si él cedía...

—Si mi conciencia va a sentirse culpable, necesita mucho más para poder hacerlo —apretó las nalgas contra el cuerpo de Dylan y percibió su erección. La acarició con la mano, y se alegró de saber que no estaba sola en todo aquello.

—Sí, estoy excitado. No debería sorprenderte. Y tampoco cambia nada.

Sin embargo, ella notó que sus caricias ya no eran tan tiernas como antes, sino que había cierta urgencia en ellas que no había minutos antes.

Alexis gimió con suavidad e intentó moverle las manos otra vez. Pero él le agarraba los hombros con fuerza.

Al cabo de un momento, él le acarició los brazos y ella sonrió triunfante.

Pero Dylan metió las manos en el agua y movió la espuma hacia el cuerpo de Alexis. Quedaba la espuma suficiente para llenar las manos de Dylan. Sin dejar de sonreír, Alexis cerró los ojos. Sintió cómo la espuma le acariciaba los pechos. Después, nada más.

Abrió los ojos y vio que Dylan estaba utilizando la espuma para evitar tocarla.

Ella le sujetó las manos y la espuma desapareció. Se le escapó un gemido de frustración.

—Sé buena y la espuma regresará.

—Quiero algo más que espuma.

Dylan la besó en el cuello, al parecer el único sitio donde consideraba que podía besarla.

—Yo no voy a tocarte, pero eso no significa que tú no puedas acariciarte.

Era una buena idea. A los hombres les encantaba ver cómo las mujeres se acarician a sí mismas. Se volvían salvajes cuando las mujeres se acarician.

Dylan iba a arrepentirse de haberle dado la idea.

—Oh, gracias —dijo ella.

Echó la cabeza hacia atrás de forma que Dylan pudiera ver bien y comenzó a acariciarse los senos, asegurándose de que quedaban fuera del agua y de que él viera lo cerca que estaban de su boca.

Dylan empezó a respirar de forma acelerada, y ella también, al imaginar el deseo que había en su mirada.

—Más. Quieres más —dijo él mientras le acariciaba el cuello con la lengua.

Alexis se tocó los pezones con los dedos pulgares hasta que se le pusieron erectos.

Dylan tendría que estar a punto de ceder.

Ella gimió y estiró los brazos por encima de la cabeza, después, trató de darse la vuelta pero Dylan la atrapó con las piernas.

Alexis bajó los brazos, se acarició los senos y jadeó. Después metió las manos bajo el agua y las llevó hasta la entrepierna de Dylan, pero él se las retiró.

—¿Te ha parecido demasiado atrevido?

Aquel hombre debía de estar hecho de acero.

Alexis decidió hacer algo más.

Echó la cabeza hacia atrás para que Dylan pudiera ver dónde colocaba las manos. Separó las piernas y comenzó a acariciarse el pubis hasta llegar al punto más íntimo de su cuerpo.

Dylan estaba detrás, respirando de forma entrecortada.

Alexis continuó acariciándose y se estremeció de forma convincente, imaginándose cuál sería la reacción de Dylan. Lo que sucedió a continuación no era tan fingido.

Se olvidó de que estaba jugando a ver quién aguantaba más y se vio atrapada por su propio placer.

—Sí —susurró él, y la besó en el cuello.

—Me has besado ese punto varias veces. Si no tienes cuidado me dejarás una marca. Dylan, hay muchos otros sitios donde puedes besarme. Chuparme. Tocarme.

—¿Quieres que te enseñe lo que me gustaría hacer?

—Sí, por favor.

Dylan le acarició los brazos y ella se estremeció.

El agua se había enfriado, pero ella se sentía caliente.

Dylan le agarró la muñeca izquierda y le llevó la mano a los pechos. Al mismo tiempo, colocó los dedos sobre la otra mano y la movió rítmicamente.

—Esto es lo que yo haría —susurró. Él todavía no estaba tocándola, pero Alexis se olvidó de protestar.

—Empezaría a moverme despacio y escucharía tu respiración, esperando a que se agitara.

Alexis se mordió el labio para intentar no respirar más deprisa, pero no lo consiguió.

—Después, le prestaría más atención a tus senos —le movió la mano derecha.

—¡No! —protestó Alexis. No era el momento de retirar esa mano.

—Una sola mano, entonces —Dylan aumentó el ritmo del movimiento de la mano derecha.

Y entonces, Alexis se abandonó ante la erótica sensación de la mano de Dylan sobre la de ella.

El único sonido que había en el baño era el del agua al moverse y los susurros de Dylan mientras describía con detalle qué era lo que le haría a Alexis.

—Tienes la piel mojada, suave y caliente. Tú estás mojada, suave y caliente.

Alexis movió las caderas contra sus manos unidas. Se le escapó un gemido, y otro, y después otro.

No podía ser. ¿Sin que Dylan la tocara? ¿Sólo con el sonido de su voz y unos cuantos besos en el cuello?

Al parecer, sí.

Y al parecer... en esos momentos...

Se frotó contra sus manos y movió la cabeza hacia los lados.

El agua se salió de la bañera. Se golpeó la cabeza contra la barbilla de Dylan, pero no le importó.

El placer se apoderó de ella de forma inesperada.

Se derrumbó sobre Dylan y entrelazó los dedos con los de él. El agua se calmó también.

Él le susurró al oído:

—Y eso es lo que haría si te estuviera tocando.

—Es evidente que yo sola puedo hacer un buen trabajo.

—Tenías la dirección de un experto —se movió—. Ahora voy a marcharme. Me quedaría más rato pero, primero, tengo frío y, segundo, puedes imaginártelo.

Alexis se rió.

—Si te quedas un rato podemos ocuparnos de lo segundo.

—No —y lo dijo con tanta decisión, que Alexis se echó hacia delante para permitir que saliera de la bañera.

El nivel del agua descendió y Alexis sintió frío. Cruzó los brazos sobre sus pechos y se abrazó. No era lo mismo.

Dylan agarró las dos toallas y se secó lo mejor que pudo. Después, las tiró al suelo para absorber el agua.

—Eh, sólo me has dejado una toalla de manos.

—Llamaré al servicio de habitaciones y les pediré que te traigan más toallas. Abre el agua caliente y quédate ahí —ni siquiera la miró.

Alexis no sabía qué pensar. Lo observó mientras recogía sus calcetines y los zapatos sin decir palabra.

—Parece que estás huyendo del lugar del crimen —le dijo.

https://www.facebook.com/novelasgratis

—Tienes mucho en que pensar y no quiero distraerte —se dirigió hacia la puerta y se volvió—. Por cierto, te adoro.

Y tras esas palabras, se marchó.

Capítulo 10

Alexis no abrió el grifo de agua caliente. El calor sólo conseguiría confundirla más. Necesitaba una ducha de agua fría para comprender qué diablos acababa de suceder.

De acuerdo, sabía lo que había sucedido, pero no sabía por qué.

Dylan trataba de decirle algo y no sólo que era un mago del sexo.

Alexis se estremeció. Salió de la bañera, atravesó el suelo frío y se puso un albornoz. Con la toalla de manos, se secó el cabello lo mejor que pudo.

Recogió las toallas mojadas y trató de no mojar el suelo de la habitación

—¿Hola?

—Estoy aquí —Alexis no se sorprendió al ver a Sunshine con una pila de toallas—. He hecho un desastre —y no sólo se refería al agua que había en el suelo.

Sunshine se rió y le entregó una toalla.

—¿Qué tal el baño?

—Muy... relajante.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Y Dylan.

—¿Qué pasa con él?

—Estaba aquí contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay una fila de huellas que van desde su habitación hasta tu baño.

—No lo sé —admitió Alexis y ayudó a Sunshine a secar el suelo—. No sé lo que estará haciendo.

—Ah. Y yo que pensaba que sería un buen amante. Supongo que ya no sé elegirlos como antes.

—Posiblemente lo sea.

—No lo has... —Sunshine arqueó las cejas.

—Estoy comprometida con Vincent, pero... me he comportado de forma inadecuada.

—Oh, cariño, si yo recibiera un dólar por cada vez que me he comportado mal... Bueno, sí los recibía.

Alexis se rió.

—No sé que hacer. Vincent es la mejor opción...

—Pero quieres a Dylan. Y él te quiere. Y también tiene dinero. Y es más joven. Algo que sería un inconveniente si sólo quisieras *heredar*, pero Dylan es alguien que te gustaría tener cerca.

—Puede. Sacrificaría muchas cosas si me casara con Dylan. No es que me lo haya pedido.

—¿Te refieres a los papeles esos del matrimonio?

Alexis asintió.

—No veo cuál es el problema. Haz uno de esos acuerdos con Dylan. ¿No es así de fácil?

—No funcionaría.

Sunshine retiró la colcha de la cama y miró a Alexis. Ella se metió dentro, con albornoz y todo.

—¿Sabes qué? —Sunshine la arropó—. Si yo fuera tú, buscaría la manera de que funcionase.

¿Era Sunshine la única que veía lo sencillo que podía ser todo?

Sunshine se dirigió a la habitación de Dylan, donde encontró una copia del acuerdo prematrimonial, se contuvo para no tirarlo a la bañera y se lo llevó con ella.

Con todos aquellos abogados por allí, iba a ser la pequeña Sunshine, que nunca había asistido a la escuela secundaria, quien iba a mostrarles cómo funcionaba todo.

Sunshine se llevó los papeles al ático e insertó el nombre de Dylan en el lugar del de Vincent. También hizo unos cambios que harían feliz a Alexis.

Fue a mostrárselo a Alexis, pero la encontró dormida, así que dejó los papeles en la habitación de Dylan, en un lugar donde pudiera encontrarlos.

Después, miró hacia el cielo.

—Guárdame un puesto en el picnic, Belle. Estoy de camino.

A la mañana siguiente, temprano, sonó el teléfono móvil de Alexis.

—¿Diga?

—¡Eh! Es un día estupendo para casarse.

«Vincent», pensó y gruñó. Por desgracia, él la oyó.

Por fortuna, él interpretó mal el motivo de su gruñido.

—Podía ser peor. Las buenas noticias son que terminé pronto y tomé el vuelo de regreso esta misma mañana soleada. He dormido mejor que en los últimos días y estoy deseoso de ponerme manos a la obra, si entiendes la indirecta.

«Oh, cielos», Alexis comprendía demasiado bien la indirecta.

—¡Eso es estupendo! —«debería de ser estupendo. Y será estupendo», pensó.

¿Y por qué no se sentía estupendamente? ¿De veras tenía que preguntárselo?

—Pero la mala noticia es que estáis atrapados por la nieve. Ha habido una tormenta. Pero no te preocupes. Hemos contratado personal extra para que empiecen a limpiar las carreteras desde este lado y el hotel ya ha empezado a limpiar el suyo y con este día tan bonito, el camino estará limpio al mediodía.

—Eso espero. Mi madre está atrapada en Denver.

—Y una cosa más. Estoy aquí, en el hotel de Margaret. ¿Qué es eso de que no has firmado el acuerdo prematrimonial?

—Nada grave. Había un par de cláusulas que hemos modificado un poco. Margaret iba a imprimir copias nuevas para que las firmáramos.

—He hablado con Dylan esta mañana sobre esas cláusulas y está de acuerdo en negociarlas por teléfono. Pasará por tu habitación dentro de unos minutos. Margaret estará aquí conmigo. Llámanos cuando él llegue.

«¿Unos minutos?». No estaba vestida. Ni peinada. Se puso algo de ropa y metió la cabeza bajo el grifo. Estaba envolviéndose la cabeza con una toalla cuando llamaron a la puerta.

—¿Tenemos que hablar de negocios?

Alexis lo miró a los ojos y se sorprendió al verlos inexpresivos por primera vez. No tenía ni idea de cómo se sentía él. Y la noche anterior, en la bañera, tampoco había sido capaz de verle los ojos.

—Vincent quiere que lo llames para hablar de los cambios —dijo ella.

—¿Tenemos que hacer esa llamada?

Él le estaba preguntando si iba a seguir adelante con la boda.

—¿No tenemos? —preguntó ella.

—Es tu decisión.

Permanecieron en la puerta mirándose a los ojos hasta que sonó el teléfono.

—¿Ha llegado ya? —Alexis reconoció la voz de Vincent.

—Acaba de llegar —contestó ella, sin dejar de mirar a Dylan—. Hay un supletorio en el escritorio.

Mirándola, Dylan cruzó la habitación y se detuvo junto al teléfono. Cuando ella asintió, él descolgó.

—Greene al habla.

—Y ahora somos cuatro —Vincent se aclaró la garganta y fue directo al grano—. La cláusula que habéis cambiado estaba escrita de la manera exacta en que quería que se escribiera.

—Así que ¿pretendes que Alexis se responsabilice del coste de cualquier problema debido al incumplimiento de los deberes conyugales? —preguntó Margaret.

—Creo que es lo justo —Vincent soltó una carcajada—. Alexis puede confiar en que todo va a salir bien. Y sé que, si se entrega a este matrimonio con la misma energía con la que se implica en sus casos, no tendré que invocar esa cláusula.

—Es una cláusula repugnante —intervino Alexis.

—Me va a costar mucho que te conviertas en mi esposa. Necesito algunas garantías.

—Entonces, tendremos que definir cuáles son los deberes conyugales —dijo Margaret.

—Nunca he estado casado. No sabré lo que encuentro a faltar hasta que lo eche de menos —dijo Vincent.

—Hay ciertas pautas generales —dijo Margaret.

Dylan no dijo nada, pero se volvió para mirar hacia las montañas.

Vincent y Margaret continuaron discutiendo.

Alexis estuvo a punto de decirle a Margaret que lo dejara, pero se contuvo. Dos días antes, habría firmado el acuerdo. Sin embargo, después de ver a Dylan otra vez, no podía hacerlo. Se alegraba de que aquella horrible cláusula existiera en el acuerdo, porque así tenía una excusa para negarse a firmarlo.

¿Así que Dylan quería una oportunidad? ¿Un compromiso? ¿A pesar de que ella había hecho uno todos esos años atrás y la había rechazado?

De acuerdo. Haría uno. Porque era una idiota. Porque no había aprendido nada en siete años.

Alexis agarró una almohada y la lanzó contra la espalda de Dylan. Si iba a dar el gran paso, al menos quería verle la cara.

Dylan había estado mirando las montañas mientras todo su ser deseaba gritarle a Alexis que dejara a Vincent y se casara con él.

Sin duda, ella no lo había comprendido la noche anterior. Él le había dado placer aunque él se había contenido. Quería que ella se diera cuenta de que hacer el amor, igual que el matrimonio, era mucho más satisfactorio cuando ambas personas ponían todo de su parte.

Él no podía ofrecerle la garantía económica que ella quería, pero sí podía ofrecerle amor duradero.

Todo era una ironía. Durante años había estado aconsejando a sus clientes que pensaran con la cabeza y, sin embargo, él estaba tomando la decisión de su vida con el corazón. En esos momentos, su corazón deseaba a Alexis y eso lo estaba matando.

Justo en ese instante, sintió un golpe en la espalda. Probablemente, Alexis pensara que él no estaba prestando atención.

Se volvió y permitió que ella viera el dolor y la nostalgia que estaba sintiendo. ¿No se daba cuenta de qué era lo importante? ¿Es que no podía creerse que serían capaces de solucionar cualquier problema que se les planteara?

¿No se percataba de que Vincent se estaba comportando como un canalla?

Así que Dylan la miró y pensó que a partir de ese día su vida sería mucho más pobre.

Entonces, ella lo señaló con el dedo, después se señaló a ella e hizo el gesto universal de tenemos que hablar.

Él arqueó las cejas. ¿Alexis quería hablar?

Alexis señaló el teléfono y gesticuló como si fuera a cortarse el cuello.

—Alexis, cariño, no te lo tomes como algo personal —dijo Vincent—. Se trata de negocios.

—Vincent, yo me tomo el matrimonio como algo personal —le contestó ella—. Es una de mis costumbres —miró a Dylan.

—De acuerdo. Pero el acuerdo permanecerá tal y como está. O lo tomas o lo dejas.

—En ese caso —miró a Dylan fijamente—, lo dejo.

«Lo ha rechazado», pensó Dylan. Alexis se había negado a firmar el acuerdo. Eso era suficiente para él. Colgó el teléfono, pero oyó cómo gritaba Vincent al otro lado de la línea porque Alexis se separó el auricular de la oreja.

Despacio, pero con el corazón acelerado, cruzó la habitación sin dejar de mirar a Alexis.

Se colocó frente a ella, le tomó la mano y se la colocó sobre su corazón palpitante.

—Lo siento, Vincent, pero no puedo aceptar los términos del contrato. Era una buena idea, pero no puedo aceptar. Se lo diré a mi familia y tú se lo dirás a la tuya. Sé que querrás regresar a Houston, pero yo voy a quedarme aquí durante la próxima semana, tal y como estaba planeado.

Movió el auricular para que Dylan pudiera oír.

—Piénsalo bien, Alexis. Habla con Margaret. Volveremos a hablar más tarde —colgó el teléfono.

—Alexis, podemos solucionar todo esto...

—Ya lo has oído, Margaret. Y también me has oído a mí. La boda se ha cancelado —colgó el teléfono.

—Cásate conmigo —dijo Dylan.

—No juegas justo.

—¿Y qué hay de justo en el amor?

—Nada.

—Cásate conmigo.

—Tenemos que hablar.

—Cásate conmigo.

—Hay algunas cosas que me gustaría saber primero.

—Te quiero. Cásate conmigo. Eso debería ser todo.

—Y si acepto, ¿qué?

Él sonrió. Ella todavía se estaba conteniendo. Negó con la cabeza y dijo:

—Cásate conmigo.

Alexis cerró los ojos.

—Odio todo esto. Lo sabes.

—Cásate conmigo —se arrodilló frente a ella y le agarró la mano—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella abrió los ojos.

—Oh, Dylan —la expresión de sus ojos equivalía a un sí.

Pero él tenía que oírlo.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡De acuerdo! ¡Sí! No puedo creer que esté diciendo esto, pero ¡sí, me casaré contigo!

Dylan se puso en pie.

Era afortunado porque estaban cerca de la cama. Además, Alexis llevaba poca ropa y fácil de quitar. Se besaron de forma apasionada y Dylan se percató de que llevaba años conteniendo sus sentimientos.

Comenzó a desabrocharse los pantalones cuando Alexis le retiró la mano y terminó el trabajo.

Por fin, estaban los dos desnudos en la cama, con los cuerpos entrelazados.

Él la *abrazó* durante largo rato, tratando de controlarse a sí mismo. Si la poseía, un par de empujones le *bastaría, para* llegar al orgasmo.

Alexis se movía contra su cuerpo y él tuvo que separarse un poco.

—Despacio —le dijo.

—No. Todo lo demás ha sido como tú has querido. Estoy harta de esperar. Te necesite ahora. Ya. Lo básico y rápido.

—Oh, eso es fácil —se colocó encima de ella y la penetró.

Pero no se movió. Quería saborear el momento.

—¡Dylan!

Y él se perdió entre el calor de su cuerpo, olvidándose del tiempo y del espacio, pero sin olvidar su aroma, su sabor y los sonidos de pasión que pronunciaba.

Empujó con fuerza y ella lo apretó con las piernas hasta que empujó por última vez y empezó a temblar. Podría permanecer allí para siempre. Con Alexis envolviéndole el cuerpo, sin abandonar la cama.

Excepto... se apoyó sobre los codos y le sujetó el rostro con las manos. La besó con suavidad y la miró a los ojos.

—¿Quieres tener hijos? —le preguntó.

—Sabes que sí —sonrió—. Pero no sucederá ahora. Estoy tomando anticonceptivos.

—Entonces, ¿puedo empezar a hacerte otra vez el amor?

—Sí, pero esta vez yo me pongo arriba —dijo ella, y empujó para darle la vuelta.

Más tarde, Alexis miraba al techo de la habitación. No era así como había planeado pasar la mañana del día de su boda, pero no tenía ninguna queja. Había tratado de pensar con la cabeza, pero una vez más había sucumbido a la chispa del amor.

Aunque todo sería diferente. Esa vez, el amor le había demostrado que podía ser duradero.

No había nada mejor que el sonido del amor verdadero. Sunshine había estado paseando por delante de la habitación de Alexis y había visto cómo Dylan regresaba a su habitación con el caminar de un hombre satisfecho.

Sunshine quería despedirse de Alexis porque sabía que, en cualquier momento, la señorita Arlotta y el juez la llamarían. Probablemente, el consejo se estuviera reuniendo en aquel momento.

Sunshine se abrazó a sí misma. La décima muesca en el libro de hazañas de cama era suya. Ya podía sentir la hierba bajo sus pies. Habría hierba en el cielo, ¿verdad?

Por supuesto, si no, no sería el cielo.

Sunshine no podía esperar a que la llamaran, así que subió al ático.

Pero cuando llegó a la habitación, en lugar de encontrarse al consejo reunido, se encontró con que la señorita Arlotta y el juez estaban a solas.

—¿Ya se ha reunido el consejo? —pregunto.

La señorita Arlotta suspiró.

—Espera, antes de que digas nada, sé que Alexis iba a casarse con Vincent, pero él no era su amor verdadero. Dylan es su amor verdadero y yo los he juntado y él le ha propuesto matrimonio. Muchas veces. Quizá no fueran mi pareja original, pero debería llevarme algún punto por haberlos juntado, ¿no?

—Sunshine, cariño, siento decírtelo, pero hay problemas a la vista.

Alexis era suya. Él no podía creer que Alexis fuera suya. Y él era de ella. ¡Qué intenso había sido hacer el amor con ella!

Estaba bien que hubiera dejado claras las condiciones de su relación antes de acostarse con ella, porque una vez entre sus brazos, habría aceptado cualquier cosa.

Esperaba que nunca lo descubriera.

Silbando, Dylan entró en su habitación a llamar al servicio de habitaciones para que llevaran desayuno para dos y una botella de champán a la habitación de ella.

También quería llamar a su familia para decirle que, si querían asistir a su boda, tendrían que volar a Colorado. En Colorado no hacía falta esperar para casarse y Dylan pensaba aprovecharse, de ello. Además, la familia de Alexis ya estaba allí. El lunes o el martes, Alexis y él ya estarían casados.

Se recostó sobre las almohadas mientras esperaba a que sus padres contestaran el teléfono. No estaban en casa. Después, llamó a su jefe y el contestador le daba otro número, así que buscó un bolígrafo en la mesita de noche y, al ver los papeles del acuerdo prematrimonial, sonrió. Ya no los necesitaba para nada.

Pero cuando vio su nombre en ellos, colgó sin apuntar el teléfono. ¿Qué era aquello?

A medida que leía los cambios que se habían hecho y por los que se establecía el matrimonio entre Dylan Greene y Alexis O'Hara, iba enojándose más.

Alexis tenía que estar bromeando. ¿Todavía quería recibir dinero cada año? ¿Y ayuda doméstica? ¿Y una niñera? Y joyas.

Dylan estaba furioso. ¿Cómo podía hacerle tal cosa? Creía que había aceptado casarse con él sin un acuerdo prematrimonial, pero no era así.

Debían de habérselo llevado la noche anterior. Después de cambiarse de ropa, él había ido a la cocina para hacerse un sándwich y debió de ser entonces cuando le llevaron el acuerdo.

Alexis debió de pensar que él lo había visto por la mañana y lo había aceptado. Si no, ¿por qué le habría propuesto matrimonio?

La sesión de cama de por la mañana había servido para cerrar el trato.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Tan ingenuo?

«Olvídalo», Dylan se dirigió a la habitación de Alexis y aporreó la puerta.

—¿Qué...?

—No me quedaré mucho tiempo —entró y le lanzó los papeles a Alexis—. Buena intentona.

Alexis los recogió.

—¿Qué es esto? —los miró—. Es un acuerdo prematrimonial, pero... ¿estás de broma?

—Eso es lo que yo quiero saber. ¿Una niñera? ¿Una asistenta? ¿Joyas? Y yo pensando que el amor te parecería suficiente.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba en mi mesita de noche.

—¿No pensarás que lo he escrito yo? —le devolvió los papeles—. Ni siquiera es mi letra.

—No creo que lo hayas escrito tú, sino Margaret.

—Ésa no es su letra. Parece como si lo hubiera escrito una niña de la escuela. Sólo le faltan flores en lugar de los puntos sobre las íes.

—¿Quién iba a escribirlo y a dejarlo en mi habitación?

—No lo sé... Una de las empleadas es muy... sociable. A lo mejor ella...

—Así que vas a culpar a la empleada.

—No. Si lo hubiera hecho yo, habría asumido la responsabilidad. Pero te diré que, aunque no lo haya escrito yo, sigo pensando que es bueno tener un acuerdo prematrimonial.

—Lo he captado. Una vez que he visto éste tan horrible, cuando me presentes uno mucho más razonable, tendré que estarte agradecido. Conozco ese juego y no va a funcionar.

—Dylan...

—Volver juntos ha sido un gran error. Un gran error —se volvió para marcharse. Tenía que alejarse de ella.

—¿Adónde vas? Tenemos que hablar.

—No quiero oír nada de lo que tengas que decir. Voy a hacer las maletas y estaré fuera de aquí en media hora.

—No puedes marcharte por la nieve.

—Me iré aunque tenga que excavar la salida.

—Dylan, sé razonable. Hablemos de esto.

—No hay nada que decir. Adiós, Alexis. Que te vaya bien en la vida.

No podía soportar mirarla.

Después de hacer las maletas, Dylan salió del hotel y se encontró con un montón de nieve, pero consiguió llegar hasta el aparcamiento sin mucho problema.

Su coche estaba cubierto, pero la nieve se derretía con sólo tocarla. Era una nieve extraña, pero no iba a quejarse.

Las máquinas quitanieve estaban limpiando la entrada del aparcamiento. Dylan llegó enseguida al final de la zona que habían limpiado y decidió ver qué hacía el coche.

Para su sorpresa, el coche circuló por la nieve como si sólo fuera niebla densa.

Desde la azotea, Sunshine, Glory y Desdemoaner observaban el coche rojo.

—Sunshine, su rabia está derritiendo tu nieve.

—Tengo que hacer algo para detenerlo.

—¿Más nieve? —preguntó Desdemoaner.

—*Ya está* muy lejos y yo todavía estoy cansada de la tormenta de ayer. ¿Nadie puede implantarle algunas ideas en la *cabeza* para hacerme un favor?

—¿Y arriesgarnos a obtener una muesca negra? —preguntó Glory—. Tienes que estar bromeando, pequeña.

—¿Desi?

—No. De todos modos, eso no se me da bien. Puedo implantar pensamientos, pero la mayoría de las veces son los equivocados.

Abatida, Sunshine se materializó en la habitación de Alexis.

—Lo siento —susurró.

Alexis estaba mirando por la ventana.

—Así que, ¿fuiste tú la que escribió todas esas tonterías?

—No son tonterías, pero sólo trataba de mostraros cómo podía hacerse. No sé por qué está tan enfadado.

—Porque casarse conmigo sin un acuerdo prematrimonial era una manera de poner a prueba mi amor, supongo. Y yo acepté. Pero no sirvió de nada.

—¿No puedes llamarlo por teléfono?

—Ya lo he intentado. Tiene el suyo *apagado.* ¿Y sabes qué? Quizá sea lo mejor. Ni siquiera quería escucharme. Se ha creído las cosas más extrañas y no me dejaba ni hablar —miró a Sunshine con una sonrisa irónica—. Lo mismo que yo hice con él hace muchos años —suspiró—. No importa. Se ve que no tenía que ser. Por desgracia, me temo que nunca volveré a amar a nadie más —se encogió de hombros—. Así que voy a casarme con Vincent. Si todavía quiere.

Capítulo 11

Vincent fue muy comprensivo con toda la situación. Quizá, incluso se sintió aliviado, pero Alexis se sentía demasiado miserable como para darse cuenta. Le llevarían el acuerdo prematrimonial y lo firmaría. Firmaría cualquier cosa.

Con la carretera limpia, los invitados pudieron llegar a tiempo y la boda continuó según lo establecido.

Pero no dejaban de salir cosas mal.

Primero, no encontraban el vestido de boda y sólo apareció cuando Alexis dijo que no le importaba casarse en pijama.

Después, la florista se dejó las llaves dentro de la furgoneta. Alexis dijo que no necesitaba flores para casarse. Lo dijo con tan malas maneras que Sunshine, que era la culpable de todos los retrasos, se percató de que Alexis estaba lo bastante dolida y enfadada como para arruinar su vida casándose con el hombre equivocado y que no había manera de detenerla.

El hombre adecuado había llegado al final de la zona nevada. A pesar de sus negativas, las chicas habían tratado de ayudar a Sunshine a implantar pensamientos en la cabeza de Dylan. Todas estaban en la azotea concentrándose para que Dylan regresara. Sunshine incluso le había contado a Alexis lo que estaban haciendo, pero a ella no pareció importarle lo más mínimo.

Margaret llevó los papeles para que Alexis los firmara.

—Eres afortunada —dijo Margaret mientras Alexis miraba el acuerdo para no llevarse sorpresas—. Te envidio porque vas a tener la oportunidad de formar una familia. Yo perdí la oportunidad de tener hijos porque decidí centrarme en mi carrera y he de admitir que me arrepiento. Ahora es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Lo siento —murmuró Alexis.

—Pero es una elección difícil. Las chicas de hoy en día están atrapadas. Los hombres esperan que sus esposas trabajen y formen una familia. ¿Cómo ha sucedido tal cosa? Eso no era lo que el movimiento de mujeres quería conseguir. Pero tú tienes suerte. Vincent no quiere que trabajes. Podrás ser una madre a tiempo completo. Vaya lujo.

—Me alegra saber que no tendré que pasar muchas horas en un trabajo cuando tenga hijos pequeños —Alexis continuó leyendo.

—Pequeños o mayores. Él no quiere que vuelvas a trabajar nunca más.

—No, lo importante es que, cuando regrese a trabajar, estaré en un puesto más alto que ahora. El puesto que ocuparía si no me hubiera tomado un tiempo libre. Vincent puede conseguir tal cosa porque es uno de los socios. Y mientras yo esté en casa lo ayudaré como hago ahora.

Margaret se rió y Alexis la miró.

—De veras, ¿no creerás que vas a regresar al trabajó? —le preguntó su abogada—. ¿Después de llevar el tipo de vida que vas a llevar?

—Pues sí.

—¿Por qué?

—Porque soy buena en lo que hago. He trabajado duro para llegar donde estoy. No voy a abandonar.

—Personalmente, creo que estás loca. Profesionalmente, me veo obligada a informarte de que, si regresas al trabajo, Vincent invocará la cláusula de los deberes conyugales.

—Ah, vamos —dijo Alexis.

—Creo que ahora comprendo por qué era tan insistente con esa cláusula. Y no me extrañaría que te llevara a juicio por la custodia de los hijos.

Alexis se quedó boquiabierta.

—Alexis, pensé que habías hablado de eso con él.

—Yo también. Quiero decir, hay muchas mujeres que no quieren trabajar. ¿Por qué no se casa con una de ellas?

—Te sugiero que se lo preguntes a él. Y te aconsejo que lo hagas antes de decir: sí quiero.

La nieve desapareció al mismo tiempo que Dylan dejó de sentir rabia. Se detuvo a un lado de la carretera para pensar y tuvo que admitir que dejar un acuerdo prematrimonial en su habitación no era el estilo de Alexis. Y que si lo hubiera hecho, lo habría admitido.

Si él le hubiera dado una oportunidad. Cosa que no había hecho.

«Alexis quiere seguridad. Y compromiso», pensó. Enfadándolo con ese ridículo acuerdo prematrimonial no conseguiría sus objetivos. Por tanto, ella no sabía nada de esos papeles. Además, nunca le había ocultado que le gustaría tener un acuerdo prematrimonial, pero había aceptado casarse con él sin tenerlo.

Era todo lo que él le pedía. Ella era todo lo que él deseaba.

Y probablemente, en aquellos momentos ella estuviera preparándose para casarse con Vincent.

Dylan sintió un nudo en el estómago. ¿Cómo podía haberlo estropeado por segunda vez? ¿Cuál era su problema? Quizá no era ella la que tenía miedo al compromiso, sino él. Dylan le había exigido mucho, pero sólo le había propuesto matrimonio cuando estuvo seguro de que le diría que sí.

En aquel momento, no se gustaba a sí mismo, pero Vincent le gustaba aún menos.

Sabía por qué Alexis quería casarse con Vincent, pero ¿por qué se quería casar Vincent con Alexis? ¿Qué era lo que él ganaba? Aparte de Alexis.

Dylan tenía que descubrirlo.

Y había alguien con quien tenía que disculparse.

Y había alguien que hacía unas galletas estupendas en el hotel.

¿Por qué se había acordado de aquello?

Dio la vuelta y se dirigió a Maiden Falls.

—¡Glory, él está regresando!

—¿De veras? ¿De veras? —Sunshine deseaba que Glory la dejara mirar por el catalejo, pero era la única cosa que Glory se había llevado con ella cuando murió, puesto que estaba espiando por la ventana cuando se produjo el escape de gas.

—Sí. Veo un coche rojo que se dirige hacia aquí.

Las chicas gritaron en la azotea.

—Menos mal. Me duele la cabeza de nervios —dijo La Condesa.

—Yo, le he implantado pensamientos sexys. Todos sabemos lo que piensan los hombres —se rió Mimi.

—Yo aposté por la lógica —dijo Rosebud.

—Y yo me concentré en esas galletas que se terminó —confesó Desdemoaner.

Sunshine suspiró.

—Gracias a todas. Os lo agradezco. ¡Ahora sólo tengo que detener la boda hasta que él llegue!

Alexis todavía no había firmado los papeles. Vincent sí, pero ella no. Y él querría ver una copia firmada antes de casarse.

—Mamá, tengo que hablar con Vincent.

—Da mala suerte que te vea antes de la boda —dijo su hermana—. Madison, cariño, no te comas las flores. Tienes que tirarlas. Déjame que te enseñe.

—Me dará mala suerte si no hablo con él.

—¡Pero no he terminado de peinarte! —exclamó la madre y colocó las manos sobre la cabeza de Alexis. La etiqueta de su vestido todavía colgaba de una de las mangas.

—No importa. El velo me cubrirá la cabeza.

Alexis se cubrió con el albornoz y se dirigió a la habitación de Vincent.

Él ya estaba vestido y mantenía una conversación con Bob, su cuñado, quien había sido elegido como padrino después de que Dylan se marchara.

—Tengo que hablar con Vincent —dijo Alexis, y Bob se marchó.

—Si vas a confesar que mantuviste una relación con Dylan, tranquila. Aunque sabía que habíais asistido juntos a la universidad, no sabía que habías sido más que compañeros.

—Aparte de verlo de lejos de vez en cuando, no había hablado con él desde el día de la graduación. No, Vincent, lo que quiero saber es por qué quieres casarte conmigo.

—¡Alexis! —La agarró de los brazos—. Eres bella, inteligente y has tenido éxito profesional. ¿Por qué más iba a casarme contigo?

—Hay muchas mujeres con las que podrías haberte casado. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? ¿Y por qué no quieres que regrese al trabajo?

—Oh, podrás ayudarme, como siempre has hecho.

—Vincent —lo miró a los ojos—. No me trates con condescendencia.

Él suspiró, la soltó y se sentó en el escritorio. Se aflojó la corbata.

—Me da la sensación de que no voy a necesitarla —dejó la corbata sobre la mesa y miró a Alexis.

Ella esperó.

—Quiero tranquilizarme. En este punto de mi carrera profesional no debería matarme a trabajar como el resto de los socios. Debería poder elegir mis casos. Jugar al golf. Disfrutar de largas comidas. Tomarme vacaciones varias veces al año. Pero no puedo, ¿y sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Por tu culpa. Tú me haces quedar mal.

—¡Yo te hago quedar bien!

—Y llevas mucho tiempo haciéndolo. Tengo que trabajar más que tú para permanecer por delante. No quiero seguir haciéndolo. Si me caso contigo, me quito el problema. Otras personas pueden trabajar muchas horas y no conseguir la mitad de lo que tú consigues.

Ella se había quedado de piedra, pero aliviada.

—Tú me formaste.

—Y mira lo que creé. No quiero que me supere mi secretaria. Así que, cuando oí que mi secretaria no estaba contenta, aproveché la oportunidad.

—Ya —se quedó pensativa un instante—. Podría trabajar menos...

—No sale de ti.

—¿Te das cuenta de que no puedo casarme contigo?

—Lo sé —dijo él.

—¿Ya no voy a poder trabajar para ti?

—Preferiría que no. Por supuesto, me encargaré de que recibas una generosa indemnización y mi mejor recomendación.

—¿Y si no renuncio?

Vincent no dijo nada.

Pero Alexis sabía lo que sucedería. La colocarían con alguien que se encargara de casos sin importancia y, en pocos años, nadie se acordaría de ella.

—Gracias —dijo Alexis—. Fuiste un mentor excelente y te agradezco las oportunidades que me has dado.

Vincent sonrió triunfal.

—De nada.

Ella respiró hondo.

—Voy a quedarme aquí con mi familia algunos días.

—Lo comprendo. Adiós, Alexis.

Cuando ella llegó a la puerta, Vincent ya estaba hablando por teléfono para conseguir un billete de regreso a Houston.

Alexis avanzó despacio por el pasillo. Estupendo. No tenía prometido, ni amante, ni trabajo. Menos mal que había pensado con la cabeza. Su corazón nunca la habría metido en ese lío.

Tendría que decirle a su familia que habían ido a Colorado para nada. Su madre se alegraría de no haber quitado la etiqueta del vestido.

Al menos, Alexis había llegado a ver a su sobrina. De pronto, se detuvo. Aquello era importante. Su familia y amigos cercanos habían ido hasta allí para verla. Para pasar tiempo con ella.

Así que haría eso. Una gran fiesta familiar.

Dylan llegó al hotel y se encontró que todos estaban en el salón de baile. Así que se había casado con él. Siempre quedaba el divorcio, pero Alexis no haría tal cosa. Y menos después del acuerdo que había firmado.

No, Dylan había cometido un gran error e iba a pagarlo durante el resto de su vida.

¿Pero cómo había podido Alexis pasar de estar en la cama con él a casarse con Vincent en sólo unas horas?

Porque él había salido huyendo. Había abandonado a un buen cliente y a su esposa. Y se había olvidado de que era el padrino.

Su vida personal estaba hecha pedazos y la profesional iba por el mismo camino.

Se quedó en la puerta del salón de baile. La gente se movía de un lado a otro, el piano estaba sonando y algunas parejas bailaban. Todo el mundo parecía feliz. ¿Cómo podían ser felices cuando él se sentía tan mal?

Dylan buscó a Alexis con la mirada. No la encontró, ni tampoco a nadie vestida de novia. Tampoco veía a Vincent.

Abriéndose paso entre la multitud, al final la vio hablando con un grupo de gente. Incluso ella parecía contenta.

«Asúmelo, Dylan», pensó. Se acercó a ella y se fijó en que no llevaba el vestido de novia.

—Alexis —le tocó el brazo.

—¡Dylan!

Él la apartó del grupo. No estaba seguro de si ella se alegraba de verlo.

—Quiero desearos lo mejor a Vincent y a ti. Me alegro por ti —la besó en la mejilla.

—¿Cómo puedes pensar que me he casado con Vincent?

—He visto a toda esta gente...

—En realidad, he estado a punto de casarme con él, pero cambié de opinión. Tuvimos una conversación en la que me informó que quería quitarme de en medio porque le hacía la competencia. Se ha ido a Houston y yo estoy celebrando una fiesta para mi familia.

«No se ha casado con Vincent», pensó Dylan.

—Si no te has casado con Vincent, ¿te casarás conmigo? —parecía desesperado.

—¿Qué tipo de propuesta es ésa? Te has marchado sin darme la oportunidad de...

—¿Quieres decir igual que hiciste tú conmigo?

—Sí. Así.

—Entonces, estamos empatados. ¿Te casarás conmigo?

—¿Qué pasa con tu orgullo? No, no te molestes. No estoy a favor del matrimonio. Aunque podemos seguir acostándonos juntos. Piensa en lo barato que nos saldrá cuando nos separemos.

—Todavía estás enfadada —dijo él.

—Estoy contenta. Estoy rodeada de amigos y familia. De la de Vincent no ha podido llegar nadie, así que todos son de los míos. Soy tremendamente feliz. Pero si hay algo que he aprendido, es que el amor no es duradero.

—El nuestro sí ha durado...

—Unas tres horas, y después te marchaste tras el primer malentendido. Yo rompí con Vincent sin tener ni idea de si considerabas la opción de casarte conmigo y, después, acepté casarme contigo sin ninguna *garantís., así* que no, gracias. Nada de matrimonio.

Ella lo decía en serio y Dylan sintió que el frío lo invadía por dentro. Tenía que convencerla. Como fuera.

—Por favor. Te quiero. Me equivoqué. Mucho. Soy un idiota. Tenía miedo.

Alexis lo miró un instante. Después lo abrazó mientras negaba con la cabeza.

—He sido yo. Ha sido mi culpa —continuó él—. ¿Voy a conseguir algo?

—Disfrutemos de lo que tenemos mientras dure. Eres un buen amante.

—¿Qué puedo decir para convencerte? Siento haberte juzgado mal. He aprendido la lección. Quiero que formes parte de mi vida.

La chica que la otra noche estaba en la cocina apareció junto a ellos.

—¡Sunshine! —Alexis se volvió hacia Dylan—. Es la culpable del acuerdo prematrimonial en carne y hueso.

—Sí, y podría meterme en un gran lío por hacer esto.

—Está bien —le dijo Alexis—. Sé que tu intención era buena.

—*No* me refiero a eso. No debería haberme materializado entre toda esta gente. Estoy arriesgando mi lugar en el Gran Picnic por ti, así que será mejor que prestes atención. Dile a este hombre que te casarás con él.

—¿Disculpa?

—Él te quiere y tú lo quieres. Te estás dejando llevar por el orgullo.

—Tienes razón —miró a Dylan—. Lo quiero y me ha dolido mucho que se marchara hoy. No quiero pasar por eso otra vez.

—No voy a marcharme a ningún sitio, Alexis.

—Lo harás cuando se pase la chispa del amor.

—Cariño —intervino Sunshine—, esta mañana la chispa era muy grande y es algo que ha durado años. Tampoco va a acabarse.

—Gracias, pero puedo encargarme de mi propia propuesta —dijo Dylan, a pesar de que agradecía la ayuda de aquella empleada del hotel.

—Has hecho un trabajo muy pobre. Ofrécele ese acuerdo prematrimonial. No era mala idea.

—Alexis, yo...

—No. No estoy esperando a que me ofrezcas un acuerdo. Pero si fuera así, te diría una cosa, que aceptaras que yo soy la prioridad en tu vida. Quiero un compromiso de verdad. Hace años, tenías muchas obligaciones, lo acepto. Pero si quieres casarte conmigo ahora, tienes que decirme, que seré tu prioridad. Que te comprometerás conmigo.

—Por supuesto. Redacta los papeles y firmaré.

—Puede que lo haga —sonrió ella.

Era la sonrisa más bella que él había visto nunca. Una sonrisa que decía sí. Dylan no necesitaba oírlo. Sonrió también.

—Espera —dijo Sunshine—. Sigo pensando que deberías pedir una niñera. Los niños dan mucho trabajo. Yo tuve siete hermanos.

Ambos la miraron.

—Ah —ella miró primero a uno y después al otro—. Vas a casarte con él, ¿no?

Alexis asintió.

—¡Eso es estupendo! —Exclamó con una amplia sonrisa—. ¡Es estupendo! —y desapareció entre la multitud.

Alexis se rió.

—Creo que lo mejor será que agarremos el micrófono y le digamos a todo el mundo que esto se ha convertido en una fiesta de pedida de mano.

—No necesitamos un micrófono —Dylan la abrazó y la besó. Era un beso para llamar la atención de los presentes y a Dylan le pareció la mejor manera de anunciar su compromiso.

Mientras Alexis y Dylan planificaban su vida en común, Sunshine fue convocada ante el juez, la señorita Arlotta y el consejo.

Todos estaban sonriendo. Incluida Fio.

—Bien hecho —la felicitó la señorita Arlotta—. Con una estrella dorada extra has conseguido las diez muescas bajo el voto unánime del consejo. Pero eso significa que vamos a tener que decirte adiós.

Sunshine temblaba de ilusión.

—¿El Gran Picnic?

La señorita Arlotta asintió.

—¿De veras? Yo... —se calló. Aunque casi podía sentir la hierba bajo sus pies, miró a las demás—. En la *azotea*... las otras me ayudaron y, bueno, no puedo marcharme si ellas han recibido una muesca negra por ello.

La señorita Arlotta contestó:

—No estoy segura de si fueron de gran ayuda —miró a Mimi y a La Condesa con severidad—. Pero no hemos dado ninguna muesca negra por ello.

Sunshine sonrió.

—Entonces, ¿ya está? ¿Puedo irme?

Mientras hablaba, una luz brillante iluminó el techo y apareció una escalera dorada.

—¡Oh! ¡Veo a Belle! ¡Guárdame un sitio, Belle, ahora mismo voy! —Sunshine se subió al peldaño inferior de la escalera y se despidió de las mujeres con las que había estado tanto tiempo—. Adiós a todas. ¡Os echaré de menos!

Todas le dijeron adiós al unísono.

La luz era tan brillante, que Sunshine tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió, la hierba le hacía cosquillas en los dedos del pie.

Fin.